

EL ORO de
QUINCE MIL
MANUEL MONTOYA FLORES

EL ORO DE QUINCE MIL

MANUEL MONTOYA FLORES

Exitantes y verídicos
Relatos acerca de un
Joven Aventurero.

La publicación de esta obra fue posible gracias al apoyo económico del:

CONSEJO NACIONAL DE CIENCIA Y TECNOLOGIA

CONCYTEC

Carátula:
Nicolas Letona CH.
Imprenta:
RAPICOPIAS - Justino Peralta Bernales
Av. Cuba No. 107 Jesús María
Telf. 729665

A la memoria de mi querido y extrañable hermano, José.
A los Trabajadores que ofrendarón su vida en los lavaderos de Oro de Quince Mil.

SUMARIO

SEGUNDA PARTE

PREFACIO

Entablamos un contrato con usted amigo lector - gracias a la atención que amablemente han querido dispensarnos-- para presentarles una serie de relatos que conectados entre sí, a manera de cuento, discurren bajo el predominio de lo emocionante y auténtico.

Se trata de un cuento, con ciertos tintes de carácter bibliográfico que tuvieron por escenario, los más diversos puntos de la zona selvática de Quince Mil en el Departamento del Cuzco. El protagonista, un muchacho de escasos 17 años que en la efervescencia propia de su edad, fue invencionado por el dueño de un lavadero de oro que se lo lleva consigo para "enseñarle" todos los secretos de la actividad. La historia es real; por razones obvias, los nombres de los principales personajes han sido cambiados. Nuestro personaje principal llamado Gavino, es un simpático muchacho nacido en Aplao Provincia de Castilla, Departamento de Arequipa, de 1.58 de estatura, de tez blanca, de contextura robusta para su corta edad, ojos pardos, pelo castaño casi rubio y como buen provinciano: franco, honesto y crédulo.

La historia se desenvuelve sin mayores complicaciones literarias; pero mantiene al lector en una espectativa conmovedora por lo humano, e interesante forma de desarrollar al relato.

Estamos seguros que los lectores jóvenes, encontrarán en esta obra, un ejemplo que les permitirá recapacitar siquiera un instante antes de tomar una decisión importante en sus vidas y que la alternativa encuadre siempre dentro de lo racional para evitarse complicaciones; y que, los lectores maduros recordarán por analogía algunos pasajes de su juventud que tuvieron tal vez la emoción y la aventura como común denominador.

EL AUTOR

A la edad de año y medio, perdió a su padre, quedando su madre viuda de 5 hijos, 3 mujeres las mayores y 2 varones, siendo el menor Gavino. Lo más urgente para la madre viuda, era el conseguir el sustento para la familia, y ella lo hacía con las fuerzas de un varón sin desmayar, tratando que sus hijos tengan lo suficiente para vivir con honradez, y sobre todo, que no tengan motivo nunca de agachar la cabeza ante nadie; no obstante su esposo al morir, sólo le había dejado deudas, éstas fueron pagadas, unas con las pequeñas pertenencias que tenía y que los acreedores se las llevaron, y otras trabajando con lágrimas y el sudor de su frente que siempre la mantuvo muy en alto.

Por ayudar a la pobre viuda, se llevaron al hermano mayor de Gavino a Lima (mayor en 6 años), cuando ya éste tenía 12 años y Gavino 6; de las tres hermanas, las dos mayores, se casaron con hombres muy buenos y trabajadores, así que el recuerdo cabal de Gavino, comienza cuando en la parte de atrás, donde llevan la carga los camiones, estaba su hermano José que se dirigía a Lima, llevado por un religioso, para aliviar a la viuda de los gastos que demandaban su sustento y educación; tuvieron que hacer todo lo posible para controlar al niño, que se escapaba de los brazos de sus hermanas o de su madre, para correr tras el camión, que lento se alejaba por la calle donde vivían, haciendo paradas, para recoger a otros pasajeros, lo que aprovechaba Gavino, para pedir a gritos y llanto que no lo separen de su hermano, haciendo tentativas de subirse al camión para irse junto con él, porque en vista de no haber conocido a su padre, a su hermano lo quería como tal; hasta que el vehículo salió del pueblo y tomó velocidad para perderse en la lejanía del camino. Siguió clamando y llorando tanto a su madre como a sus hermanas que lo dejen ir junto a su hermana o a la lejana Lima.

Fue así que la familia de Gavino se redujo a 3 personas, la madre, su hermana Oga y Gavino; por consiguiente este último, tuvo que hacerse cargo de todas las obligaciones que hacía el hermano que viajó a Lima; desde los 6 años, tuvo que contribuir al diario sostén de la familia, acarreando el agua de la acequia, ya que no había agua potable en las casas, trayendo leña desde el río para cocinar, alimentar a los conejos con pasto recogido de las distintas chacras de las cercanías del pueblo, pescar y proveer de camarones y pejes que tanto abundaban en su río, y además de todo, ser el mandadero de la casa, y así con todo esto, Gavino se daba maña, para jugar en la calle con sus amigos y bañarse en el río, llegando a ser uno de los primeros en cruzarlo en todo tiempo, sobre todo en el de avenida; que son los meses de Enero, Febrero y Marzo, cuando el río alcanza su mayor caudal.

Esto es una simple presentación de este muchacho, ya que sus aventuras en esos tiempos, serían motivo de llenar escribiendo muchos volúmenes, y sólo ahora diremos, que era un líder en todo lo que había que demostrar valentía, coraje y arrojo.

EL VIAJE AL CUZCO

A la edad de 17 años, por mandatos de los reglamentos y disposiciones de la Dirección de Educación Técnica, debería viajar a la ciudad del Cuzco, para continuar sus estudios en un Colegio Técnico, habiendo estudiado los primeros años de esta última etapa en la ciudad de Arequipa, en la especialidad de Mecánica, y al no haberse creado todavía en esta Ciudad el Instituto Politécnico, ya que Gavino, fue de la primera promoción del Instituto Industrial, por lo que no habían el suficiente número de alumnos que justifiquen aún la creación de ese centro Superior de enseñanza Técnica en la Ciudad de Arequipa, fue el motivo que los pocos alumnos que lograron terminar satisfactoriamente, deberían seguir sus estudios en la Ciudad del Cuzco donde ya funcionaba el Instituto Politécnico Nº 3 de mucho más antes; pero antes de viajar a la Ciudad de los Incas, lo hizo a Lima, para hallar alguna posibilidad, de seguir sus estudios en la Capital, ya que sabía que ahí estaban mucho más avanzados en la técnica de la enseñanza, dado al centralismo de ese tiempo, en Lima estaban las mejores maquinarias, donde se podría aprender a ser un mejor técnico y a provincias mandaban lo último. También otro de los motivos de querer estudiar en la ciudad Capital, era, que ahí vivía su hermano a quien quería mucho, además de una tía y otros familiares; no así en el Cuzco que no conocía esa ciudad ni tampoco tenía a nadie por esos lugares.

En Lima, después de muchas antesalas en el Ministerio de Educación, logra hablar con un alto Secretario, el que después de haber escuchado su caso, lo puso en audiencia con el Director General de Educación técnica, siendo recibido por éste, después de cuatro días. Luego de agradecer Gavino de la forma más fina la audiencia concedida, pasó a exponer su caso, terminando y pidiendo como una gracia, en mérito que en Arequipa, había terminado sus estudios en el primer lugar y que

mejor recompensa sería esa gracia, a todos sus esfuerzos, por haber mantenido siempre adelante, habiendo hecho quedar a su Colegio muy en alto; también hacía promesas que de estudiar en Lima, de igual forma sería el primer alumno, que no estudiar en Lima, de igual forma sería el primer alumno, que no lo defraudaría al hacerle esa concesión, y que lo haría merecedor de una eterna gratitud; estas y otras promesas hacía Gavino, algunas quizá muy difíciles de cumplirlas con tal de alcanzar su cometido, que era el de seguir sus estudios en Lima, pero ningún argumento o súplica bastó para convencer al señor Director, el que como saliendo de un letargo, porque parece que estuvo pensando en otras cosas distintas a la que el muchacho exponía.

–¿Así que te toca seguir tus estudios en la Ciudad del Cuzco?, ¡qué bien!, ¡qué bien!, estudia bastante hijo.

–Pero señor Director, yo he venido precisamente a solicitarle se me conceda estudiar acá en Lima.

–Eso es imposible, ya están establecidas las normas, y no se las puede cambiar, a propósito ¿dónde dices te corresponde seguir tus estudios?

–En el Cuzco señor Director.

–En ese caso si te corresponde ir al Cuzco, tienes que ir allá, buenos días.

Como por arte de magia se presentó otro señor, que invitó al desconocido Gavino, a salir del lujoso salón donde se había realizado la audiencia y casi empujándolo, lo guió hasta la puerta, la que después que la traspusiera, se cerró, así como también se cerraron todas sus esperanzas de quedarse a estudiar en Lima, al lado de su querido hermano y demás beneficios

–Debo agregar que el Señor que acompañara a salir del salón a Gavino, le dijo estas palabras indescifrables para el muchacho: "Sólo con grasa se mueven los engranajes".

Como quiera que ya se acercaba el inicio de las clases y Gavino se encontraba aún en Lima, su hermano como siempre condescendiente y amoroso con él, no permitió que viajara por tierra al Cuzco y haciendo un esfuerzo económico, consiguió que Gavino, en un cuatrimotor de la Línea Aérea Faucett, viajara a donde debería seguir sus estudios. En el avión fue atendido con toda cortesía por bellas Señoritas que lo hicieron sentirse como un Rey.

GAVINO EN EL CUZCO

No me quiero referir a la grandeza de la ciudad Imperial, ya que de todos es conocida de una o de otra forma, sólo seguiremos a Gavino, que después de bajarse del avión, en un taxi, buscó la dirección del Colegio, donde encontró ya a 5 de sus compañeros Arequipeños, digo arequipeños, a pesar que solamente uno era de la ciudad de Arequipa, y los restantes distintas provincias del Departamento. Estos habían llegado por tren días antes, y ya conocían ciertos lugares, además que algunos tenían familiares y amigos cuzqueños a quienes visitaban.

Gavino como ya es sabido, no conocía a ninguna otra persona fuera de sus 5 compañeros, los demás compañeros de clase o de otras clases, se mantenían alejados del grupo de los arequipeños por el antagonismo que existía, entre los nacidos en el Cuzco y Arequipa.

Gavino como siempre estudioso, sin mucho esfuerzo se mantenía en el primer puesto de su clase, por este lado no tenía ningún problema, pero los Domingos o Feriados, no tenía donde ir ni a quien visitar, y por no perder el derecho de la comida del internado, tenía que quedarse como se dice encerrado y sólo salía a la calle con permiso, cuando calculaba que le llegaría por tren la encomienda consabida que le enviaba su

madre desde su tierra, y es precisamente de esta forma, que en una oportunidad que además de recibir la encomienda y carta de su madre, recibió 2 sobres más, uno dirigido a él y otro a un señor Carlo. En la carta firmada por su cuñado Willy que vivía en Aplao, le hacía referencia de un paisano que vivía en el Cuzco, que con Willy eran íntimos amigos, y entre otras cosas le decía también que le llevara la otra carta, en la que lo estaba saludando y recomendando para cualquier contingencia, que no dejara de llevarle la carta, ya que encontraría un paísano a quien visitar. Ansioso Gavino llegado el Domingo día de salida, pidió permiso en la tarde sólo 2 horas para no perder el derecho de la cena de ese día, fue así con la dirección escrita en el sobre del señor Carlo, buscó por el Barrio de San Blas, a donde llegó sin mayores contratiempos y llamó a la puerta, ansioso de conocer a un paisano en una tierra tan lejana.

–Perdón Señora, –¿Vive aquí Don Carlo?– Preguntó Gavino en forma ávida y nervioso.

–¿De parte de quién busca a mi esposo?, respondió una dama elegante, sin abrir del todo la puerta.

Soy Gavino y traigo acá una carta para Don Carlo, que la envía mi cuñado Willy del Valle de Majes.

–Espera acá afuera, voy a ver si está en casa. Después de un tiempo prudencial, una mujer indígena le franqueó la puerta diciéndole "Pasaicu", Gavino la siguió a ésta, no por la palabra, sino por el ademán que le hizo que la siguiera; la puerta daba a un patio con el piso empedrado, de donde daba acceso a varias habitaciones, encontrando cerca de la puerta de una habitación, la que parecía ser el Comedor, sentado en un sillón a un señor blanco, de unos 45 a 50 años, elegantemente vestido, el que con voz autoritaria dijo:

–Pasa muchacho, ¿así que tú eres el que me busca?

–Si señor soy Gavino, de Aplao, mi cuñado Willy que vive allá me ha escrito, y entre otras cosas me dijo que le trajera esta carta a Ud., entregándole la carta, tan luego la recibió, rompió el sobre y se puso a leerla, momento que a Gavino le pareció una

eternidad –¡Ah caramba muchacho! tú también eres de Majes (Aplao queda en el Valle de Majes) ¡mi paisano! ¡Qué gusto me dá conocerte! ¿Qué haces por acá? ¡uf! Willy es íntimo amigo mío– Así que se casó con tu hermana– ¿Con cuál? –Zoila– Si la conozco también a ella. –¿Cuántos hijos tiene ya Willy?– ¡Tres!, que bien– Cuanto me satisface saber algo de la tierra. Ahora también dime– Tengo 3 hermanos ahí en Aplao ¿Cómo están? –Hace mucho tiempo no sé nada de ellos– ¿Y la familia tal? ¿y la familia cuál?... Estas y mil preguntas más fueron respondidas por Gavino, tratando de ser agradable a don Carlo, y como quiera que ya se aproximaba la hora de la comida en el internado Gavino se levantó de la silla de donde había sido invitado a sentarse y tímidamente dijo:

–Me voy don Carlo, he tenido mucho gusto en conocerlo, pero ya se me va a pasar la hora de comer en mi Colegio.

–Pero cómo te vas a ir ¡no faltaba más!, quédate a comer aquí en mi casa, que de paso te diré que me has hecho recordar de la tierra y me has dado una alegría grande a tener noticias también de los míos y de tantas cosas que ya ni me acordaba.

La cena llegó, la que fue servida por una muchachacha indígena, que en silencio traía y recogía los platos vacíos los de Gavino y casi de igual forma como fueron traídos los de don Carlo que apenas fueron probados, también aquí siguieron las preguntas de lo que acontecía en Aplao.

Gavino también después de mucho recelo, pasó a preguntar –Dígame Ud. don Carlo ¿Qué hace por acá tan lejos de nuestra tierra?

–Tengo un lavadero de oro en la selva en el río Tunquimayo, y has tenido mucha suerte de encontrarme aquí, porque he venido a hacerme tratar de una pequeña dolencia en el estómago, y más del tiempo la paso en la selva, donde la "paso" muy bien.

–¿Es cierto que la selva parece un mar de árboles?

–Casi, casi, la vegetación es muy tupida y parece intermi nable.

–¿Hay toda clase de animales y frutas?

–Bueno lo que preguntas es muy difícil de responder ¿Cuántas clases de animales habrá?, pero eso si puedo decirte que muchos animales y abundante fruta, porque como te he dicho, mi negocio es el "oro" aunque en cuestión de frutas, hay plátanos, piñas, paltas y muchas otras más.

Gavino siguió preguntando de la altura de los árboles, del caudal de los ríos, del clima y cuantas otras cosas se le ocurría preguntar, pero todas estas preguntas no eran sino un trampolín ya que la pregunta o preguntas que quería hacer era acerca del oro, pero no quería que don Carlo descubriera el ansia que tenía de conocer de este preciado metal, hasta que de improviso tomó aliento.

–¿Es cierto que hay bastante oro en la Selva don Carlo?

–Por supuesto hay tanto como lo que puedas cargar en tu espalda i mucho mas o como crees que tengo esta casa, me puedo dar todos los gustos y lujos que me vengan en gana, pero eso sí he trabajado duro.

–¿Cómo se saca el oro don Carlo?

–Bueno hay distintas formas, pero yo lo hago en canales de madera con el piso empedrado o con rifleros de chonta y en esos canales se hace correr el agua con cierto declive y ahí se hecha el material o tierra aurífera y la fuerza del agua se lleva la piedras, cascajo y la arenilla, y como el oro es más pesado, éste se va acentando en las rendijas de las piedras o en las abras las piedras, cascajo y la arenilla, y como el oro es más pesado, éste se va acentando en las rendijas de las piedras o en las abras en una "batea", esto es un poco difícil de explicarte, ya que no conoces el lugar, pero otra cosa es estar en el sitio y veas con tus propios ojos.

Don Carlo aprovechó de esta pregunta para hablar mara-

villas acerca de la Selva, de la cantidad de oro que podía sacarse y que con sólo coraje y decisión se obtenía grandes cantidades, que nada valía estudiar tanto, para encontrar todo el oro que uno pudiera cargar, que sólo se necesitaba decidirse, tener suerte, trabajar y listo, hablaba y hablaba, de como él tenía dinero y de otras a cual mejor de fantásticas, que llenaron el oído de Gavino y empezó a ilusionarse de tanta riqueza.

–Ahora si don Carlo me voy, tengo que irme, porque hasta las nueve sólo se puede entrar al Colegio.

–Anda vete no más, pero ya sabes, esta es tu casa y ven cuando quieras, todavía voy a estar 15 días antes de irme a mi lavadero de Oro.

Gavino esa noche escuchó cantar los gallos antes que pudiera conciliar el sueño, pensaba en todo lo que había escuchado acerca de la Selva, recordaba cuantos deseos tenía de conocerla y ahora se aumentaban esos deseos por el conocimiento de que ahí también abundaba el "oro", una novedad recién conocida que hacía crecer sus ansias de ir allá a tentar fortuna, además conocería ríos más grandes que el Majes, se saboreaba comiendo las piñas, fruta que no había en su tierra y al final de todo esto, se veía regresando cargado de kilos de oro, ¡lo que haría con tanto dinero!; pero todo lo bonito de sus planes, chocaba con sus estudios. Pero ser rico, era mejor que todos los estudios, como decía don Carlo.

Esta lucha que se desarrollaba en su mente de abandonar el Colegio e ir a hacerse rico a la Selva o de seguir estudiando se prolongó durante toda la semana, ¿Y si le dijera que me lleve a la Selva?, se preguntaba– ¿Y si no quisiera llevarme!– Pero– ¿Mis estudios?, ya que volvamos a decir Gavino era el primer alumno en su clase– ¿Qué dirán mis profesores?, y por último pensaba en su madre, pero se decía –A ella la convencería con el oro que le lleve– la sacaría de sus apuros, y ya no tendría que trabajar nunca más, además le demostraría que ser rico era

mejor que estar estudiando y que había valido dejar los estudios, en fin su mamá no le diría nada.

Preguntaba a los compañeros de clase acerca del oro de Quince Mil como para ilustrarse, pero a nadie confiaba sus secretos proyectos, todo esto lo tuvo esa semana como sonámbulo, hasta que llegó el Domingo nuevo día de salida e hizo igual a la mayoría de los alumnos internos que tenían donde pasar ese día, se hacían apuntar para no almorzar ni comer en el Colegio y con orgullo salió haciéndose apuntar para estar ausente todo el día, ya que almorzaría y comería donde su paisano. Es así que muy temprano se encontró tocando la puerta de don Carlo "su Paisano Rico", la misma muchacha indígena le franqueó la puerta, y nuevamente encontró a don carlo sentado en un mueble cómodo como el Domingo anterior.

–Buenos días don Carlo.

–¿Cómo has estado muchacho?, te estuve esperando toda la semana.

–Lo que pasa don Carlo, que sólo los Domingos y feriados podemos salir de paseo a la calle, el resto de la Semana tenemos que estudiar.

–¡Ah caramba! estudiar, felizmente yo no tuve que soportar tanto estudio, ya me vez, como te dije antes, tengo todo lo que deseo, porque el oro lo puede todo y yo tengo dinero porque mi lavadero es muy rico.

–Gavino ya estaba deslumbrado de tanto oro y había decidido ir a probar suerte con el oro de Quince Mil, pero tenía miedo que su petición a que lo lleve, le fuera negativa y sólo atinaba a preguntar nuevamente sobre el sabor de las piñas, de las variedades de plátanos, de las naranjas, aparte de las frutas, también hacía preguntas sobre las culebras gigantes y su peligrosidad, del grosor y altura de los árboles, todas estas preguntas eran para tomar valor, para hacer la pregunta que desde el principio quería; le daba vueltas a sus pensamientos

por todos lados, hasta que como un disparo le pudo salir de sus labios, sin saber que don Carlo lo había preparado para que de él saliera esta petición.

–Don Carlo, ¿Por qué no me lleva a los lavaderos de Oro?

Don Carlo en posición estudiada y hablando consigo mismo se decía

–Claro no hay nada mejor que la Selva, hay bastante oro por todas partes y con el oro se puede todo.

–Don Carlo, yo quiero ir a la Selva, soy fuerte, no le tengo miedo a nada, y si me lleva puedo hacer lo que Ud. quiera, sé tirar pala y pico y si necesita un mecánico o herrero para reparar sus herramientas, ahí estoy yo, no me achico ante nada ¿no sea malo don Carlo? ¿Lléveme con Ud.?, quiero trabajar para no ser una carga para mi familia.

–Pero ¿tus estudios? no deberías dejarlos. –Apresurándose a decir. –Claro esta también que con oro en la mano no se necesita de tanto estudio. Conozco a muchas personas que han terminado sus estudios y no son más que empleaditos de gente con dinero ¿–No vé Don Carlo?, una prueba más para que me lleve con Ud.

–No sé– no sé, pero te voy a contar de un hombre que siendo analfabeto consiguió hallar mucho oro, pero por su ignorancia hizo que lo perdiera todo y no me gustaría que a tí te pase lo mismo, aunque claro está, tú no eres como él, tienes instrucción y no derrocharías el oro como lo hizo, a quien apodaron "La Bestia Humana", se llama Pedro, te digo se llama, porque está vivo en algún lugar de la Selva, éste hombre chichiqueando encontró una bolsonada de oro.

–Un momentito don Carlo, ha dicho Ud. dos palabras nuevas que no conozco– ¿Qué quiere decir " chichiqueando y bolsanada"?

–La primera quizá sea una palabra quechua, pero se dice así a la persona que por su cuenta y con una batea, busca oro en cualquier lugar, y bolsonada, en nuestro medio significa, un

lugar donde existe mucho oro junto, que la Naturaleza sabe Dios como lo haya juntado.

Bueno no me interrumpas y te voy a seguir contando. Como te decía, ese Pedro chichiqueando se encontró una bolsonada de oro y juntó 8 kilos y se vino al Cuzco, vendiendo su oro a 20 mil soles el kilo y con ese dinero hizo lo que se dice "torería y media", entraba a las cantinas y pagaba todo el licor que consumieran los que se encontraban ahí, otras veces los hacía botar o rompía todas las botellas de los andamios, iba a los prostíbulos y los cerraba para ser el único, hacía lo que le venía en gana, muchas veces fue llevado detenido, pero más tardaba en entrar a las Comisarías, que en salir de ellas, era amigo del Prefecto y de altas Autoridades Policiales y ya te imaginas porqué era amigo de ellas; es por esto y por otras innarrables que lo apodaron "La Bestia Humana", pero como te darás cuenta, el dinero lo gastó sin ningún reparo y cuando ya no quisieron darle más crédito, tenía una deuda de 60 mil soles, así que nuevamente entró a la Selva y trabajó en lo que quedaba de su bolsanada que sólo él conocía su ubicación, así que después de 2 meses de duro trabajo agotó su filón de oro consiguiendo 5 kilos, con los que nuevamente se vino al Cuzco, y ahora con mayor barbarie, cometió toda clase de actos reñidos contra la moral y las buenas costumbres, regalaba charpas de oro de 20 ó 30 gramos a mujeres que le soportaban sus caprichos y deseos, daba banquetes a las Autoridades, y aunque te parezca mentira, esas relaciones hicieron que aprendiera a hablar el Castellano con cierto tono de hombre leído. Como quiera que había pagado su deuda anterior, en esta vez cuando se decidió regresar a la Selva, tenía una deuda ya de 100 mil soles.

Nunca más volvió a salir ya que su bolsonada se había agotado al no poder pagar todo lo que debe.

Te he contado acerca de este hombre, de la suerte que tuvo de encontrarse esa bolsonada y el de su fracaso por ser igclaro si tú logras encontrar una bolsonada, no lo malgastarías porque tienes instrucción e invertirías tu oro en algo producti-

vo, podrías ayudar a tu familia y darte los lujos que quieras, ya que dicho sea de paso, también otros han encontrado buenas bolsonadas y callados sin hacer bulla han regresado y se han comprado haciendas y bienes y viven como prínncipes; pero no sé porque te cuento todo esto, si tú todavía estás estudiando y te faltarían como me dijiste 2 años para terminar y recién tendrás que buscar trabajo, aunque en esos 2 años podría estar tu oportunidad, ya que como has visto, ni se necesita saber leer o escribir para hallarse una bolsonada.

–¿No vé don Carlo?, Ud. lo ha dicho, de que me serviría tanto estudio– Yo seré joven, pero soy muy fuerte, además como le dije, sé agarrar la lampa y el pico, porque en todas mis vacaciones de los últimos años de primaria y ahora en secundaria, he trabajado en construcciones, en los reparos para que las aguas del río no invada terrenos de cultivo, en trapiches de molienda de caña de azúcar, cortando madera y otras ocupaciones, así que sé hacer de todo.

–Pero ¿qué dirá tu mamá?

–A mi mamá con el oro que le lleve la convencería, por ese lado no hay problema don Carlo.

–Vamos a ver, vamos a ver, tengo bastantes herramientas que necesitan ser reparadas. ¿Podrías hacerlo tú?.

¡Claro don Carlo!, no le dicho que soy mecánico y en los primeros años de estudio nos han enseñado a trabajar en la fragua, a propósito ¿tiene Ud. fragua? y ¿yunque?, ¿no se dá cuenta que le puedo ser útil?.

–Déjame pensar, no te aseguro nada, pero lo voy a pensar, ahora vamos a almorzar que ya están los platos en la mesa y después ya veremos. Terminado el almuerzo salieron al patio y se sentaron en un poyo, (especie de banco hecho de piedras con barro), a tomar el sol, porque dentro de la habitación hacía frío.

–Ya pué don Carlo, lléveme con ud., no conozco a nadie por allá, ni tampoco tengo plata para pagar mi pasaje, pero con

mi trabajo yo se lo pagaría. –Ya pué don Carlo, no sea malo.

–Bueno, bueno, como te dije voy a pensarlo, ahora acompáñame a buscar a Sergio el Capataz de mi corte (Corte o lavadero es igual, posteriormente se verá), tengo que hablar ciertas cosas con él. Ambos se dirigieron por distintas calles de los alrededores de la ciudad guiados por don Carlo hasta llegar a una picanteria donde encontraron a Sergio. Sergio el Capataz, un hombre alto de 1.80 m. más o menos, flaco pero musculoso, trigueño, raza mestiza, de expresión fiera, de unos 35 años de edad, y en todo momento daba muestras de ser hombre duro y se creía superior a todos a excepción de don Carlo que cuando hablaba con él lo hacía en forma sumisa.

–Y Sergio ¿cómo va?

–Buenas tardes Patrón,

–¿Todo está bien? ¿Compraste las provisiones?

–Sí Patrón

–¿Cuántos tambores de coca?

–4 Patrón, pero allá todavía debe haber 2

–La gente ¿cómo va?

–He conseguido 2 más, o sea tenemos 19.

–Por si acaso, yo también tengo uno

–¡muy bien Patrón, con ese son 20, ¿cuándo partimos?

–Primero quiero que todos los contratos estén en regla, ya sabes, si hay que soltar plata, que se va hacer, pero tienes todavía esta semana, y de este lunes al otro, partimos, todos los contratos deben estar en regla.

–No se preocupe Patrón, yo conozco todo este negocio y sé como se hace para que no fastidien los Policías.

–Bueno, eso te lo dejo a tí, ya me voy y no quiero ningún problema.

–Vaya tranquilo no más Patrón, ¡Patrón, Patroncito! ¿No se toma una chichita?

–No, estoy lleno, acabo de almorzar.

–Gracias Patrón.

Acerca de esta conversación, "del Patrón" en este caso don Carlo con el capataz Sergio, Gavino no hizo ninguna pregunta, a pesar de no haber entendido nada de lo hablado entre ellos, por temor de ser indiscreto o porque lo vaya a conjeturar de preguntón y en base a eso don Carlo decida no llevarlo a los lavaderos de oro, además también dado al trato tan reverencial con que el Capataz se dirigía al Patrón, pensó que podría ofenderlo al hacerle preguntas.

De la Picantería se dirigieron a una tienda que siendo Domingo se encontraba abierta, donde don carlo compró diferentes artículos que fueron llenados en tres bolsas vacías de harina, retornando a la casa, cargando Gavino las tres bolsas que aunque su peso era muy excesivo, pero por el volumen hacían dificultoso su transporte, pero en ningún momento pidió ayuda a don Carlo, ya que quería demostrar siquiera en eso, que podía desempeñarse solo, y también hacer méritos de hombre fuerte para que lo lleven a la Selva. Llegaron a la casa y después de acomodar las bolsas, Gavino ya no era el muchacho preguntón, muy por el contrario, se mostraba solícito en ayudar en cualquier cosa y sólo respondía a las preguntas, y no hacía ninguna, no vaya ser que alguna pregunta no sea del agrado de don Carlo que podría ir en su contra y por impertinente lo deje. Llegada la hora de la cena, Gavino comió callado ansioso de saber la respuesta de don Carlo, que no le fuera negativa, hasta ahí solo él preguntaba lo que quería saber, hasta la llegada de la hora que tenía que entrar al Colegio.

–Bueno don Carlo, ahora sí me voy, sino no me dejan entrar al internado; contestando don Carlo:

–¿Tienes plata muchacho?.

–Si don Carlo.

–¿Cuánto tienes?

–50 centavos.

–¡va! eso no es plata, ven toma, aquí tienes 20 soles, gástatelos, has lo que tú quieras con ellos y si me animo a llevarte te

voy a darte más plata.

-Gracias don Carlo, pero ya sabe, no se olvide de mi, lléveme con Ud. quiero trabajar.

--Bueno, bueno muchacho voy a ver, el próximo domingo vienes temprano y te digo lo que he decidido.

-Pero no se olvide don Carlo, se que me gusta la Selva, y que puedo trabajar como cualquier hombre.

-Entonces, anda a dormir y ya sabes, el próximo domingo te espéro temprano.

LOS SUEÑOS DE GAVINO

Fue la semana más larga en la vida de Gavino, se hacía mil ilusiones, siempre sobre la base de kilos y kilos de oro. Se compraría una hacienda en su tierra y criaría toda clase de animales, tendría abundante pasto para los conejos, y a los muchachos cuyos padres no tuvieran chacra, les regalaría todo el forraje que quisieran para que mantengan sus animales para que no pasen lo que él pasaba, de tener que recoger el pasto de las distintas chacras perseguido por algunos dueños, que hasta de las malas hiervas que servían de alimentos a sus conejos, se atajaban y era correteado y perseguido y cuantas veces le quitaron el pasto. También podría comer todo lo que le gustaba, churrascos, camarones y ni qué decir de todos los chocolates que viera. A sus hermanas casadas las ayudaría con todo el dinero que ellas necesitarán para que también sean ricas. A su hermano le aconsejaría que se regrese a Majes para estar juntos y gozar de la vida. Se compraría una motocicleta grande para ir donde él quiera, junto con una buena escopeta, y cazar palomas, a las que desde los 11 años ya cazaba con su vieja escopeta de abancarga, se mandaría hacer una atarraya, que no obstante él sabía tejerlas, pero ahora él tendría dinero para pagar que se las hagan. Su mamá no tendría que trabajar nunca más, así como su hermana soltera, viviría con ellas rodeados de toda clase de

comodidades. Y a su Pueblo Aplao, le haría instalar agua potable, para que la gente beba agua buena, y no tengan que ir hasta la acequia a traerla, que según su mamá, había que recoger el agua muy temprano, antes que las familias que vivían cerca de la acequia boten las bacenicas en ellas y la ensucien. Ayudaría a todos los pobres de su pueblo, para que coman bien y no estén desnutridos ni vestidos de harapos. Tampoco se olvidaría del "Loco Manuel", hombre que siendo loco, se ganaba la vida, acarreando agua para las distintas familias que no tenían quien les haga este servicio o de familias que creían que cargar agua, era una actividad denigrante, ¡pobre loco!, pensaba, cuántas veces lo habían hecho loquear más de lo que estaba, él y todos los muchachos del pueblo, le gritaban cualquier insulto, y Manuel respondía tirando piedras a los muchachos, que luego que veían que se ofuscaba el loco, corrían en todas las direcciones, y más de una vez, esas piedras arrojadas por el Loco Manuel, alcanzaron a algún muchacho, y si éste tenía padre o hermanos mayores, buscaban al Loco y le pegaban sin misericordia, por eso se decía "Pobre Loco", pero ya no tendría que pasar todas esas peripecias ni las injusticias de la gente, porque él le compraría una casa, y buscaría una persona para que lo atienda y así, coma y duerma a sus horas, no como ahora que come las sobras que de favor le dan las familias, a quienes lleva el agua, y duerme en cualquier lugar del pueblo, generalmente la Torre de la Iglesia, en fin no dejaría que este loco sea más vejado, y si tuviera curación, pagaría todos los gastos.

Estos y muchos proyectos se hacía, y siempre los resolvía en forma favorable, todos relacionados con su tierra, el único lugar del mundo que le gustaría vivir y morir.

Los compañeros de clase, especialmente los arequipeños, se dieron cuenta del cambio que sufrió Gavino en esa semana, hasta que el día viernes, confió su secreto a Gustavo, su íntimo amigo, le contó acerca de su paisano millonario, que había

conocido gracias a su cuñado Willy que vivía en Aplao, le dijo que este su paisano lo iba a llevar a los lavaderos de oro de Quince Mil, que por ahí había cualquier cantidad de oro, que lo iba a ayudar a hacerse rico, y alababa a su paisano, agrandándole su riqueza .y magnificándole su bondad, pero aunque todavía, no le había prometido que lo llevaría, él no decía esto; por el contrario, le contaba a su amigo, que su paisano lo había invitado a ir con él, porque quería ayudarlo a que sea rico, que el oro estaba por esos lugares solo para recogerlo; confió también sus proyectos para cuando regrese cargado de oro. Tantas invenciones le dijo a su amigo que hicieron que él también se decidiera a ir. Ese último sábado muy temprano antes de tomar desayuno, buscó a Gavino y le dijo:

–Oye hermano, dile pué a tu paisano que me lleve a mi también tú me conoces bien, yo también soy valiente, no seré tan fuerte como tú, pero con voluntad y decisión, puedoayudar y trabajar como cualquier otro, –debido al gesto negativo de Gavino, Gustavo proseguía:

–Ayúdame hermano, cosa que los 2 nos veríamos y ayudaríamos mutuamente, ¡anda pué hermano! ¡nada te cuesta!, y seguían los ruegos para que él también fuera de la partida.

Gavino hubiera querido también llevarlo, para como decía Gustavo, tener un amigo, un compañero, pero no podía decirle o darle el sí, porque ni él estaba seguro que lo iba a llevar su paisano a los Lavaderos de Oro, y cómo iba a ofrecer llevar a otro; hasta que felizmente encontró la salida a ese problema, sin que su amigo se enoje, diciéndole que lo iba a llevar, pero que primero iría él y después le escribiría o vendría personalmente, y se irían a la conquista del Oro de Quince Mil juntos.

PREPARATIVOS PARA EL VIAJE

El día sábado en la tarde, Gavino dejó todos sus libros y cuadernos y otras cosas, a su amigo Gustavo, diciéndole que si

por un caso lo dejara el camión que debería llevarlo a Quince Mil, regresaría y continuaría estudiando, o de lo contrario, él podría disponer de todas sus pertenencias; luego de ésto siguieron conversando haciendo planes, para cuando los dos estuvieran regresando de la Selva cargados de oro.

Como quiera llegó el Domingo, y como el anterior, Gavino se hizo anotar para no almorzar ni comer ese día en el internado, y ni bien tomó desayuno, apurado llegó a la casa de don Carlo.

–¿Cómo, no has traído tus cosas? o ¿ya te desanimaste de ir a los Lavaderos de Oro a hacerte rico?

–Es que Ud. don Carlo no me aseguró que me llevaría.

–Anda trae tus cosas, que esta noche para amanecer Lunes, a eso de la una de la mañana, partimos de todas maneras.

–Pero ahora que le digo al portero del Colegio, si me ve con mis cosas al salir por la puerta.

–Entonces trae sólo lo indispensable y el resto lo dejas - ¿Cuántas frazadas tienes?

–Dos don Carlo.

–Bueno trae una, y tampoco necesitas mucha ropa, porque en los ríos hace mucho calor.

–Pero ¿qué le digo al Portero?

–Inventa algo, aunque sea dile que sacas tu ropa para hacerla lavar o algo parecido, pero eso sí, regresa inmediatamente trayendo las cosas que te he dicho.

Afortunadamente para Gavino, a esas horas no se encontraba nadie en el internado, y le dijo al Portero que había regresado a sacar su ropa para que la laven donde un familiar, es así que cuando pasó por la puerta de regreso, el portero no le hizo ninguna pregunta, por el costalillo que se había conseguido y que ahora contenía parte de sus cosas, la frazada la llevó en la otra mano, y sin ningún contratiempo, llegó nuevamente a la casa de don Carlo, quien lo recibió diciéndole:

–Deja ahí tus cosas, señalándole un poyo y vas a ir con el Capataz, él te va a indicar que vas hacer. Solícito Gavino se presentó ante el Capataz, que lo esperaba en el patio cerca de la puerta de calle.

–Dice don Carlo que vamos a ir no sé donde.

–Fíjate muchacho, y tenlo muy en cuenta ¡no se dice don Carlo! sino ¡Patrón! y yo soy don Sergio, así que ya lo sabes, ahora sígueme.

Después de unas cuadras y en un depósito todo sucio y descuidado, en el que se encontraban 10 sacos o costales, conteniendo charqui, maíz seco entero y chancado, coca, chuño entero y chancado, sal, azúcar y otras cosas.

–Carga todos estos bultos para la casa del Patrón, yo voy a esperar a que termines de llevarlos todos y apúrate. Gavino sin decir nada, trató de poner el saco al hombro que creyó más pesado, pero como tenía que levantarlo desde el suelo, tuvo dificultad en hacerlo, por lo que el Capataz lo ayudó diciéndole:

–Arequipeños de m..., no pueden ni levantar un saco. Con el bulto a sus espaldas tuvo que llegar hasta la casa de don Carlo, ahora ya "el Patrón" como dijo don Sergio, y así uno a uno tuvo que transportar los 10 sacos sobre sus espaldas hasta la casa del Patrón, terminando a eso de las 2 de la tarde. Cansado Gavino después de haber traído toda esa carga, con las manos sucias y espalda dolorida, se sentó en el poyo junto donde estaba su costalillo con sus cosas, (**poyo** especie de banco hecho de piedras con barro, en este caso sin circundaba todo el patio de la casa), e inmediatamente una muchacha indígena, sin decirle ninguna palabra le alcanzó una "chuga" (**Chuga** plato hondo de barro cocido) conteniendo el almuerzo, y así en esas condiciones, comió todo su contenido, y al terminarlo, la misma sirvienta, que se encontraba sentada en el suelo, no muy lejos de donde había almorzado Gavino, se aproximó a recoger la chuga vacía, lo que aprovechó Gavino para preguntarle:

¿Dónde está don Carlo?, contestando sin detenerse
-Manan, Manan (no, no) y se retiró a la cocina con la chuga vacía.

A medida que pasaba la tarde iban llegando indígenas, todos ellos de unos 25 a 30 años de edad calculaba Gavino, con su bulto en la espalda (jepi), y su bola de coca en un lado de la boca, sin decir palabra alguna, bajaban su jepi, lo ponían en su delante y se sentaban en el poyo, que como se ha dicho circunda casi todo el patio, y así llegaron uno a uno hasta cerca ya de la noche completaron el número 17, ninguno hablaba, todos se mantenían taciturnos y silenciosos, como si esperaran una condena o la muerte, con las cabezas gachas, melancólicos, pareciera que para ellos no existiera el tiempo, había tanta gente en el patio, pero no se escuchaba ningún ruido que indicara su presencia.

Ya la noche hizo acto de presencia, e hizo también su aparición don Carlo gritando:

–¡Sergio!

–Patrón, respondió el Capataz que también se encontraba en el patio sentado en una silla.

–¿Ya están todos completos?

–Faltan 2 Patrón.

–¿Cómo que faltan 2? ¿Quiénes son?

–Son los 2 últimos que conseguí, se llaman Tiburcio y Tobías.

–Inmediatamente anda a buscarlos. El Capataz dijo unas palabras en idioma quechua, y se pararon 4 indios y dejando sus jepis, siguieron al Capataz, regresando a eso de las 11 de la noche sin traer a ningún otro peón.

Esa noche no hubo cena, y poco antes de salir para el paradero de los camiones que los llevarían a Quince mil, el Capataz con unos papeles impresos en las manos leyó con dificultad uno de ellos.

–¡Gavino!, dijo seguido del apellido ¡ah! te llamas Gavino, ¿Sabes escribir?, pero mejor moja tu dedo acá y lo pones aquí, le dijo alcanzándole un tampón y un pliego de papel impreso, y sin leer lo que estaba escrito, hizo lo que le indicó el Capataz, luego de esto, juntó el pliego de papel que Gavino había estampado su huella digital con otros papeles iguales. Muchos después, llegó a saber Gavino que esos papeles eran los famosos "Contratos de Trabajo" de los que hablaremos después.

EL VIAJE A QUINCE MIL

Serían las doce de la noche, cuando el Capataz a cada uno de las 18 personas incluído Gavino, asignó un bulto, para que fuera llevado hasta el camión que los conduciría hasta Quince Mil, es así que los 18 peones, ya que Gavino sin saberlo había sido considerado como tal, llegaron cargados además de sus cosas, con el bulto que les fue asignado al lugar de Limacpampa, donde varios camiones, esperaban a todas las personas que se dirigían a Quince Mil; además de los 18 peones, iban el Patrón, el Capataz y 2 mujeres indígenas. Después que el Patrón escogió el camión y habló con el chofer del mismo, los hicieron subir a todos encima de la carga incluyendo el Capataz y las 2 mujeres, el Patrón se ubicó dentro de la cabina junto al chofer.

Gavino a estas alturas todavía no se daba cuenta que lo habían contratado como un peón más, que al hacerlo estampar su huella digital, lo había hecho sobre un contrato de trabajo por 3 meses obligatorio, ganando un jornal de 6 soles diarios por día trabajado, y que el empleador en este caso el Patrón, le daría alojamiento y comida, estos contratos estaban legalizados por un Juez y por la Zona de Trabajo y como Gavino ignoraba todo esto, se prestaba solícito para tareas secundarias, inclusive había peones que querían escaparse, y él creyendo que formaba

casi parte del Patrón, porque estaba convencido que lo llevaba como a su paisano, se esmeraba en cuidar a la gente que en la oscuridad de la noche, no se escapen, acomodaba los bultos y ayudaba al Capataz a apurar a los peones a que ocupen su sitio encima del camión.

Serían las 2 de la mañana, cuando el camión con su carga humana y mercadería, partió del Cuzco-Limacpampa. Dado el ajetreo del día anterior, apenas el camión se puso en movimiento Gavino se quedó profundamente dormido, cubierto con su frazada, teniendo como respaldar su bolsa con sus pertenencias, y al llegar a Urcos, fue despertado por el Capataz, para ser preguntado:

–¿Quiere tomar desayuno?, teniendo en cuenta que no había cenado el día anterior, de inmediato dijo que ¡si! y se bajó del camión.

–Pide lo que quieras que yo voy a pagar.

–Gracias don Sergio. Lo único que había era caldo de cabeza de borrego, así que Gavino se comió 2 platos, mejor dicho 2 chugas, que dado al hambre que tenía los sintió deliciosos; el Capataz apuntó en una libreta lo que pagó por lo que Gavino consumió, y como pagó de mala gana, ya que fueron 2 porciones y no queriendo que el Capataz pague nada más, el muchacho se compró con el vuelto que le sobraba de los 20 soles que el Patrón le había "regalado" el Domingo anterior, 2 panes grandes que le costaron 50 centavos cada uno, panes de unos 40 centímetros de diámetro por unos 10 centímetros de alto, ya que su hambre no había sido saciado.

Gavino también había oído al Capataz, pasarles la voz al resto de los peones que estaban en Urcos y supuso que las mismas palabras que le dijeron a él para que tome desayuno, también se las hacía en idioma Quechua a ellos, pero ninguno hizo ademán de bajarse del camión, limitándose sólo a contestar

"Manan Wiracocha", Manan Wiracocha" (no señor, no señor), y pensaba para sus adentros, estos sonsos, seguro que no saben que el Patrón paga el desayuno, o a lo mejor se han marcado y no les apetece comer nada, se hacía varias conjeturas, pero ninguna se asemejaba a la verdadera razón, la cual era que todo lo que cada uno consumía, pasaba a su cuenta personal como adelanto de dinero, y que tenía que ser pagado con su trabajo. Gavino lo supo esto después de mucho tiempo, inclusive los 20 soles que le habían sido dado con regalo, estaban considerados como adelanto; fue esta la razón porque ninguno se bajó a tomar desayuno y ahí encima del camión sacaron de su respectivo jepi, maíz tostado y algunos con un pedazo de queso o carne seca, lo que comían en forma moderada como calculando a que les alcance para otras comidas, luego de esto vino el picchado de su coca, cosa que lo hacían agarrando el pezón de cada hoja y las masticaban una a una, con intervalos de una mascada de llucta (pansitos chiquitos de ceniza), parece que el momento de la picchada fuera el más feliz de sus vidas, como si rememoraran tiempos idos mejores, en silencio fueron armando la bola de coca en un lado de la boca lo que mantenían por varias horas.

Después de una parada de hora y media más o menos en Urcos, partió el camión rumbo a Ocongate, futura próxima parada, Gavino ya despierto, buscó ubicación en el rin del vehículo, mientras los demás iban callados y taciturnos, pareciera que dormitaban, el muchacho iba cantando y admirando toda la belleza de la serranía que era iluminada por un sol brillante, contemplaba a hombres y mujeres, con sus vestidos de colores desteñidos, labraban la tierra con unos palos, algunos de ellos hacían el ademán de adios, pero ninguna de las mujeres hizo ademán alguno cuando el camión pasaba, pero Gavino si les gritaba, les agitaba los brazos, iba rebosante de alegría ya que por primera vez en su vida contemplaba la majestuosidad del paisaje serrano, ya que cuando llegó al Cuzco no pudo gozar de esta belleza por haber arribado a bordo de un avión de 4 motores de la Compañía Faucett desde Lima,

siendo todo nuevo para él, que ni se acordaba que se había escapado del Colegio ni imaginaba siquiera el futuro que lo esperaba, gozoso todo el tiempo sentado en el rin, a ratos quería transmitir su alegría de haber visto por primera vez una viscacha, llamas o alpacas pastando en su ambiente natural, pero al mirar a los demás, el que no estaba durmiendo, estaba absorto y cabizbajo, con sus bolas de coca en la boca, así que sus alegrías de tanta cosa nueva que contemplaba eran gritos, que las primeras veces hicieron a más de uno, dirigir la mirada al bullanguero, pero después nadie le hacía caso y seguían absortos con sus pensamientos o preocupaciones, sabe Dios cuáles.

A eso de la una de la tarde, arribaron a Ocongate, pueblo que debió ser muy pintoresco en otros tiempos lleno de un mayor esplendor, ya que muchas casas, parecía hubieran sido habitadas por familias acomodadas, dado al trazo de sus habitaciones, que ahora se encontraban destruídos y sin techo, pero indicaban que tuvieron tiempos mejores, el 80% de las casas estaban en esta condición de deshabitadas, cuando el camión paró adelante de una casa donde preparaban el almuerzo para los viajeros (no digo restaurante, sino casa, porque el comensal recibía el plato de comida directamente de la cocina y lo comía en cualquier lugar cercano), todos cobraron vida, y rápidamente se bajaron por los lados del vehículo constrastando con la paciencia en que se habían mantenido y se dirigieron a las casa ruinosas para hacer sus necesidades corporales.

En igual forma que en Urcos, a todos se les pasó la voz diciéndoles si querían almorzar, cosa que lo hacía el Capataz en Castellano y quechua, por lo que de inmediato, Gavino fue a la cocina a recibir su chuga, de caldo de llama, con papas aliñadas, no estuvo muy a su gusto, así que después de comer unos cuantos bocados, decidió regresar el resto que quedaba en la chuga, pero esta casi fue arranchada de las manos de Gavino, por uno de sus compañeros, digamos ahora de infortunio, y junto con otro comieron un poco, y pasaron la chuga con el

mínimo que quedaba de caldo, a las dos indias que también viajaban con ellos, sin ningún utencilio, poniéndose cada una vez a la boca el borde del recipiente empujaron en un dedo de la mano lo que quedaba de comida, dejando el plato prácticamente limpio. En vista que Gavino tenía sed, ya que en trayecto de Urcos a Ocongate, se había comido uno de los 2 panes grandes que compró, pidió un vaso de chicha, pero al probarla, no le fue grato a su paladar, y optó por dar el vaso al peón que se encontraba más cerca de él, agarrándolo de inmediato, dándole un sorbo lo pasó al siguiente, que ya esperaba su turno, y así entre sorbo y sorbo fue pasando el vaso de boca en boca, hasta que quedó vacío; el Capataz hizo también lo mismo, lo que no quizo de su caldo y la mitad de su vaso de chicha, dejó para que los peones se lo terminaran, de igual forma el Patrón, el chofer del camión, repartieron con gran benevolencia las sobras de su almuerzo, acto que los peones agradecían diciendo: "Gracias papay", "gracias papay", y hacían genuflexiones reverenciales.

El Almuerzo terminó no sin antes el Capataz preguntar a Gavino lo que había consumido y apuntarlo en una libreta, que la llevaba siempre consigo; después que todos estuvieron encima del camión y como a una hora de la llegada de Ocongate, enrumbaron con su carga humana a Quince Mil, comenzando a subir, para cruzar la cordillera por el Abra, lugar que se encontraba cubierto de nieve, y mucho recuerda Gavino a este punto, por ser la primera vez que vió de cerca la nieve extendida en el suelo como si fuera espuma y también precisamente aquí en el Abra en plena cordillera, tan igual como en el tramo anterior, iba sentado en el rin del camión y un aire fuerte en forma de remolino, le arrebató el gorro blanco de seda (jokey) que lo llevaba puesto, esta preciosa prenda había sido regalada por una prima en Lima poco antes de viajar al Cuzco, llamada Isabel, apenas si pudo verlo donde cayó el jokey, porque el color de la prenda se confundió con el blanco de la nieve y el camión siguió raudo su camino, pero mil recuerdos pasaron en ese momento acerca de la procedencia de ese gorro.

Después de pasar la cordillera, comenzó la bajada y fue apareciendo una vegetación raquítica a medida que iban bajando la ladera oriental de la Montaña, aumentando poco a poco, primero a tupida y después a tupida y alta, así también el riachuelo que bajaba junto con los viajeros, se iba haciendo cada vez más caudaloso; la bajada continuó sin contratiempos, sólo que Gavino al principio comparaba la vegetación con la que existía en su Valle, pero después pudo convencerse, que no había punto de comparación y la admiración que le causó inicialmente la exhuberante vegetación, fué transformándose, primero en respeto y luego casi en miedo al pensar en la posibilidad de encontrarse perdido en medio de tantos árboles, ya con una vegetación tupida, llegaron a Cachubamba, en este lugar comenzó a llover, por lo que el chofer y su ayudante pusieron una lona en forma de "V", generalmente todos los camiones que viajan por esta zona ya están preparados para estas contingencias y están premunidos de una toldera y los palos que sirven para leventarla, a raíz de esto Gavino tuvo que ampararse de la lluvia bajo de la toldera, abandonando el rin donde tuvo una visión panorámica: ya el río tomó el nombre de "Araza" al que cruzaron por puentes de fierro, pero ya sin poder ver el paisaje, obscureció, y a eso de las 7 de la noche, paró el camión a la entrada de Quince Mil, donde se encontraba la Garita de la Guardia Civil, subiendo un policía a la parte de arriba del camión y preguntó en voz alta.

–A ver, ¿este contingente de quién es?

El capataz contestó:

–Es de don Carlo que va en la caseta.

–¿Tienen todos sus papeles en orden?

–Toditos mi guardia, sino cómo hubiéramos venido.

Después de mirarlos casi a todos en un vistazo fugaz, se bajó el guardia, Gavino lo pasó, desde el momento que subió el custodio del orden al camión, casi sin respirar, porque recién se dió cuenta casi cabal que se había escapado del colegio y que si lo hubiera descubierto, ¿qué le hubiera hecho? a más de

haberle truncado sus sueños de lo que haría con el oro, pensaba que lo peor hubiera sido, haber hecho quedar mal a don carlo, pero para sociego de Gavino el camión arrancó y siguió unos 500 metros donde paró delante de un hotel.

–Haber todos a bajarse que ya llegamos, estas mismas palabras debió repetirlas en Quechua el Capataz ya que todos obedecieron en bajarse del camión con sus jepis además de los bultos que los hicieron cargar.

Al bajarse del camión, pareciera que Gavino llegó a otro mundo, ya que recién pudo notar pero con gran fuerza, que el aire tenía otro olor nunca antes sentido, así mismo el ambiente y pese a estar el piso puro barro, de la lluvia que acababa de parar, se notaba caliente y sofocante, en contraste con el frío de la cordillera, este ambiente lo sofocaba. Los bultos fueron colocados en un cuarto del hotel, y el Capataz los hizo sentar a todos los peones bajo el alero de la parte posterior del edificio.

La dueña del hotel era una señora muy amable, llegó alumbrándose con un candil al lugar donde se encontraban sentados en el suelo y arrimados a la pared, todos los peones, parándose delante de Gavino, le hizo unas preguntas en Quechua y al no recibir contestación habló en Castellano.

–¿Cómo te llamas? ¿De dónde eres?, ¿Tú también vas a trabajar de peón de don Carlo?

–Soy Gavino, de Arequipa, y no voy de peón sino a buscar oro, Don Carlo es mi paisano y me está ayudando para que vaya a los lavaderos a buscar oro.

–¿Nunca has estado por acá? ¿no?

–No señora, es la primera vez que vengo a la Selva, también Gavino aprovechó el momento para preguntar y dijo:

–Dígame señora ¿esos plátanos que están colgados en la parte de afuera ¿de quién son?

–Son míos y para la venta.

–Quisiera que me venda unos cuatro.
–Deja ahí no más tus cosas y ven para despacharte.

Gavino pagó 20 centavos por los cuatro plátanos grandes, y pidió que le vendiera cuatro más, la señora, todo el tiempo contempló, como Gavino devoraba los plátanos junto con el pedazo de pan que le sobraba esperando a que termine para decirle:

–Si quieres puedes dormir en la cocina, ahí no te van a picar los zancudos, después de mostrarle donde quedaba la cocina, la señora se fué a sus habitaciones. Debo añadir aquí que hasta este momento y desde el Cuzco don Carlo nunca le había dirigido la palabra ni la mirada en forma directa, así que Gavino nunca tuvo la oportunidad de preguntarle nada, pensaba, quizás, delante de los peones no debería hablarle, pero era su paisano y tenía que confiar en él.

EL VIAJE AL LAVADERO DE TUNQUIMAYO

PRIMERA JORNADA

Gavino fue despertado por la señora del hotel, al entrar a la cocina junto con otra mujer a prender el fogón, en ese momento el muchacho no podía ubicarse dónde se encontraba, estaba desorientado completamente, hasta que vió llegar al Capataz el que lo reprendió diciéndole:

–Oye carajo ¿dónde has estado? tú debes dormir junto a los demás y mucho cuidado de separarte otra vez del grupo, sino te va a pesar, al salir a la parte posterior del hotel, a hacer sus necesidades corporales, cerca de unos arbustos, lo hizo con toda precaución, creyendo que pudiera haber un bicho maligno o una culebra venenosa, que pueda hacerle daño, miraba asustado más allá a la espesura del bosque y un rayo de escalosfriós le invadió el cuerpo, pensando en todos los peli-

gros que debería haber, estando en medio de esos árboles tan inmensos y variados, al regresar pudo contemplar trambién el pueblo, la totalidad de las casas estaban construídas de madera o mejor dicho de aletas de los troncos y el techo de hojas de palmera, contemplando tanta novedad, estaba embelezado; serían las 8 de la mañana les pasaron la voz para tomar desayuno, consistente en un mate endulzado con una porción de mote de maíz seco, el cual lo recibieron todos los demás peones en un jarro de aluminio y un trapo, felizmente, para Gavino se dió cuenta la señora del Hotel que él no tenía jarro, y ella le proporcionó uno donde recibió su mate y el mote lo hizo en la falda de su camisa.

Tanto el Patrón como el Capataz iban y venían del Puesto de la Guardia Civil, como de la Oficina de la Zona de Trabajo, según supo por la dueña del hotel, que deberían hacer sellar los contratos de Trabajo en ambas Oficinas, y de seguro las Autoridades encontraron algunas anomalías, ya que el Patrón lo gritaba y reprendía al Capataz, pero parece que de alguna forma arreglaron el problema, ya que a eso de las 9, se les repartió los bultos que deberían llevar en sus espaldas, hasta Tunquimayo. A Gavino le tocó cargar un tambor de coca de una arroba de peso, y otras cosas pequeñas que harían unas 15 libras más, todo esto metido en una bolsa de jebe color marrón, para evitar que se moje por la lluvia o en el pase de los ríos, además le dieron una redecilla y una tira ancha de tocuyo, el capataz tuvo que enseñar a Gavino la forma de colocar la redecilla y la tira de tocuyo, de tal suerte que la bolsa quedara dentro de la redecilla y con trapo hizo pasar por las cocadas de la red, dejando dos ojales para que entren los brazos y llegue hasta los hombros, quedando el bulto colocado en la espalda dejando los dos brazos libres, tan idénticos como tener una mochila en la espalda, todo esto fue callado con improperios y amenazas, que el muchacho soportaba calldo, por encontrarse en un lugar completamente desconocido para él, ni tampoco conocer nada de las costumbres de la Selva, el bulto además de

sus pertenencias harían un peso total de unas 45 a 50 libras, la frazada fue dejada en el hotel a sugerencia de la dueña, por la incomodidad de ser llevada y también porque le dijo que en los ríos no la iba a necesitar por el excesivo calor en esa zona. Tan luego salieron del pueblo, se encontraron con un riachuelo, donde el Patrón, Capataz y demás peones se despojaron del pantalón, esta prenda de los dos primeros, fue dada, para que la lleve un peón que se mantenía siempre junto a ellos, Gavino también hizo lo mismo, se quitó el pantalón y los zapatos, para no se le mojen y los colocó encima de su bulto, después de vadear el riachuelo, continuó unos 100 metros andando sin zapatos, pero sus pies ya no estaban acostumbrados a andar "Patajala" (sin zapatos), por lo que no tenía la firmeza necesaria al caminar y varias veces, resbaló cayendo, casi siempre sentado en el lodo, se estaba quedando rezagado del grupo, por lo que tuvo que ponerse sus zapatos de nuevo, ahora ya no le importaban que se mojen o se ensucien, así que tuvo que calzárselos sin limpiarse los pies, llenos de barro, ahora los zapatos le daban mayor seguridad de asentar los pies en el barro, pero el inconveniente era que no tenía firmeza en el piso resbaloso de greda mojada, que la hacía muy resbalosa, comenzando los resbalones, porque la zuela de sus zapatos era lisa, y más de estos golpes le producían pequeños rasguñones; otro de los motivos por lo que se estaba quedando rezagado y no podía alcanzar al grupo, era el miedo de ser mordido por una víbora, a pesar que no había ninguna, pero las raíces de los árboles, las ramas secas enterradas en el lodo, a las que muchas veces al pisarlas, se movían dándole la sensación de un reptil peligroso y más de las veces lo hacían saltar presto a un lado, para evitar la mordedura, todo esto, sumado al calor y la carga que llevaba a sus espaldas, hacían menguar sus fuerzas rápidamente, hasta que llegaron a un pantano, donde había troncos a todo lo largo de este tramo, para poder pasar por encima de ellos, al segundo paso que fue dar Gavino, encima del tronco hechado en el barro, resbaló y cayó montado en el palo raspándose todo el largo de las piernas, y lo que fue peor para él, se golpeó los testículos,

produciéndole un dolor tan fuerte que le paralizó todo el cuerpo, pero sacando fuerzas tuvo que tratar de reponerse, porque el lugar lo aterraba, ya que era el último, así que aguantando el dolor, y al darse cuenta que le iba a ser imposible caminar por encima de los troncos, optó por caminar por el barro, llegándole a veces hasta la cintura, teniendo que agarrarse de los troncos que servía de pase, para no hundirse más, habían ramas mezcladas en este lugar, varias veces rasparon sus espinillas más aún de lo que ya estaban, pero felizmente al terminar este sitio que sería de unos 50 metros, encontró un palo que le serviría de bastón, ya que había visto que todos los demás, tenían uno, con el que se servían para apoyarse, evitando los resbalones; adelantaremos acá que el bastón de palo de chonta, es el alma de todo caminante, ya que además de servir, para ayudarse a guardar el equilibrio en los pisos resbalosos es la mejor arma ofensiva y defensiva en estos lugares, ya que su forma, no es del tipo clásico que usan los ancianos o personas con algún impedimento para caminar, sino son varas largas de unos 2 a 2 y medio metros de largo por un diámetro de unos 2.5 centímetros. El bastón que halló Gavino, aunque no era muy bueno como el que tenían los demás, ya que solamente fue una vara seca, a la que quebró con sus pies, pero de mucho le sirvió y así los resbalones ya no terminaban en el suelo, pero siempre hubo algunos arañazos; el hambre y al fatiga parecía que ya llegaban a su punto, pero gracias a Dios de una manera imprevista llegó a un claro del bosque, donde ya todos los que antecedieron, se encontraban sentados junto a sus respectivos bultos, y el Capataz estaba repartiéndoles una porción de coca, sacando de una bolsa y lo que lograba agarrar con tres dedos de la mano, el pulgar, el índice y el medio, era la medida de las hojas que repartía, cuando llegó donde Gavino que fué el último.

–¿Tú no quieres coca?, entonces, ¡Jódete!

El muchacho no contestó; La pascana o descanso, duró como hora y media, lo suficiente para que todos hicieran sus

respectivas bolas de coca a un lado de la boca (Pichado), todo este tiempo la pasó hechado en el suelo mirando el cielo, junto a su jepi, solamente tenía los ojos abiertos, sin poder definir nada, ya que a este lugar llegó tan cansado y adolorido por todas partes del cuerpo, que hasta los pensamientos pareciera cansarle y así como entre sueños escuchaba la palabra "Jacu" (vamos), lo hizo como un muñeco programado para seguir el viaje; debo agregar aquí, que por esta trocha, sólo podían transitar las personas no así las bestias de carga, por lo variado de su recorrido, como son ríos, pantanos, troncos, atolladeros, etc., etc... Gavino caminaba y caminaba, no pudiendo preguntar a nadie, cuanto faltaría para llegar o cuando nuevamente descansarían, primero, porque él iba rezagado del grupo y segundo, no sabía hablar Quechua, para preguntarle al peón que él precedía, porque el Patrón o Capataz, así hubieran estado cerca, no se hubiera atrevido a preguntarle a ellos; así que seguía la trocha junto con los resbalones y moretones, la sangre asomaba en sus piernas, y el bulto que se hacía cada vez más pesado, y dentro de las limitaciones que le daba la redecilla, cambiaba el bulto de posición siquiera un poquito a otro punto de la espalda, como decía, también aquí el muchacho no tenía tiempo ni para pensar, pareciera que pensar también lo cansaba, así que no le quedaba otra cosa que seguir caminando, aunque su cuerpo le pedía a gritos, descanso y cuantas veces ya hizo el ademán de sentarse, tuvo que rehusar a hacerlo, por el miedo de quedarse solo en el enmarañado del bosque y por el temor de ser mordido por una víbora o encontrarse con otro animal peligroso, hasta encontrarse caminando en lo que parecía una ladera bajando y bajando y de repente, divisó un claro bien grande del bosque y ahí 2 casas, vió a sus compañeros ya sentados bajo el techo de una casa, había humo, un hombre y una mujer con 2 niños se movían alrededor de los que ya habían llegado; antes de llegar Gavino a la casa, se sentó en el suelo, sin sacarse el bulto de la espalda contemplaba su alrededor sin fijar o poder definir bien lo que acontecía, o donde se encontraba, hasta que escuchó la voz del Capataz.

–¡Qué esperas carajo que no te sacas el bulto de encima, que aquí vamos a pasar la noche.

Fueron las palabras más dulces, que en mucho tiempo le parecía que no había escuchado, ¡Descansar!, era la palabra sinónima de "pasar la noche aquí" porque ya no daba más, todavía se encontraba en que ya iba a descansar y nuevamente la voz del Capataz.

–Oye animal, ¿no escuchas?, lleva tu jepi y ponlo bajo de la casa; debo hacer notar que por estos lugares las casas, están construida, sobre 4 ó 6 pares de varas gruesas paradas, la gente tiene sus pertenencias y duerme en la parte de arriba, y en el piso o parte de abajo, está el fogón donde cocinan, en algunos casos existen troncos hechados que sirven para sentarse. En este lugar llamado Yanaurcos, había 2 casas, una más grande que la otra, sentado estaba Gavino junto a su bulto, y tan cansado se sentía, que no se dió cuenta que ya todos habían comido, hasta que nuevamente la voz del Capataz:

–Oye tú ¿No quieres comer?, Gavino sólo asintió con la cabeza.

–Anda a la olla a ver si hay comida, y como comentario dijo:

–Estos arequipeños de M..., son hechos de lecha aguada.

Siempre como autómata, Gavino se dirigió donde estaba la olla sin siquiera tener el consuelo de poder con el pensamiento desearle algún daño al Capataz, por lo agotado que se encontraba, había en el fondo de la olla, una ración de lagua de chuño, con un pedazo de carne de llama seca, y poco a poco se comió toda la comida que encontró rellenando su estómago con un bebe largo de agua de una acequia chica que pasaba cerca de la casa, parece que esta comida lo reconfortó y ya con el estómago lleno, en un santiamén llegó la noche y todos los peones subieron por una escalera que estaba puesta para subir a la parte superior de la casa grande, donde solamente había el

piso de chonta batida, tenía el techo en forma de "V" invertida cubierto con hojas de palmera, y ambos extremos descubierto, después que uno a uno fueron acomodándose, en un lugar del piso a ambos lados de las caídas del techo, tocándole a Gavino acomodarse en un extremo del piso, cerca de la escalera; una vez que todos los peones estuvieron en la parte superior, la escalera fue retirada y puesta hechada en el piso, como previsión de que nadie se escape. Fue la primera vez que a Gavino le tocaba dormir sobre la chonta, sin poner absolutamente nada bajo su espalda, ya que su bolsa con sus cosas le sirvieron de cabecera, pero aún así en esas condiciones, sin importarle la chonta dura bajo su cuerpo, durmió como un bendito, y sólo despertó después que el Capataz coloco nuevamente la escalera y a grandes gritos en Quechua, hizo levantar, y fue en estos momentos, también por primera vez, ya que esto sería muy común después, que dos de los peones, se pusieron a llorar inconsoladamente y en quechua comunicaban a los que los rodeaban y éstos los consolaban y hacían que se calmaran, Gavino queriendo enterarse del motivo de tanto lloriqueo por parte de los dos peones, y como quiera que uno de los hijos del dueño de ese campamento, había venido al oir el llanto, le preguntó a éste el motivo, de por qué lloraban esos dos indios, respondiéndole, que era debido a que ambos les había mordido el murciélago en la yema del dedo grande del pie, y como para aseverar lo que decía, llevó a Gavino a la parte de abajo justo donde habían dormido los llorones, y encontraron dos pocitos de sangre, que había chorreado a través de la chonta batida, este muchacho, congenió al instante con Gavino y al decirle si se había cubierto los pies al dormir con algo y al oir la respuesta "que con nada", le dijo: has tenido mucha suerte que no te mordieran a tí también los murciélagos, ya que toda la noche pasan volando por encima de los durmientes y a todo el que encuentran con los pies destapados, aprovechan para moderles y hacerles un pequeño agujero por donde sale la sangre y esos animales aprovechan para beber un poco de esa sangre que mana del huequito que hicieron y hasta que se coagula la sangre

ésta chorrea, y como has visto llega hasta el suelo, y como veo que por primera vez vienes por estos lados de aquí para adelante, "nunca vayas a dejar de cubrirte los pies" y más aún todavía en el río Tunquimayo abundan los murciélagos más que por aquí, así que no te olvides de lo que te he dicho y nunca te morderán los murciélagos.

–A propóstio ¿Cómo te llamas?

–Gavino.

–Yo me llamo Juan, tengo 15 años, y aquí donde me ves, sé leer y escribir, estudié hasta el 3ro. de Primera y tú –¿Sabes leer, escribir? ¿De dónde eres?

–Yo soy de muy lejos, Aplao se llama mi pueblo, también sé leer, escribir, pero tú me ganas, porque yo no sé hablar Quechua y he visto que tu conversas con todos y a mí también me gustaría aprender hablar ese idioma.

–Si tú te quedaras acá, yo te enseñaría el Runa simi o Quechua, pero lástima que dentro de un rato te vas, ya que también me hubiera gustado conocer por tu boca como son los pueblos de donde vienes, sus costumbres y si son buenos: ¡Oye! te están llamando para que tomes desayuno.

SEGUNDA JORNADA

Después del desayuno, que fue idéntico al del día anterior, repartieron la coca, y cargando su respectivo bulto o jepi, partieron a cumplir la segunda jornada de caminata, no sin antes apreciar Gavino que la familia que vivía aquí, tenía una linda chacrita, que era regada por una acequia, además de la lluvia, y en ella vió, y solamente vió las exquisitas piñas, racimos de plátanos de distintas formas que colgaban de sus matas, limas, naranjas y otros árboles frutales, así también cultivos de yuca y otros que no alcanzó a identificarlos.

Ya descansando Gavino por el sueño reparador de la noche anterior y aunque su carga todavía le hacía doler la espalda, terminaron el rose de la chacra y se adentraron en el monte, pero un poco más abajo, encontraron el primer río, El Yanamayo, al que cruzaron casi sin dificultad, pero a partir de este lugar, el camino fue solamente por la orilla del río y cuando se llegaba a un recodo, donde no se podia cruzar, o la vegetación era muy espesa para salirse un poco hacia el monte y seguir por la misma margen del río, o cuando el cauce era alto y en otro lado explayado, había que cruzarlo al otro lado, pero a medida que se bajaba, el río también iba aumentando su caudal por los pequeños riachuelos que desembocaban, hasta la confluencia con el Carreñomayo, que cambia el nombre del río a "Quitare" el caudal ya es considerable. Gavino en esta parte del camino, se puede decir estaba a sus anchas, ya que a los demás peones, había que agarrarlos y hasta empujarlos para que entren y pasen el río, esto aprovechaba Gavino, para descansar, esperándolos en el otro lado del río, y en una oportunidad se dió el lujo de bañarse, aunque para esto tuvo que quitarse su jepi de la espalda, en total cruzaron 7 veces el río, para llegar a un puente colgante sobre el río "Quitare" que cuando Gavino quizo cruzarlo apurado, casi corriendo, el puente comenzó a ondularse y casi lo arroja al río, así que tuvo que pararse hasta que el puente recobre su quietud y pasar en forma lenta, siendo el primero en pasar el puente y esperar, cerca de una hora sentado a esperar a que lleguen los retrasados y mirando como algunos peones cuando el puente se movía mucho hasta se hechaban en los palos en unas posiciones grotescas que en otras condiciones le hubiera llamado a risa, pero ahora solo miraba sin hacer notar ninguna reacción las circunstancias lo aconsejaban. En la margen izquierda de este río también había una casa con una pequeña chacrita, el dueño de la casa vendía ciertas cosas, lo que aprovechó Gavino para comprar un paquete de galletas y un vaso de chicha, en este lugar el Capataz también repartió la porción de coca consabida, y hasta que terminaron de "picchar-

la", fueron dos horas las que Gavino descansó, no obstante no haber llegado muy cansado a esta etapa, porque el cruce de los riós era como un juego para él, ya que en su tierra Majes cuántas veces podía estaba en el río, y por esta parte del camino se sintió como "peje de agua" y hasta hubiera sido placentero el viaje sino tendría adolorida y escaldada la espalda en las partes donde más acentuaba el bulto; es así que nuevamente emprendieron el viaje, lo que sería la última tirada de esta etapa, para llegar al destino "Tunquimayo", y se hizo subiendo una cuesta muy larga, pero no le fué tampoco muy rigurosa esta parte del camino, ya que Gavino aprendió a bastonear, ayudándose con el bastón a caminar, lo que también le daba seguridad en las pisadas, y también se ayudaba con los brazos a quitarle el consancio de las piernas, después de unas dos horas de subida, se llegó a la cumbre, pero no se podía ver más allá de 10 metros por lo espeso del bosque, ni tampoco se miraba el cielo, ya que los árboles se entrecruzaban en la parte superior de la trocha; la bajada fue más pronunciada y aunque Gavino ya sabía ayudarse con el bastón, si tuvo varias caídas y raspetones, ya que sus zapatos como fue dicho las plantas eran de zuela, y en el barro gredoso y lo inclinado del camino, hacían que a cada paso resbalacen, ya que para andar por estos lugares, se necesitaba que además de la planta de zuela, "dos docenas de clavos de bomba", llamados también "muelas" o "cabeza de turco", en cada zapato y de esta manera evitan los resbalones, porque los clavos se agarran en cualquier terreno, mucho más antes Gavino había observado esta particularidad en los zapatos tanto del Patrón como del Capataz.

Después de muchas caídas, llegaron al río Tunquimayo, recién aquí la visibilidad abarcaba todo el ancho del valle, y luego de bajar por la margen derecha por espacio de media hora, cruzaron el río al otro lado y en una parte alta de ese angosto valle, se encuentra el campamento de don Mario el que estaba formado de tres casas, una para el Patrón, otra mediana para el Capataz o alguna otra persona de importancia, y un barracón

grande para los peones, estas dos últimas son de igual forma como la que durmieron en Yanaurcos, el barracón de los peones podía albergar hasta unas 60 personas.

Luego de la llegada al destino, que para unos fue motivo de júbilo o sea los que por primera vez venían incluído Gavino; para otros, como si no hubiera sucedido nada, sólo aceptaban su suerte callados y con la mirada si es que miraban lo hacían al suelo, Gavino pensaba para estos últimos. Quizás deba ser el cansancio el que no los deja explayar sus sentimientos y sentirse alegres de haber llegado al lugar donde tendrían su trabajo, o también se decía a lo mejor les estará pasando lo que le pasó a él en la primera jornada, que tanto era su cansancio que no podía ni pensar, pero dado a su alegría que él tenía de haber llegado al Lavadero de Oro, no se acordaba que a todos los demás peones desde que los vió entrar al patio de la casa de don Carlo en el Cuzco, mantenían siempre esa actitud. Pasado el momento de la llegada y después de entregar los bultos en un deposito junto a la casa del patrón, todas las personas fueron conducidos a la casa grande, para que decir casa, si solamente era un techo de hojas de palmera con un piso en la parte alta de chonta batida, con una escalera para subir hecha de palos, en la que se encontraban unas 15 pequeñas pertenencias de otros tantos peones que aún se encontraban trabajando en el corte Gavino se hacía el remolón para subir, no porque estuviera cansado o le faltara agilidad, sino que esperaba que el Patrón tuviera cierta consideración con él, y en lugar de ubicarlo junto con los peones, lo mandara a la otra casa, donde vió que el Capataz a su llegada, subió y dejó sus pertenencias, pero fue grande su desilusión cuando el Capataz gritó.

–Qué esperas carajo que no subes, o quieres que te suba a patadas, Cabisbajo y mordiendo su cólera, Gavino subió por la escalera e igual como los demás, puso sus cosas, que consistía en un costalillo o bolsa el que contenía 2 calzoncillos, 2

pantalones, un bibirí el otro lo tenía puesto, una chompa y sus zapatos mojados que también los colocó junto a la bolsa; se sentó en el piso, tanto a descansar como a querer hilvanar sus pensamientos, porque no era posible, que el Patrón siendo su paisano, lo mandara a ubicarse junto con la peonada, sin saber que el tambien era un peón, por otro lado, no podía comunicarse con ninguno de los demás, ya que éstos apenas hablaban, y cuando lo hacían, sólo se comunicaban en idioma Quechua, ya que todos eran indígenas, y no sabían el castellano.

Cuando la tarde ya moría, se escuchó el silbato fuerte, de esos pitos que usan los policías, para dirigir el tránsito en las ciudades o en otras ocasiones y unos 15 peones, agotados de su jornada diaria de trabajo llegaron seguidos por una persona, el que se diferenciaba por usar pantalones y camissa, no así los peones que solamente usaban calzoncillo, bibirí y otros algo así como un chalequito de lana que les cubría la espalda y el pecho, no así los brazos y todos andaban "patajala" o sea sin zapatos, antes de subir al campamento o casa, botaban la coca, que tuvieron remojando en un lado de la boca y con el dedo de una mano terminaban de botar las últimas partículas de las hojas, enjuagándose con un poco de agua de la acequia que servía para el lavadero y que pasaba cerca de la casa; hubo 2 de nuestros compañeros conocidos de ellos, ya que se amontonaron a conversar pero siempre en Quechua, en esto estaban cuando nuevamente se escuchó el silbato y tanto los que salieron del trabajo, como los recién llegados al campamento, sacaron de sus pertenencias un plato y jarro bajaron presuros a una ramada que servía de cocina donde 2 mujeres terminaron de preparar la comida. Gavino por imitación calculando que fuera éste llamado para la comida ya que los vió a todos con los utencilios de comer, pero se chocó con el inconveniente, que no tenía donde recibir su comida, y como esto lo sabía el Capataz que se encontraba junto a las pailas, le dijo que lo siguiera.

–Así que tú no tienes ni plato ni jarro ¿no?

–No señor

–Aquí tienes este plato (Gamela de aluminio) este jarro, y esta cuchara (de hojalata), cuídalos porque estos utensilios ya son tuyos, luego de esto se apersonó a recibir su porción de comida que le fue servida de la paila a su plato por una mujer y consistió en un sancochado de maíz chancado con un pedazo de carne de llama seca y en el jarro le dieron mate de manzanilla endulzado, el hambre que sentía lo hizo comer hasta raspar el plato, ya que era la única comida de ese día sin considerar el desayuno que fue solamente un mate de alguna yerba con un poco de mote y el paquetito de galletas que compró en el""Quitare", esta comida la acento con el mate de manzanilla que sí le gustaba.

La noche ya estaba encima y la casa del Patrón estaba iluminada con 2 lamparines, aunque también tenía una lámpara "Petromax", también en el otro campamento o casa, se veía una luz, y en el campamento de Gavino, apenas hubo una pequeña luz que un peón se hizo un candil de un tarro de leche vacío, haciéndole un hueco en el centro e introdújole un trapo que sirve de mecha y lo llenó de kerosene, pero como se dice, más tardó en estar prendida que lo apagó, ya que el kerosene es muy caro en la selva.

Gavino colocó su bolsa de cabecera, y solamente en calzoncillos, y el resto del cuerpo desnudo, pero no se olvidó el consejo de Juan con un bibirí se envolvió los pies, y sobre la chonta pelada, ya que el calor era sofocante, sin saber como, se quedó dormido.

PRIMER DIA DE TRABAJO

Despertó Gavino cuando el Capataz, con golpes pequeños con la punta de sus zapatos, le daba de un lado de las costillas.

–Ya, ya a levantarse, ahora hay que trabajar flojos, aquí vamos a ver cómo trabajan, y pobre del que flojée carajo, esta los avivará, decía estas y otras tanto en Quechua como en Castellano, mostrando amenazante un zurriago; todavía parecía que no había aclarado el día, porque el Dios Sol apenas se anunciaba por intermedio de cierta claridad su próxima salida, pero ya la paila estaba que exhalaba borbotones de vapor, y uno a uno fueron llegando apurados los peones a recibir su mate de Yerba-Luisa endulzada, y en la gamela una porción medida de un jarro de mote de maíz seco; todos en silencio recibieron su ración, y buscaron una piedra, un tronco o un montículo donde sentarse para desayunar siempre cerca a la paila, cuando ya todos terminaron su desayuno, el Capataz hizo nuevamente su aparición, con un costalillo en la mano conteniendo coca, y como en anteriores oportunidades a cada uno fue repartiendo la porción de estas hojas.

–Cómo, ¿tú no quieres coca?

–No, yo no se mascar eso.

–¡Qué es eso de decir ESO carajo! Acaso no sabes que es la hoja de coca, la hoja sagrada que los dioses dieron a los Incas, como premio por ser hijos de ellos, es la hoja bendita que dá fuerzas y vida, ¡ya te quiero ver mas tarde!

Los demás peones desparramados en el suelo, mascaban hoja por hoja como un ritual sublime, como si de ello dependiera sus vidas, se sentían felices en estos momentos, pero cuando ya el Sol quería aparecer, tras de los árboles en el lado del naciente, se escuchó un pitazo fuerte y prolongado, y como movidos por una fuerza sobrenatural o impulsado por un resorte invisible, todos se pararon; a los nuevos, se les indicó que pasaran por el depósito, donde les fueron entregadas sus herramientas de trabajo consistentes en una pala y un pico, y con ellas al hombro unos o llevándolas en las manos, se dirigieron al Corte guiados por los peones antiguos, el que distaba unos 300 metros del campamento, donde había varios

canales de madera, de unos 50 centímetros de ancho por unos 40 de alto y unos 4 metros de largo cada uno y éstos estaban encajados uno al otro, de tal forma que hacía un solo canal de madera de unos 80 metros de largo, con una gradiente lo suficiente para que el agua que circulaba por el canal, arrastrara las piedras chicas que también se hechaban junto con todo el material, consistiendo el trabajo en hechar en este canal donde corría el agua y de un corte (de aquí que viene el nombre de Corte) todo el material aurífero a lampazos, primero se hechaba la parte de arriba del terreno, que es generalmente tierra de cultivo o migajón, esta parte del material es muy pobre en oro, después de unos 2 metros, se llega a piedras, tierra y arena, este material ya contiene cierta cantidad de oro, y por último se llega al material junto a la peña consistente en arenilla y a veces piedras enormes que para moverlas se necesita que sean dinamitadas, esta última etapa, la más rica en oro, también en esta parte se pica hasta unos 20 ó 30 centímetros de la peña que en un principio todavía es blanda.

Para hacer correr el agua por el canal, se toma ésta de unos 2 kilómetros río arriba, lo suficiente para que llegue la acequia a la parte alta del corte, y tenga la suficiente fuerza del agua y arrastre todo el material que se hecha en el canal incluyendo piedras pequeñas, quedando el oro atrapado en el fondo del canal el que previamente se ha empedrado o puestos rifleros de chonta, así que el preciado metal queda en las rendijas de las piedras o abras de los rifleros, por ser el más pesado, así que al final de cada día o algún descanso o jallpa, el Patrón con el Capataz o el Capataz con algún peón, clarificaban o separaban mediante una batea el oro en charpas i partículas pequeñas queda al fondo de la batea; por lo que la habilidad del operador consigue separar el preciado metal de los otros minerales también pesados, como el "huincho" y otras partículas.

Siguiendo a Gavino, cuando llegó al corte, se le asignó un tramo de unos 4 metros de ancho frente al canal, por unos 6

metros de largo , a esta porción de terreno asignada tanto a Gavino como a los 9 peones restantes se denomina "SUYO", he dicho 9 peones restantes ya que los 8 que faltan, fueron llevados para que trabajen con otro patrón en otro corte cercano.

De esta forma los 10 peones comenzaron a trabajar en el corte de don Carlo, el muchacho por imitación, comenzó a aflojar la tierra con el pico y luego la hechada al canal con la lampa; al comienzo todo le pareció fácil, hasta que oyó la voz del Capataz:

–Apura carajo, porque de lo contrario no se te da de comer y si no igualas a los otros, tampoco se te va a pagar los 6 soles diarios.

Gavino se apuraba tirando pico y pala, pero los otros conocían mejor este oficio, y por más esfuerzo que hacía, no igualaba a los otros; y la voz del Capataz:

–O quieres que te dé un surriagazo, mostrándole el surriago que en todo momento llevaba consigo.

Cuando sus manos comenzaron a dolerle, sonó nuevamente el pito, Gavino creyó que sería la hora de almuerzo, pero no fue así, sino la primera "Jallpa" que así llamaban a este lapso de tiempo de trabajo, eran las 10 de la mañana, todos dejaron de trabajar y se sentaron en su respectivo suyo, y al ver esto Gavino también hizo lo mismo y se sentó en el suelo, recién pudo verse las manos el porque le dolían, viéndolas que ambas estaban ampolladas, tanto en las palmas como en los dedos, contemplándolas estaba, cuando el Capataz llegó con el costalillo de coca, nuevamente repartiendo la porción consabida, en esta oportunidad gavino sí la recibió en la falda de su bibirí, tanto por no disgustar al Capataz como para probar que efecto tuviera, y al mascarla como los demás hacían después de haberse puesto

a la boca y mascarlas unas 4 hojas, le pareció que la lengua se le engruesaba y adormecía, además tenía un amargo que no le gustó, por lo que primero pensó, fue en botar el resto de las hojas de coca pero ya como le habían dicho que esas hojas eran sagradas, y a la vez como congraciarse con su compañero más cercano.

–¿Quieres? le dijo Gavino enseñándole la coca, por lo que con una rapidez felina éste agarró las hojas y hasta la última hojita que quedaba en el bibirí, las fue guardando en su cinturón ancho tejido de lana que le daba 2 vueltas a su cintura.

Pasaría un cuarto de hora, y nuevamente sonó el silbato, y todo el mundo otras vez a tirar pala y pico, pero sucedió que después de este descanso, las manos de Gavino estaban en peores condiciones, ahora también era doloroso cerrar las manos alrededor del mango de la pala y del pico, pero tenía su "Suyo" que sacar y eso era lo primero, hasta que comenzó la primera ampolla reventada, sumándose al dolor un ardor intenso y para vendarse las manos y no tener un contacto directo con las herramientas, aprovechó que el Capataz estaba lejos y de espaldas a él, para sacar su cuchillo y cortar las piernas de su pantalón y hacerse unas vendas improvisadas, debo mencionar también aquí, que ninguno de los demás peones usaba pantalón, sino calzoncillo, y a Gavino ya le molestaba esta prenda, así que no sintió pena de haber malogrado uno de sus dos pantalones. Cuando el silbato sonó, anunciando la hora del almuerzo, el muchacho esta atrazado respecto a sus demás compañeros,por lo que mientras todos se fueron a almorzar el continuó lampeando, no obstante, su compañero de al lado a quien regaló su ración de coca, le había ayudado de una forma disimulada pasándose un poco a la marca o suyo de Gavino, quizá una media hora más sirvió para igualarlos, y cuando fue a la cocina a recibir su ración, ya todos se encontraban chacchando su coca, así que comió todo su almuerzo que le dieron aunque sin ganas, pero él sabía que sólo el alimento le daría fuerzas para soportar

el ritmo de trabajo, en esta vez fue su almuerzo, trigo sancochado con sal y mate de yerba luisa. Cuando terminó de almorzar, buscó al Capataz para que le dé su ración de coca, por lo que sin probarla, la convidó a otro que estaba sentado en una piedra junto a él, y fue en este momento que otro de sus compañeros se le acercó y le dijo:

Maqui, Maqui, ¿No entender! manus, manus, mirar.

Gavino se dió cuenta que el otro quería que le muestre sus manos, así que se sacó sus vendas improvisadas y se las mostró, así que vió la carne viva de las ampollas que habían reventado y sin inmutarse en lo más mínimo volvió a decirle:

–Urina, urina, mea manus y seguía insistiendo.

Gavino se animó a hacer que lo el otro le decía, dado a la franqueza con que lo animaba, y cuando lo hizo, mojándose las manos con su propio orín, el ardor recrudeció, pero aguantó estoicamente, y poniéndose ya las tiras de tela que había sacado de su pantalón en ambas manos sonó el silbato que anunciaba el comienzo del trabajo de la tarde, nuevamente el SUYO interminable, las manos que nos la podía cerrar tanto por haberse hinchado como por sus ampollas, pero la voz del Capataz:

–¡Apúrate carajo o te avivo con un latigazo!
–¡Apúrate carajo! o no se te paga igual que los demás, porque lo que veo que trabajas no alcanza ni para pagar lo que comes.

Ahora como casi siempre tenía pegado al Capataz, la cintura le dolía al no poder enderezar el tronco, fue una eternidad que llegara las 3 y media de la tarde, y el pito sonó "nueva jallpa" y lo único que hizo Gavino fue pararse y tratar de enderezar el espinazo que parecía no poder lograrlo, en esta

posición recibió su ración de coca que también la convidó y luego del cuarto de hora de descanso nuevamente el pito y a trabajar hasta que el sol se ocultó, y casi ya las sombras de la noche cubrían el monte.

Gavino más muerto que vivo terminó su primer día de trabajo, le dolía todo el cuerpo, la cintura, en tal forma que no podía pararse en forma vertical, las manos ni que se diga y el sol le había quemado los hombros y las partes que no le cubría el bibirí, pensó primero en irse a dormir sin comer, pero se dijo cómo iba a trabajar al otro día, le faltarian fuerzas, por lo que fue a buscar su gamela y su jarro y a la cocina a recibir su comida, que fué lo mismo que el almuerzo. Luego de haber terminado de comer, y cuando se aprestaba a irse a dormir, vinieron dos de sus compañeros, uno al que había regalado una porción de coca y trabajaba a su lado, y otro que hablaba unas cuantas palabras de castellano y sin mediar ninguna palabra le dijo:

–Cachi, cachi (sal, sal) enseñándole un poco de sal de comer en un papel siguió diciéndole:

–Manue cachi, manus cachi.
y al comprender Gavino que querían hecharle sal a las manos accedió, pero al entrar en contacto la sal con las heridas fue como si en lugar de hecharle sal, le hubieran hechado candela, y dando un grito tan fuerte como una fiera, de cuatro saltos alcanzó la acequia, e introdujo ambas manos en el agua; en otras circunstancias quizá Gavino hubiera procedido de otra forma, pero los dos compañeros llegaron nuevamente donde él e insistió uno de ellos:

–Uno manan, uno manan (Agua no, agua no).

–Ayyy manan, aguantar aguantar, y de nuevo insistieron en hecharle sal a las manos; como Gavino tenía que trabajar al día siguiente y en la creencia que esto lo aliviaría y dado a la franqueza con que hablaban, accedió que le hecharan por

segunda vez sal a las manos, y nuevamente el fuego le quemaba y fue tan fuerte el dolor que lo hizo orinar en el pantalón.

–Aguantar, aguantar, uno manan, repetían ambos como para darle ánimo.

Con las manos que le latían como si tuviera dos relojes despertadores y el dolor que parecía que aumentaba y disminuía, subió las escaleras de su campamento conteniéndose con los antebrazos de los escalones llegando a su sitio y se hechó sobre la chonta teniendo de cabecera su bolsa, hasta que más pudo el cansancio del día o quizá disminuyó el dolor que se quedo dormido, a media noche despertó y como para refrescarse las manos se lavó con su orín, sintiendo un pequeño alivio de inmediato se quedó dormido, hasta las voces de los demás, y con las manos duras y torpes, fue a recibir su desayuno, para una nueva jornada de sufrimiento, pero calculaba que serían solamente tres días de trabajo para que llegue el Domingo habiendo hecho sus planes de dormir todo este día, pero fue su sorpresa y su enojo, cuando llegó el Domingo, e igual como los días anteriores, subió el Capataz al campamento de los peones y gritaba a grandes voces:

_Jellas (flojos) a trabajar, rosando con su surriago el cuerpo de la gente. Así que no hubo más remedio que ir a recibir el desayuno y la coca que como siempre la regaló y después ir al corte a lampear; quería rebelarse a ratos, pero calculando sus fuerzas, el otro era de contextura flaca pero fuerte, además tenía un surriago de seguro si él se defendiera, nadie lo yudaría, es más, algunos estarían a favor del Capataz, así que mascando su cólera, tanto por el trabajo obligado del Domingo como por las palabras injuriosas, insultantes y por demás soeces con que el Capataz siempre se dirigía a toda la gente a sus órdenes tratándolos como bestias sin ninguna consideración y el odio a este hombre crecía a cada momento y pensaba "como no se mueren todos los Capataces" pero si no hay necesidad de humillar a una persona ni vejarlo para tratar que rinda más en

el trabajo, yo creo pensaba si nos dieran un trato como que somos también personas racionales, trabajaríamos con alegría y rendiríamos mucho más, pero ya en varias oportunidades lo había oído decir tanto al Patrón como al Capataz "Al indio y al burro palo por el culo".

Serían las 10 y media cuando sonó el silbato, y la gente ya no se quedó sentada en su suyo esperando su ración de coca, sino que contentos con su herramientas se dirigieron al campamento, Gavino por imitación hizo lo mismo que sus demás compañeros y cuando regresaba sin tener a quien preguntar acerca de lo que pasaba, escuchó una vez que lo llamaba.

ENCUENTRO CON ROMAN

–Oye ¿cómo te llamas?

Casi sin levantar la vista le contestó

–Gavino señor

–¿De dónde eres?

De poco no contestó Gavino a esta pregunta, pero después de un momento, dado al dejo o tono de su voz algo conocida, y también para que no le vaya a tomar alguna represalia, ya que éste parecía ser otro Capataz, sólo dijo, de Arequipa.

–¿De Arequipa?, yo también soy de Arequipa, del Valle de Vítor, somos paisanos, gritó emocionado, abrazando a Gavino, pero sin ser correspondido, primero, porque llevaba las herramientas en las manos y segundo, tenía desconfianza de él, ya que creía que también era otro Capataz, y poco antes Gavino había estado maldiciendo a todos los capataces del mundo, pero él tenía necesidad de saber, el por qué no se seguía con el trabajo, y esta persona hablaba su idioma, e inclusive le había dicho que era su paisano.

–Dígame señor, ¿por qué, si hoy es Domingo hemos trabajado?

–¿Cómo no sabes? ¡Ah ya caigo! tú recién llevas 4 días con hoy trabajando ¿no?

–Sí señor.

–No me digas señor, yo soy tu paisano, y mi nombre es Román, y para que sepas, como hoy es Domingo, se trabaja solamente una jallpa, y es para pagar la comida de este día, así se acostumbra por estos lugares, así que ahora tienes todo el resto del día libre, y a propósito, ¿qué vas hacer hoy día?

–Voy a dormir, de inmediato contestó el muchacho

–Entonces te veo más tarde para que conversemos

Habían llegado ya al campamento y Gavino dejó sus herramientas junto a la de los demás y subió a su lugar donde dormía, y de inmediato su sueño fue profundo, despertando a eso de las 4 de la tarde, y lo primero que hizo, fue ir a la cocina a ver si le habían separado su almuerzo, pero lo que encontró fueron las pailas vacías y sucias llenas de moscas, así que cuando se regresaba sin saber qué hacer, le salió a su paso Román:

–¿Dónde has estado paisano?, te he estado buscando por todas partes para que almuerces, yo creí que te fuiste al río, pero tampoco te hallé ¿tienes hambre?, casi Gavino le contestó que no, pero el otro se apuró en decirle:

–Ven vamos a mi campamento, yo creo que tengo algo de comer, sin contestar Gavino lo precedió hasta las escaleras, y esperó a que bajara, y cuando lo hizo trajo consigo unas 10 galletas de agua, y un tarro de leche condensada.

–Toma, come, le dijo dándole ambas cosas

Gavino como temiendo que a última hora se fuera a arrepentir de darle esas cosas que para él eran dos deliciosos manjares, en forma lenta y medida, estiró la mano para agarrar lo que el otro le estaba convidando.

–¡Agarra!, no tengas miedo, esto es mío, come,

Aunque ya Gavino tenía en sus manos las galletas y el tarro de leche no creía que se las estaban regalando, hasta que el otro, sacó un cuchillo de monte, que siempre llevaba consigo y le dijo:

–Presta la lata, e hízole dos huecos opuestos al tarro en la parte superior, devolviéndole de inmediatc ¡Apura que se cae la leche!

Gavino dió un sorbo por un hueco del tarro, y se la devolvió para que el otro también hiciera lo mismo, pero.

–Agarra no má la lata, toda es para tí, come con galletas, yo ya almorcé, no te preocupes de mí.

Poco a poco y sin decir una palabra, las galletas y la leche desaparecieron por la boca de Gavino.

–¿Estas de sed? fíjate, yo no tengo nada que tomar, pero que se va hacer, tienes que tomar agua de la acequia, porque no hay otra, aunque por aquí toda el agua es mala, contiene bichos, pero esto y mil cosas más tenemos que soportar.

Ahora Gavino más accesible, y con el estómago casi lleno, cambió de hosco a comunicativo, lo que aprovechó Román para preguntar.

¿Y como has llegado por acá?, ¿Te has escapado de tu casa? no, le dijo Gavino, y comenzo por decirle que don Carlo era su paisano legítimo de su mismo pueblo y siguió contándole la historia ya conocida hasta aquí, para que narre todo esto, al principio Román fue sacándole como se dice a cucharitas, pero poco a poco agarró confianza y le contó toda la historia de corrido, por lo que el terminar, también Gavino le hizo la misma pregunta.

–Y tu ¿cómo has venido por aca?

HISTORIA DE ROMAN

–Bueno como te dije, mi nombre es Román, nací en el valle de Vítor en Sotillo, tengo 27 años, también papá y mamá y dos hermanos mayores; mis padres tienen una chacrita ahí en e l valle, y yo las pasaba ahí ayudándoles, pero cuando tuve 20 años, me enamoré de una chica lugareña, se llama Elena, no sé que será de su vida, mis viejos no dejaron que yo me case con ella, porque decían que con qué la iba a mantenerla, si no tenía ningún oficio, aunque de paso te diré, que a las justas acabé mi instrucción primaria y como tenía quien me mantuviera no me preocupaba de nada con que ganarme la vida, y sólo aprendí desde muy chico a tocar la guitarra, en un principio tocaba porque quería hacerlo, hasta que después era el infaltable en las serenatas y cumpleaños y en todas estas reuniones el vino era infaltable, al principio no quería tomar licor, pero tanta era la insistencia que comencé a probar y después me gustaba el vino, que dicho sea de paso produce mucho en mi Valle. Después formamos un dúo con un tal Luciano, mayor que yo en 4 años, pero solamente íbamos a las fiestas por la comida y la bebida, nunca nos dieron ni medio, como nos buscaban para amenizar las fiestas, por supuesto que hay mil aventuras más, pero solamente te estoy contando lo más resaltante, es así cuando llegúe a los 20 años, no había aprendido a trabajar sólo a tocar guitarra y a "chupar", y como te dije me enamoré locamente de Elena, hacía malabares para conseguir dinero, generalmente robándole a mi padre productos de la chacra, y las malbarateaba en el pueblo y todo, por invitar a mi enamorada una gaseosa o chocolates y con eso demostrarle que estaba en buena posición económica, pero yo creo que mi padre ya sabía todo esto, porque una noche llegó a la casa con un Policía, me acuerdo todavía estaba borracho, y así me llevó al Puesto, donde había otros más, era el tiempo de la leva, así que luego que llegó un médico a revisarnos, nos llevaron en el tren a Arequipa, mi mamá y mis 2 hermanos fueron a la estación de tren a despedir-

me, ella también estaba de acuerdo que me lleven al ejército, para que me haga "hombre" me decía, y así casi de la noche a la mañana, me metieron a un cuartel y me vistieron de "cachaquito".

A las justas aguanté 3 meses en el cuartel, y en la primera salida que tuve, me deserté junto con otro muchacho del Cuzco, al que levaron, cuando fue por primera vez a conocer Arequipa, un tal Benito, estábamos en la misma compañía con él, así que nos hicimos muy amigos, siempre me hablaba delCuzco. Con añoranza también me habló de los lavaderos de oro de Quince Mil, aunque él no conocía estos lugares, lo decía sólo de habladas de otros que regresaban con oro, es por eso que yo pensé en la posibilidad de hacerme rico acá buscando oro y regresar a casarme con Elena; es por eso que cuando nos desertamos de frente nos venimos al Cuzco, yo tenía algún dinero que me proporcionó uno de mis hermanos, el que conocía mis planes, ya que todos los Domingos iba al cuartel a visitarme, y así de esa forma llegué al Cuzco junto con Benito nos alojamos en un hotel de "mala muerte", Benito al día siguiente se fue a Santo Tomás, yo no quise ir ahí no obstante su insistencia a llevarme; lo que quería era el oro ya sabes para qué, pero también el dinero que traje se me acabó, pero andando por las picanterías haber si encontraba alguien conocido o si podría hacer algo para ganarme siquiera la comida, ví a un hombre que tenía una guitarra en la mano que recién dijo la había comprado, se la pedí que me dejara tocarla y desde que comencé a puntearla, todos sacaron la oreja como se dice, gusté mucho por el estilo y forma de tocar pero el dueño de la gitarra se retiró de la picantería llevándosela, por poco me salgo del local, pero la dueña de la picantería me llamó y me dijo que tenía una guitarra y me llevó a la cocina y me invitó un buen plato de picantes y un vaso de chicha, ahí hablamos, le conté parte de mi historia y ella me propuso que tocara la guitarra en el local y que me daría alojamiento y comida, siquiera de algo me sirvió el saber tocar guitarra, porque no hallaba la forma de conseguir algo de comer, así estuve por espacio de 10 días, hasta que un

"enganchador" que llegó a la Picantería, me contrató con el mismo contrato que has firmado tú, para trabajar acá en los Lavaderos de Oro, Gavino le cortó la narración en este momento.

–¡Espera, espera un momento! yo no he firmado ningún contrato.

–Y entonces ¿cómo crees que has venido aquí?

–Es que don Carlo es mi paisano, y él me ha traído.

–Mentira ¡que paisano! ¡ni que paisano!, uno es paisano de los platudos sólo cuando a ellos les conviene, yo he visto tu contrato, ahí está impresa tu huella digital, y tienes algo de unos 120 soles de adelanto.

–Yo no he recibido ningún adelanto, ni tengo ningún contrato.

–No te calientes, fíjate Gavino tu contrato yo lo he visto. ¿Tú nunca has puesto tu huella digital en algun papel impreso que don Sergio te haya entregado?

–Sí, en el Cuzco don Sergio me preguntó cómo me llamaba y me hizo estampar mi huella digital en un papel que tenía 2 hojas.

–¡Ese pué sonzo es el contrato de trabajo!.

–Oye pero, yo no he recibido ningún dinero de adelanto.

–Vamos a ver ¿tú pagaste tu pasaje del Cuzco a Quince Mil?

–No

–¿Tomaste desayuno en Urcos y almorsaste en Ocongate?

–Sí

Bueno para que sepas, eso te lo han pasado como adelanto.

–Pero esa comida, junto con el valor del pasaje, no van a valer 120 soles ¿no?

–¿No te dieron plata antes?

–No, a no ser que sea que una vez mi paisano me regaló 20 soles.

–¡Aha! ya ves, esos 20 soles también están incluídos en tu adelanto.

–Pucha!, ¿Será tan cochino don Carlo?, que lo que me regaló me lo cobre.

–Debes de saber que en esta vida, nadie regala nada, por nada.

–Pucha y yo que creía que me había regalado los 20 soles, bueno que le vamos hacer, replicó Gavino.

Te seguiré contando, como te decía el enganchador me dió 50 soles y firmé el contrato y cuando arreglamos las cuentas figuraba más de 140 soles de adelanto, la comida, el pasaje, y otras cosas más que me dieron, me lo cobraron y a que no sabes; 50 soles más figuraba como trabajo del enganchador o sea la comisión de él, que es lo que cobra por cada peón que contrata.

–¡Pucha, que cochinos! dijo Gavino.

–Yo caí a trabajar acá con don Carlo de pura casualidad, porque en esa oportunidad vinimos un contingente de 20 contratados, y nos repartieron en los distintos cortes que hay por estos lugares, aquí quedamos solamente 4 peones, y te voy a decir una cosa, que felizmente los 3 meses que pasé en el Ejército, me prepararon para poder aguantar, tirando pala y pico como tu estás ahora; ya llevo como 7 años trabajando por estos lugares, y si me has encontrado aquí, es porque don Carlo hace un mes me mandó a buscar y me rogó para que mientras él estuviera en el Cuzco, le administre su corte, porque yo trabajo por mi cuenta, tengo un sitiecito donde he hecho mi casa y ahí "chichiqueo" y siempre uno está con la esperanza de encontrar algo grande, de haber oro, hay bastante oro, sólo que es muy pesado cuando uno trabaja sin ninguna ayuda, y haber y si cuando termines tu contrato te animas y te vienes a trabajar conmigo, pero no como peón, sino como socios en partes iguales.

–Ya paisano, yo lo que más quiero es trabajar por mi cuenta, y hallar bastante oro para regresar a mi tierra y comprarme mi chacrita.

Entonces como todavía te falta trabajar aquí, seguiremos

hablando después, y ahora vamos paisano, ya están llamando para tu comida, y de paso te diré que en este campamento hay 4 mujeres, 2 cocinan para la peonada y las otras 2 para el patrón, el Capataz y ahora yo, y mientras pueda te paso un poco de nuestra comida, que la de ustedes "Ni los perros de mi tierra la comen", pero no te molestes, que yo también tuve que aguantar como estás comiendo tú ahora.

Esa noche después de comer su bendita lagua de chuño, y como había dormido casi todo la tarde, estaba hechado en su sitio (lugar donde dormía) y como la noche era oscura, miraba las estrellas y se decía "Que felices son estos astros, que pueden a la vez estar aquí y a la vez en mi pueblo", así que viendo su pueblo a través de las estrellas encontraba a su mamá sentada en la silla descansando después de un arduo día de trabajo y a su hermana Olga preparándose para ir a dormir. Cuénteme más estrellitas de mi tierra, ensimismado estaba Gavino contemplando su valle, cuando de pronto se dió cuenta, que las estrellas se movían para un lado y para el otro, daban vueltas, y se entrecruzaban entre ellas, y como se dice paró la oreja, y se puso a observar con más atención, y pudo comprobar que verdaderamente esas luces se movían de un lado para el otro, a todo el ancho del cielo que le permitía ver el tijeral del techo donde estaba hechado, quería a alguien hacer ver su descubrimiento, pero por más que pasaba la voz, nadie ni se movía de sus sitios, ya que unos estaban ya durmiendo, otros conversaban en voz baja, y la mayoría de los antiguos no habían llegado todavía, y así embelesado con las luces que se apagaban y volvían a prender y otras que tenían una luz rojiza, no se dió cuenta a la hora que se quedó dormido.

Los demás días de trabajo eran casi réplicas de los anteriores, sólo que ya sus manos se estaban haciendo al trabajo, y el tirar pico y lampa se le hacía más llevadero, ya que aprendió a tirar la "lampa seca" como así se llamaba a que el material de cada lampazo, llegara al canal casi compacto y todo cayera

dentro del mismo porque de lo contrario, tenía que acercarse al canal, y todo el material que no había entrado en éste, había que hecharlo dentro, cosa que le representaba un trabajo adicional, que le había venido succdiendo en los primeros días de trabajo. Durante esa semana, se había encontrado 2 veces con Ramón, quien le había convidado en esas oportunidades parte de su comida, fue así que probó arroz y fideos, ¡qué potajes para ricos!, además quedaron después de la "jallpa" del Domingo ir a "chichiquiar".

A eso de las 11 de la mañana del Domingo, Román y Gavino llevando fiambre y 2 bateas para clarificar oro que fueron conseguidos por Ramón, se dirigieron a la orilla del río, donde Román con paciencia, enseñó como se usaba este aparato hecho de aleta de árbol, los secretos para conseguir el oro etc., etc. y así con la alegría de un niño con un juguete nuevo, se la pasó toda la tarde bateando, aunque no le importara que no hubiera encontrado oro, solamente necesitaba aprender a usar la batea, hasta que parece que ya aprendió ya que la voz de Román lo sorprendió:

–Muy bien paisano, así se hace, con el tiempo vas a llegar a ser un experto, el próximo Domingo te llevo a mi sitio, ahí si que vas a encontrar oro como éste, enseñándole una caja de fósforo en cuyo interior había unas partículas del tan soñado oro.

–Oye ¿y esto es el oro?

–Sí, no ves.

–Pero ¿estás seguro que es oro?

–Claro, si yo te digo que es oro, no te voy a engañar

Gavino hacía éstos y otras preguntas y hasta no sabía qué preguntaba, por la emoción que lo embargaba al ver el oro nativo miraba las charpitas de oro, y mientras más quería saber qué color eran éstas, parecía que cambiaban de tonalidad, y se decía, ya sé, son amarillas, pero parecen rojizas, y por más que

asociaba el color de las charpitas de oro, con las naranjas, mangos, papayas, y sólo después de tanto verlas, ya que hasta llegaron al campamento, no se sabe cuántas veces pararon para que Gavino, vuelva a contemplar el oro, y Román siempre paciensoso, sacaba la cajita de fósforo del bolsillo de su camisa y se la daba, hasta que ya casi llegando al Campamento; al fin, pudo asociar el color del oro con el color de la candela, ya que muchas veces tanto en su Valle como ahí, había llamaradas, lenguas de fuego que nacían de la materia combustible, y antes de convertirse en humo, ondulaban y se batían de un lado para el otro como animales vivientes, así para Gavino definitivamente el color del oro era el de la candela, por su color siempre vivo.

–Oye, ¿cuánto de oro hay aquí?

–Más o menos gramo y medio.

No hizo ninguna pregunta más acerca del oro, ya lo conocía.

Después de comer que también fue convidado con la comida de otra categoría, invitado por Román, ya que donde le tocaba comer a Gavino, y en todo tiempo, sólo había tres clases: Lagua de Chuño, a veces con un trozo pequeño de carne seca de llama, Maicena, le decían al maíz seco chancado y sancochado, hasta formar un caldo espeso, a veces también con un trozo pequeño de carne seca de llama y trigo sancochado con sal, este último potaje, no tenía el trozo de carne. Terminada la comida, que como dije fue de otra categoría, Gavino fue invitado a subir al otro campamento o sea el de Román, campamento tan igual como el de los peones, sólo con la diferencia, que aquí habían 2 sitios ocupados con sus respectivos pellejos de borrego y todo el resto completamente vacío, o sea que había un espacio enorme desocupado.

Román de una bolsa sacó una guitarra, y después de afinarla, comenzo a puntearla sacando unas tonaditas de huani-

tos puneños muy bonitos.

–Oye ¿sabes cantar?, canta lo que quiera que yo te acompaño con la guitarra y también con la voz.

–Que tal si canto "Ya me voy a una tierra lejana"

–Listo, comienza para acomapañarte.

Gavino tenía una voz aguda y fue muy bien acompanado tanto por la guitarra como por la voz de Román, hicieron un dúo muy lindo, cantando ese Yaraví "despedida", que cuando acabaron, Román dejó la guitarra para sacarse las lágrimas y sonarse los "mocos", y pidió disculpas a Gavino de lo realizado aunque también a él se le hizo un nudo en la garganta, quedándose callados un momento, hasta que Gavino al mirar a la parte exterior, como el Domingo pasado, vió unas lucecitas que daban vueltas por el cielo.

–¡Mira!, ¡Mira! gritó tan fuerte que sobresalto a Román que aún permanecía callado y seguía gritando, ¡Mira! ¡Mira!

–¿Qué? qué cosa, contestaba asustado Román.

–Las luces, las luces.

–Pero ¿cuáles luces? si yo no veo nada.

–¿Tan ciego eres?, no ves esas que están pasando por ahí,

–¡Ah! son luciérnagas.

–¿Luciérnagas? y ¿son animales?

–Claro que son animales y fíjate hay de varias clases, unas como gusanito con alas, otras como cucarachitas que vuelan, y también hay unas que tienen 2 foquitos ¿ves aquellas? esa todavía es más grande, y así dejaron de hacer música para contemplar las distintas lucecitas que volaban cerca del lugar y que unas prendían y se apagaban y otras se mantenían prendidas por más tiempo. Cuando Gavino se despidió para irse a su campamento a dormir, casi logra atrapar una lucecita.

Gavino esperó con ansias que pasara esa semana, para ir a buscar oro al sitio de Román e igual como el Domingo anterior, caminaron río arriba por espacio de una media hora, y

se adentraron al monte por un riachuelo seco, pero que bajaba el agua cuando llovía en abundancia y en un pequeño claro del bosque, estaba la casita de Román, toda mal hecha y parecía abandonada de un año, habían 2 ollas tiznadas colgadas de uno de los palos que sostenían la casita cerca del fogón de la cocina, por todo lado se encontraban, latas de leche vacías muy oxidadas, y Román sacó de las aletas de un árbol, una lampa, un pico y una barreta, herramientas que estaban tapadas con unas ramas secas, y luego de esto vino a la casa donde Gavino contemplaba los alrededores, y orgulloso dijo, éste es mi campamento, yo solito lo he hecho, aquí hay bastante oro, pero no hay agua, fíjate que con solo la batea me las bandeo, pero si tuviera unos 3 ó 4 canales, amontonaría el material cerca del canal, y cuando llegue el agua, así sea de noche yo me levantaría para trabajar, pero una cosa es planear y otra ejecutar, porque yo solo por más voluntad que tengo, no logro hacer lo que quiero ¿será que me estoy volviendo viejo? también me quita tiempo el hacerme mi comida, los víveres se terminan, y hay que ir a comprarlos hasta un campamento donde se unen los ríos Tunquimayo y Tigrimato, ahí cuesta unas 5 veces más, que su precio en Quince Mil, en fin hay tanto inconvenientes en trabajar solo, por eso como te dije cuando termines tu contrato, trabajamos juntos, porque vuelvo a decirte, aquí hay bastante oro, eso sí, hay que trabajar bastante y lo primero que haríamos, agrandaríamos ese hueco, para almacenar más agua para lavar por más tiempo el material aurífero, después juntaríamos oro para comprarnos unos canales, y hasta podríamos hacer una especie de dique y el agua no nos faltaría, y ahora para que veas que lo que te digo es cierto, vamos a llevarnos un poco de material del de cerca a la peña que es el más rico en oro, y poniendo manos a la obra y a sugerencia de Román, escogieron; de donde llenaron y cargaron hasta la orilla del río, tres latas casi llenas de las que se usan para manteca.

En el primer viaje, Gavino le preguntó, por qué el campamento pareciera que no había sido ocupado por más de un año,

Román le explicó que basta 15 días que no se use o habite una casa o un lugar, para que se llene de musgo o bien se enmonte, pero eso no es problema, las cosas se limpian y con un machete se corta todo lo que haya crecido, porque no es lo mismo que rosar el monte virgen; la conversación se interrumpió poco antes de salir del monte y llegar al río, cuando una enorme serpiente, se descolgó de los árboles a unos 2 metros delante de Román que iba primero, la que con una suavidad única, asentó la parte de atrás de la cabeza en el suelo y terminó de descender y con la cabeza siempre erguida, miraba a su derecha e izquierda e impávida y sin hacer casi el menor ruido desapareció en el monte.

–No te preocupes, habló Román, si tu no les haces nada, nada te pasa.

En anteriores oportunidades ya había visto Gavino culebras o víboras pero generalmente eran del tamaño de las que había en su Valle y no le llamó mayor atención, pero en esta oportunidad, hasta el momento que escuchó la voz de Román, se había quedado estático, pensaba después, ¿cómo semejante animal podía ser tan ágil?, ya que no había visto que tuviera que serpentear tanto para avanzar, simplemente le pareció, que iba hacia adelante sin hacer el menor esfuerzo; felizmente el río estuvo a la vista y a dejar el contenido de la lata que cargaba en sus hombros, para hacer un nuevo viaje hasta que completaron tres y ahora a lavar ese material poquito a poquito para que no se les escapara ninguna chispita de oro. En la primera bateada Gavino vió con gran alegría que quedaban en el fondo de la batea 4 chispitas, por lo que con mucha delicadeza las cogió, y las hechó en un frasquito que había llevado para este fin, y con la alegría propia de su edad, gritaba a Román:

–Mira, mira, encontré oro.
–¿No ves?, ¿no te dije?, pero ten cuidado no vayas hacer "soplar el oro".

Cuando terminaron de lavar todo el material que habían traído, Gavino había conseguido casi un gramo, y Román dos gramos y medio verficado el peso, en la tienda donde se dirigieron después de haber terminado con la batea, al muchacho le sirvió este oro para comprar un tarro de leche condensada, que costaba medio gramo, y como no le alcanzaba para otro tarro, se contentó con un paquete de galletas. Una cosa que observó Gavino, fueron las pequeñas balanzas de pesar el oro y también que el medio gramo, era contrapesado en el otro platillo de la balanza con medio palito de fósforo, y no había más remedio que aceptar, o de lo contrario no había despacho de mercadería.

Los días fueron pasando, y siempre los malos tratos, la comida pésima y el Capataz abusando de los peones, habiendo habido el único cambio y fue a sugerencia de Román ante el Patrón, que a Gavino le daban 2 galletas de agua en lugar de la ración de coca, y ahora ya era un experto palero.

GAVINO DE HERRERO

Fue una mañana a eso de las 7, cuando ya había comenzado las labores en el corte.

–Oye tú, dijo el Capataz, dirigiéndose a Gavino, anda que te llama el Patrón, acá te quiero ver, con la boca no se arreglan las herramientas, apura carajo.

Ya Gavino se dirigía a la casa del Patrón y nuevamente la voz del Capataz:

–Oye carajo, lleva también tus herramientas.

Así con las herramientas en la mano se presentó ante el Patrón, a quien habló por primera vez desde el Cuzco.

–Buenos días Patrón,

–Cómo estás muchacho, ah, y no me digas Patrón, porque ahora estamos solos, y tú sabes hay que guardar las apariencias y el buen nombre del dueño del Lavadero, porque sino estos indios de mm, lo ven hablando con un peón en forma familiar, como te estoy tratando a tí, y ya no respetan. Así que dime no más paisano, siempre que estemos solos.

–Está bien don Carlo, gracias.

–Y no te vayas a enojar por el trato que estás recibiendo, porque quiero que te curtas y no hay mejor forma que lo hagas y sin ninguna preferencia y triunfes. ¿Ya tomaste desayuno?

–Ya don Carlo, ya tomé, ya estuve trabajando en el Corte cuando Ud. me mandó llamar.

–Pero de todas maneras, vas a tomar aquí, que dicho sea de paso es mejor que el que has tomado. Facunda, llamó el Patrón y presto se presentó una de las mujeres. Trae un jarro café con leche y galletas.

–Ya tomé desayuno don Carlo, no se moleste.

–No ves que te lo estoy invitando yo, sírvete no más.

Dado al tono imperativo que le dió a las últimas palabras, Gavino comenzó a comer una galleta y dió un sorbo al jarro de café con leche.

–¿Está con azúcar ese jarro de café con leche?

–Está bien don Carlo, está bien.

–¿Cómo que está bien? Facunda llamó nuevamente, silenciosa se presentó ésta. ¿Tú has endulzado ese jarro de café con leche?

–Manan Patrón (no Patrón)

–¿Y cómo dices que está dulce? dijo refiriéndose a Gavino que contestó en son de respeto: no se preocupe don Carlos. Héchale, héchale no más azúcar y le señaló una azucarera.

Gavino, no por delicadeza, sino temeroso, le hechó una cucharadita a su jarro, ya iba a comenzar a beber, cuando oyó nuevamente la voz del Patrón.

–Héchale no más no tengas miedo y mueve para que diluya al azúcar.

Así que Gavino le hechó 2 cucharaditas más y tomó el nuevo desayuno, pero dejó unas galletas, no porque no pudiera comer, sino era el recelo que tenía, porque sospechaba que algo tuviera que hacer a cambio, ya que en ese tiempo él podía comer toda la comida que llegara a sus manos y nunca se le acababa el apetito. Don Carlo regresó de la otra habitación, donde se había ido, luego que insistiera que le hechara más azúcar a su jarro y le habló a Gavino.

–Te he hecho llamar, como me dijiste que sabes chancar los fierros, quiero que saques las puntas a unos picos y barrenos. Debo agregar aquí, que los barrenos se utilizan, para hacer huecos a las piedras grandes, que se van encontrando en el corte, y que por su magnitud es imposible retirarlas, así que hay que despedazarlas con dinamita, y en trozos retirarlas del corte para que dejen campo o para seguir sacando el material aurífero que está debajo de ellas. Las explosiones se hacen generalmente, a la hora del almuerzo cuando el personal está fuera del corte o al fin de cada jornada.

Siguiendo la conversación del Patrón con Gavino, el primero llevó al segundo donde se encontraba una fragua, un pedazo de riel clavado encima de un tronco de árbol que sirve de yunque, un depósito de agua, 2 combas una grande y una chica, y otros implementos más, todo esto bajo una ramada.

–Aquí tienes todo lo necesario, para que te desempeñes como mecánico, como me dijiste que eso eres, y que es lo que más te gusta hacer, allá en el depósito, tengo varios picos gastados y otros rotos de la punta, así que ahora vas a demostrarlo que sabes hacer reparándolos y como ves aquí no hay carbón, pero con leña se suple esa contingencia.

Voy a decirle a Sergio para que te mande un hombre a que te ayude.

Al cabo de unos 10 minutos llegó un peón mandado por el Capataz y se paró junto a la fragua sin pronunciar palabra alguna.

–¿Tú has venido a trabajar conmigo?

–Ari papay.

–¿Qué?

–Se papay, Capataz Sergio decirme, venir pa'ca'

–Bueno anda busca al depósito 2 hachas y un machete, que vamos a ir a conseguir leña.

–Ya papay.

–Oye, oye, ven para acá. Yo no soy tu papay, ¿entiendes?

–Se papay

–No sé como hacerte entender, pero anda y trae las herramientas que te he dicho.

Corriendo fue y al momento se presentó con 2 hachas y 2 machetes y dijo: ya papay.

Como había visto que no podía hacerlo cambiar la palabra "papay" y como tampoco lo ofendía, lo dejó que hablara como pudiera; así que ambos fueron a buscar leña, no dejando que Gavino cargue ninguna herramienta, buscaron la madera más dura ya que por experiencia sabía Gavino que era la que daba mejor calda, al igual que el huarango en su Valle, calentaba más el horno donde su mamá hacía el pan para la venta al público.

La mañana se pasó volando y ambos hicieron 3 viajes de leña cargando sobre los hombros, la que fueron apilando, cerca de la fragua y bajo de la ramada, para que no sea mojada por la lluvia, ya que los chaparrones eran tan corrientes, que a nadie le llamaba la atención, pero algunos eran tan fuertes, que la lluvia rebotaba de las espaldas de los peones que se encontraban trabajando en el corte, y el Capataz que siempre tenía una capa para el agua a la mano, vigilaba cuando llovía con más atención que nadie dejara de trabajar por ningún motivo; al principio Gavino no sabía porque durante la lluvia, ponía mayor celo en el cuidado de los peones, pero como ya tenía un mes tirando lampa, se dió cuenta, las gotas de la lluvia al caer sobre el material aurífero que estaban trabajando en muchas oportunidades, las gotas de agua dejaban visibles chispas o charpitas de

oro al caerles directamente la gota, y muchos de los peones sabedores de ésto, estaban trabajanto atentos a que reflejara el amarillo incandescente, para de cualquier forma levantarlo y guardárselo, siempre y cuando el Capataz hubiera tenido un descuido, caso contrario, ahí sí era seguro el surragazo, además de la devolución de la charpita recogida, esto lo observó Gavino en más de una oportunidad, y pensaba para sus adentros "Si me dá un surriagazo a mí, lo mato", sin saber que sus compañeros estaban cogiendo ese oro para ellos.

Una vez apilada la leña y calculando que era lo suficiente para comenzar a trabajar en la fragua, comenzaron el trabajo ya después del almuerzo, ahora ya con su ayudante, llamado Ceferino, un indígena muy amable y respetuoso, de unos 35 años, natural de Coporaque en el Departamento del Cuzco, sabía unas cuantas palabras de Castellano y siempre presto a cualquier solicitud de Gavino, debido quizá a que trabajar de ayudante de herrero, era estar en la gloria, en comparación de trabajar en el corte, donde las únicas oportunidades que tenía un peón de enderezar siquiera un momentito la columna vetebral, era cuando cambia, de estar lampeando hechando el material al canal, a agarrar el pico para aflojar la tierra o sea en el cambio de herramientas, y como se bendecía cuando llegaba un chaparrón para refrescarse.

Ceferino conocía bien el manejo de la fragua, porque en anteriores oportunidades, había trabajado con diferentes herreros, y en sacarle la punta a los barrenos, no había ninguna dificultad para él ya que a la punta se tenía que dar un ángulo de 140 grados, conocía bastante acerca de esta faena, pero lo que no podía o no quería aprender, era el templado de las distintas herramientas después de la forja, Gavino tampoco era un experto en el templado, pero tenía conocimientos teóricos y un poco de práctica, porque lo que sin amilanarse, con la seguridad en el resultado sería el mejor, se comenzó con el trabajo de la forja, y precisamente cuando los tres picos, que se

encontraba en la fragua calentándose, llegaron al color amarillo blanquisco. Ceferino dejó de dar vueltas al reductor del ventilador de la fragua, y agarrando con un trapo el primer pico, como todo un experto le dió golpes con la comba, fuertes al comienzo y delicados después, para terminar con un lado del piso, y así sucesivamente los 2 picos restantes, ya que también estaban a la temperatura, para ser majados o reparados y todo este trabajo se hacía a base de golpes con la comba, ya que ahí no había esmeril. Ahora el Maestro era Ceferino, ya que cuando le tocó a Gavino sacar la punta a otros picos, en lugar de colocarlos en el suelo para que se enfríen, tuvo que colocarlos nuevamente en la fragua para calentarlos por segunda vez y poder darles el acabado requerido. Sin mayores contratiempos, terminaron la tarde, y por 4 días más, estuvieron encantados de la vida, majando el acero de las herramientas, Ceferino, se mostraba siempre solícito y presto a satisfacer cualquier orden de Gavino, e inclusive le quitaba la gamela y jarro, y antes de él pedir su ración de comida, le traía para que comiera bajo la ramada donde estaba la fragua y donde había un tronco para sentarse. Todos los días llegaba el Patrón oliendo a licor, como siempre con la carabina en la mano, nunca preguntaba nada ni tampoco respondía el saludo, que con mucha cortesía se esmeraban en brindarles los 2 herreros y después de contemplarlos un rato se dirigía al corte donde siempre aparecía a eso de las 11 de la mañana.

Cuando terminó el arreglo de todas las herramientas, vino el templado, Gavino siempre había hecho este trabajo en aceite, pero aquí no lo había, por lo que tuvo que hacerlo en agua; el primer pico templado se lo dió a Ceferino para que lo pruebe, sobre una piedra grande.

–Manan papay, manan papay, dijo Ceferino.

Había dado un temple muy bajo y se abolló un poco la punta, por lo que repitió el templado y siempre daba a Ceferino para que pruebe, repitiendo esta operación, hasta que halló el punto, y era que cuando se perdía el color púrpura y ya el pecho

de paloma apenas aparecía, era el momento preciso de introducir en el agua por completo, la parte de la herramienta que se estaba templando, y así una a una Ceferino daba siempre su aprobación después de probar la herramienta golpeándola sobre la roca, duró un día toda esta labor y en todas las "jallpas" aprovechando el descanso en el corte, Román venía a conversar, entre otras le dijo que el lunes próximo iba a viajar al Cuzco, llevando el oro de don Carlo, y que de regreso compraría algunas cosas. Mucho le encantaba preguntar a Román acerca de Arequipa, el nombre de una calle, de una picantería, del río Chili que también pasaba por su Valle, luego de haber cambiado de nombre a río Vítor, hacía mil preguntas, así como también planes para cuando regrese a su Valle con el oro suficiente, de comprarse una chacrita y siempre suspiraba diciendo: Ya seguro Elena se habrá casado con otro porque al principio le escribió 2 cartas que le fueron contestadas pero a las 3 siguientes ya no tuvo respuesta "¿Cómo estará? se decía" pero si está soltera, de todas maneras me caso con ella, cómo hablaba lo bonita y buena que era, de cómo la había conocido, su primer beso, ya que nunca antes había tenido enamorada.

Gavino aprovechando el viaje de Román escribió a su mamá en Aplao, diciéndole que heche la carta en el Correo del Cuzco para que llegue más rápido. También ese Domingo se fueron al río a "chichiquiar", Gavino logró sacar poco más de un gramo, Román en cambio pasó de largo 2 gramos. El Lunes seguramente viajó al Cuzco Román, ya que no lo vió por ninguna parte.

LOS TRES CHANCHITOS DE REGALO

Era costumbre que ciertos Domingos del mes, los dueños de los lavaderos se reunieran en el Almacén ubicado en la confluencia de los ríos Tunquimayo y Tigrimayo, por lo que de

antemano el patrón de cada corte, nombraba a los peones que deberían acompañarlo y generlamente eran los más robustos y fuertes, los que le servían de guarda-espaldas. Diremos acá también que los lavaderos (dueños del lavadero), tenían la máxima autoridad sobre su gente, se diría que tenían derecho sobre la vida o muerte de cada cual, los peones eran para ellos animales que se los conseguían de acuerdo a sus necesidades los enganchadores y pobre de aquel que hiciera algo que no fuera del agrado del patrón o que se lo encontrara robando aunque sea alimentos, el castigo era infaltable desde ser amarrados al "palo santo", árbol que hasta en las hojas tienen hormigas, y la picadura de éstas son tan igual a dolorosa como la de abejas, o también simplemente ya no se lo volvía a ver más cuando la falta era muy grave a su entender, y nadie preguntaba nada, porque era lo que exigía el temor de correr el mismo riesgo y los benditos contratos de trabajo, eran documentos que garantizaba al patrón todo y lo hacían cumplir de acuerdo a su capricho, primeramente decía el contrato 3 meses, y había que trabajar 90 días y los Domingos no entraban en la cuenta no obstante los hacían trabajar por la comida, se les garantizaba 6 soles diarios, pero no había horario de trabajo, se trabajaba de sol a sol, o mejor dicho apenas repuntaba el alba, hasta que se ponía el sol trabajando de la manera más esclavizante, ningún indio así digo indio, podía cumplir su contrato a los 3 meses, siempre se los hacía poner su huelle digital en un nuevo contrato, ya de antemano, 90 días no alcanzaban para pagar los adelantos que habían recibido para dejar a sus familias y como no sabían leer ni escribir se les inventaba números en su contra, que de ninguna manera podían protestar, decía también el contrato, y la comida, y ya ven lo que les daban, como decía Román "ni los perros de su tierra la comen". Alojamiento, y en la práctica, sólo era una ramada abierta en ambos extremos, donde la mayoría de las noches, los murciélagos mordían en la yema de los dedos a los ahí durmientes y dormían sin siquiera darles un pellejo pelado o algo para ponerse en la espalda, en fin el contrato era peor que la ley del embudo.

Siguiendo a la reunión de los lavaderos, éstos en número de 6 ú 8 iban llegando al almacén ya mencionado, precedidos de su séquito de 3 ó 4 peones, y en un acto de supremacía o alarde de riqueza, hacían pesar el oro, que llevaban exclusivamente para licor; debemos decir que este almacén era abastecido por "jepires" (cargadores) hombres que se dedicaban a transportar sobre sus espaldas mercadería hasta 80 libras de peso, a veces caminando todo el día y a un paso que no lindaba mucho de la carrera, por toda clase de terreno, en ese tiempo llegaban hasta Santa Isidora, abasteciendo de víveres al campamento de don Carlo llegaban también con regularidad esos hombres, trayendo desde Quince Mil, lo que mandaban los proveedores.

Como decíamos, después de pesar el oro, los patrones pedían cerveza, y para los peones acompañantes se les daba una botella de cachaza a cada uno y si querían podían beber las que pudieran, porque les permitían sus amos como un acto de benevolencia, queriendo demostrar de esa forma lo bien que cada Patrón trata a sus indios, además también de hacer alarde del oro que obtenían en sus respectivos cortes.

Fue aquí en una de estas reuniones, que el lavador don Mario, había ofrecido regalar a don Carlo, 3 chanchitos, y el día lunes a eso de las 7 y media de la mañana, el Capataz le ordenó a Gavino, que fuera donde el patrón que lo necesitaba, encontrando a éste todavía en su cama con los estragos de la jarana del Domingo, pero aún así, le dijo:

–Te he mandado llamar para que vayas al Lavadero de don Mario a traer 3 chanchitos que me ha ofrecido ayer, así que de inmediato te vas a ir a su corte, porque los ofrecimientos hay que hacerlos, caliente, caliente, y como no conoces dónde queda su campamento, yo lo voy a indicar:

Bajando hasta el almacén, cruzas el río Tunquimayo o sea

este río, y después de la confluencia de este río con el Tigrimayo, o cuando se juntan este río con el otro, bajas siempre por la margen derecha, unas 3 horas, y el primer campamento que veas ese es el de don Mario, lo buscas y le hablas de mi parte acerca de los chanchitos que me ha ofrecido, no te quiero hacer recomendaciones, porque veo que ya te has hecho al ambiente, aunque llévate un costal para que traigas a los animales. Gavino, como supo que tenía que andar 3 horas de viaje en la ida y otras 3 horas de vuelta, se calzó sus zapatos, ahora ya con su inseparable bastón y el costal al hombro enrumbó en dirección al campamento de don Mario, siguiendo las indicaciones de su patrón, llegando sin mayores contratiempos a eso de las 11 de la mañana, al averiguar por el patrón don Mario, le dijeron que no estaba, que se había ido de pesca al río no pudiendo precisar la hora de su retorno, esto le informó una señora que posiblemente debiera ser su esposa, a la que encontró en una de las casas de campamento, yéndose a sentar cerca de la cocina a esperar, donde 2 mujeres indígenas terminaban de prepara el almuerzo para la peonada; no pasó mucho tiempo y tan igual como en el campamento de Gavino, los peones fueron llegando del corte todos sudorosos y la mayoría sin siquiera lavarse las manos, recibían su ración del almuerzo en gamelas de aluminio, y como galgos devoraban el alimento, algunos se gastaban bromas entre ellos, golpeándose o empujándose, este espectáculo, no le llamaba la atención ya que a diario lo veía; una de las mujeres llamó a Gavino y le dió una gamela de almuerzo, comida casi idéntica a la de su campamento. Después de almorzar buscó al Capataz, y le dijo también el motivo de su presencia, autorizándole éste a esperarlo al Patrón, si quería en el corte, como quiera que todos los peones se dirigían a su lugar de trabajo o sea el Corte, después de haber recibido su ración de coca, Gavino los siguió, llegando después de unos 500 metros de caminar por una trocha muy amplia, todos los asalariados, se sentaron en su respectivo suyo y comenzaron el el rito del "picchado", a diferencia del "picchado" en su corte que se realizaba en el campamento y ya con la bola en la boca se

dirigían al lugar de trabajo, el pito sonó, y las labores se reiniciaron, al comienzo con la pesadez y lentitud propia de todo inicio de jornada, haciéndose más ágil la tarea, tanto por lo que iban entrando en calor, como por las reprimendas del Capataz, que al que veía trabajar en forma lenta lo llamaba por su nombre y lo amenazaba. Para suerte de Gavino ese día tenían que dinamitar 2 enormes piedras, que obstaculizaban el desarrollo del trabajo, por lo que de inmediato se dirigió donde el peón encargado de esta labor y sin mediar ninguna palabra de cortesía, solamente haciendo una pequeña venia con la cabeza le dijo:

–Enséñame amigo hacer huecos en las piedras.
–Se dice barrenear.

Gavino aceptó de muy buena gana la corrección, que con orgullo se la hizo el otro, pero ya la comunicación entre ambos se había iniciado y como ya conocía la idiosincracia de los indios aprendidas, por vivir y trabajar juntos, continuó cerca del barrenero, mirándolo y admirando el trabajo que desempeñaba, también otra cosa que lo ayudó a Gavino, fue, el que habían comido de la misma comida y vestían casi igual a excepción de los zapatos, pero como estaban tan sucios y llenos de barro, no hacía mucho la diferencia.

–Tú quieres aprender mi oficio ¿no?
–Si amigo, siempre es bueno aprender algo bueno.
–¿De dónde has venido?
–Del río Tunquimayo, trabajo con mi patrón don Carlo y soy peón.
–Bueno te voy a enseñar, pero primero mira no más como hago, pero sin molestarme.

Para suerte de Gavino recién comenzó a perforar la piedra y vió como comenzaba con un barreno chico o guía, teniendo un tarro de agua que de rato en rato hechaba un poquito del

líquido al hueco que a cada momento se hacía más hondo, también se dió cuenta, que después de cada golpe que daba en la cabeza de la guía con una comba de unas 4 libras de peso, hacía girar ésta un poquito calculando que por cada vuelta del barreno, daba unos 6 golpes lo que vale decir que cada pequeño giro de la guía sería de unos 60 grados, y nunca daba un golpe sin haber movido la herramienta a otra posición, todo esto lo hacía prácticamente de memoria y se daba el lujo de mirar a cualquier sitio y sus manos con movimientos sincronizados realizaban el trabajo sin equivocarse, el barreno ya llegaría a unos 12 centímetros de profundidad y cambió de barreno a uno más largo pero del mismo diámetro, en este amarró un trapo alrededor de la herramienta a la altura de donde sobresalía del hueco y lo mojó con el agua del tarro, así que ya no hechaba el agua directamente al hueco, sino al trapo, que a medida que se profundizaba el borde del hueco, levantaba al trapo siempre húmero, también de rato en rato con unos alambres chancados en la punta y hechos como una cucharita sacaba la piedra molida en forma de masa por la mezcla del agua del trapo que caía dentro del hueco. Cuando el pito sonó anunciando el primer descanso y sabedor Gavino que de la repartición de la coca, apurado se alejó del barrenero con el pretexto de hacer una necesidad corporal cerca del monte, regresando cuando nuevamente el pito anunció la reanudación de las faenas; hizo esto en vista que al quedarse, su maestro le hubiera ofrecido compartir su ración de coca, y ninguna disculpa hubiera sido buena o valedera, para calmar su enojo y ya no aprendería a barrenear.

La tarde terminó, no sin antes Gavino casi llegó a hacer todo un hueco, siempre con las correcciones del Maestro, que lo único que le faltó fue pegarle, pero quien quiere aprender tiene que aceptar con humildad y eso hizo que también le enseñara a cargar el hueco, ya que fueron tres disparon los que se realizaron esa tarde.

Ya anocheciendo llegaron al campamento Gavino en

compañía de su Maestro después de haber disparado los 3 tiros; ubicando al Patrón conversando con el Capataz, así que esperó que terminaran la conversación para presentarse, y con la cabeza gacha en señal de respeto, le dijo el motivo por el que había venido, recibiendo como respuesta, que fuera a la cocina a que le dieran de comer, y que después buscara un lugar donde dormir en el campamento de los peones, y que muy temprano al otro día dijera al Capataz, que le entregara los tres chanchitos, que había quedado en regalarse a mi patrón. Esa noche sus zapatos le sirvieron de cabecera y el costal para cubrirse los pies para librarse de las mordeduras de los murciélagos.

Muy temprano, en compañía del Capataz, fueron al corral donde había una chancha y 8 chanchitos de unos 20 días de nacidos, hizo que Gavino cogiera 3 chanchitos entre ellos una hembrita, a los que metió en el costal que para tal efecto llevó, y ahora con la carga de los tres chanchitos en la espalda, emprendió el regreso muy contento a su campamento, pero hubo el inconveniente, primero de que el costal no era nuevo, y los animalitos iban moviéndose y pugnando por escaparse, hasta que después de haber andado por espacio de una hora y en pleno monte, uno de los chanchitos se cayó al suelo, habiéndose salido por un hueco que hicieron al costal de tanto patalear. Gavino para agarrar este chanchito tuvo que poner el costal en el suelo y justo en ese instante también se escapaba otro chanchito, pero felizmente este último, todavía desorientado, no atinó a correr y fue cogido de inmediato, y en previsión de una nueva fuga, en forma presurosa colocó encima del costal una rama seca para que tapara el hueco, pero mientras tanto el otro animalito tuvo suficiente tiempo para ubicarse y regresar por la trocha corriendo y gritando, pero cuando ya iba a ser alcanzado por Gavino, éste dió un giro de 90 grados y se internó al monte, así que el perseguidor sin pensarlo 2 veces, tuvo que seguir al chanchito el que se le hubiera perdido de no mediar la circunstancia que a cada instante daba su ubicación por sus gritos constantes; el monte en esta parte era muy tupido, así para

seguirlo había que arrastrarse, saltar por encima de troncos y todos los inconvenientes de andar el monte virgen sin ninguna ayuda, pero para su suerte el chanchito también tenía que afrontar todas estas dificultades y después de unos 100 metros de persecución fue atrapado al no poder continuar su fuga por lo enmarañado del monte, ahora ya el muchacho con el chanchito bajo su brazo, los 100 metros que le tocó recorrer para alcanzar al animal, tardó unos 30 minutos para regresar a la trocha, ya que además de lo enmarañado del bosque, tuvo que cuidarse que no fuera mordido por alguna víbora que abundan por el lugar, ya que vió una en actitud defensiva al retorno, y que felizmente al tratar de agarrar al chanchito no tocó a ninguna, ni tampoco le hubiera importado cualquier cosa que le hubiera sucedido, porque más temía a la venganza del Patrón de no llegar con la carga completa. Una vez en la trocha, retiró la rama de encima del costal, que también apretaban a los otros chanchitos; en previsión de otra posible fuga, se quitó los zapatos y con los tientos (pasadores de cuero) con uno amarró el costal anulando el hueco y con el otro, amarró las patitas de los chanchitos el primero con el segundo y el segundo con el tercero para de esta manera si abrían nuevo hueco al costal no podrían fugar por estar amarrados entre ellos y nunca se iban a poner de acuerdo para los tres correr en una misma dirección. Ahora va Gavino con el costal a sus espaldas conteniendo los tres chanchitos además de sus zapatos, andando "patajala" pero muy contento, reemprendió su marcha hacia su campamento y luego de varios acomodos de la carga, arribó a eso de las once de la mañana, y después de explicarle al Patrón los pormenores de su comisión, ayudó a ubicar a los animalitos, llegando después la hora de almorzar su lagua de chuño y en la tarde tirar pico y lampa al corte como cualquier día normal.

Debido a los chaparrones o lluvias fuertes que sucedían en las noches, y que casi siempre eran de mayor intensidad y duración que las del día, muchas veces amanecía la acequia sin agua, debido a los derrumbes que ocasionaban estas lluvias fuertes y cuando sucedía esto el Capataz personalmente evaluaba los daños, y nombraba los peones que creyera conveniente para habilitar nuevamente la acequia, ya que el agua es el alma del lavadero. En vista que Gavino como hemos dicho era el único que sabía leer y escribir, y ahora ya pasado los momentos de adaptación, se mostraba siempre vivaz, tanto por su juventud, como de que abrigaba la esperanza de cuando terminara su contrato, iba a buscar oro con Román y cumplir sus ilusiones y eso lo mantenía alegre; como era un muchacho despierto, y hábil lo había demostrado en la herrería en reparar las herramientas en las condiciones que lo hizo, o también cuando el peón que hacía las veces de Barrenero cumplió sus contratos y regresó enfermo a su tierra, Gavino se presentó ante el Capataz cuando hubo la necesidad de dinamitar unas enormes piedras que dificultaban el trabajo en el corte, diciéndole que él sabía perforar o barrenear, solo con la mínima experiencia de haber visto y practicado cuando el patrón lo mandó a traer los chanchitos, y aún así muy orondo dijo que si sabía ese trabajo, y parece que el Capataz por humillarlo, ya que se daba cuenta que el muchacho tenía más instrucción que él, aceptó a que Gavino volara las rocas, como dije por taparle la boca y humillarlo, pero acordándose de las lecciones recibidas, sin ningún método pedagógico, pero al fin enseñanzas que le sirvieron para vencer primero al comienzo del primer hueco, el nerviosismo propio de todo comienzo, y por tener al Capataz en todo este momento parado a su lado, también para ver si verdaderamente sabía perforar, o lo hacía por descansar o haraganear, ya que cualquier trabajo era más cómodo que estar tirando pico y pala sin parar un instante siquiera para poder enderezar el tronco, comparado con el trabajo de perforar las rocas que

muchas veces se hace sentado en la misma roca, era un adelanto muy grande este cambio y que le sirvió para desempeñarse como tal; las enseñanzas desde su hogar que "Nunca es malo aprender algo". A medida que el hueco fue produdizándose, aunque al comienzo ciertos contratiempos por el debut, pero una vez agarró confianza, ya fue dejado solo; todas estas habilidades le sirvieron para tenerle confianza por parte del Patrón, el que reemplazó al Capataz por el muchacho para que evaluara los daños de la acequia cuando ésta se secaba después de lluvias fuertes y diera parte cuantas interrupciones había y la cantidad de gente que se necesitaba para activar en el menor tiempo posible la acequia. Es por esta razón que Gavino conocía todo el recorrido de la acequia hasta la toma del agua del río distante unos 2 kilómetros; en una oportunidad al retornar a dar parte de los daños por el que la acequia se había secado, y justo al pasar a la altura de 2 pequeños derrumbes caídos a una distancia de unos 5 metros de derrumbe a otro, los que debieron caer en forma simultánea, ya que dejaron el agua estancada entre ambos, escuchó el ruido producido por un nuevo desprendimiento de tierra, enturbiendo el agua donde presumió cayera, pensando para sus adentros – ¡Ah caramba!, si la lluvia terminó más o menos hace unas 4 horas y todavía constinúan los desprendimientos– Ya se ia a pasar de este lugar, cuando por el lado del cerro opuesto a que él estaba, ya que la acequia venía pegada a la ladera, vió una cabeza que emergía del agua, seguida por el cuerpo de una enorme serpiente, ésta se deslizaba hacia arriba, para salir del canal, por lo que con la velocidad requerida, el muchacho agarró una togra (terron de tierra compacta), ya que no habían piedras en las cercanías, y la arrojó con todas sus fuerzas, con tan buena puntería, que le cayó el tograso cerca de la cabeza, haciendo que la serpiente cayera dentro del agua, donde comenzó a girar, dando vueltas y más vueltas, haciendo sonar el agua empozada y volviéndola más turbia, tan luego se le veía la cabeza como el cuerpo y después la cola y continuaban las vueltas, hasta que de golpe paró el

animal de retorcerse, apareció la cabeza, del porte del puño de la mano de un hombre, seguido por el cuerpo primero delgado y después ganaba en diámetro a la cabeza. Gavino ya preparado con dos togras, arrojó éstas y otras que recogía apurado contra la serpiente, sin dar ninguna en su destino, pero al caerle un proyectil cerca de la cabeza, nuevamente cayó la serpiente al agua, y otra vez las vueltas, pero esta vez duraron menos.

Gavino se encontraba preparado con 2 togras, como en la anterior oportunidad a que saliera el animal por el mismo lugar, pero su juventud y agilidad lo salvó de que fuera mordido, ya que esta vez en lugar de salir por el mismo lado, salió justo por donde él se encontraba y que por las pequeñas yerbas que había en su lado, no la vió emerger, pero apenas se dió cuenta de su presencia, dió un salto y cogió la lampa que había llevado, y antes que el animal terminara de salir del agua, con el lomo de la pala o lampa, alcanzó a darle 2 lampazos en la cabeza, que se la destrozó volviéndose a caer al agua, en esta vez también quería revolverse, pero Gavino sabía que estaba herida de muerte, el movimiento del agua se hacía cada vez más lento por lo que Gavino trataba de engancharle con el hombro de la pala para sacarla, y después de muchas tentativas y ayudandose con un palo logró levantarla y sacarla del agua, no sin antes tomar toda clase de precauciones, arrastrando al animal llegó a dar parte al Capataz de las interrupciones de la acequia, y al ver la serpiente que era como de unos 2 y medio metros de largo y de color crema con manchas negras en todo el cuerpo, llamó al patrón, y las mujeres que estaban en la cocina, también se acercaron a ver el animal muerto y hablaban entre ellas haciendo gestos de admiración con miedo.

El Patrón recomendó a Gavino, que era preferible no meterse con esos animales, ya que su mordedura ni la "Curarina" podía sanar al mordido ya que su veneno que inoculaban al morder era muy fuerte.

En otras oportunidades sin que lloviera, la acequia no traía agua o venía muy poca, y era porque el río bajaba y dejaba la toma en alto, en estas oportunidades, Gavino aprovechaba para buscar en los pocitos que quedaban en determinados sitios de la acequia, los peces atrapados, peces de distintas formas y tamaños, nunca más de 20 centímetros, los que mitad y mitad con las cocineras compartían, ya que ellas tenían la facilidad de prepararlos, generalmente azados en las brazas, los que devoraban a escondidas del Patrón o Capataz, también en esta parte a Gavino le pasó, por que no decir un "chasco", cuando una mañana amaneció seca la acequia sin haber llovido en la noche, y ya sabedor que el río había bajado, necesitaba solamente aumentar unas ramas en la Toma, para hacer llegar nuevamente el agua, debiendo llevar en esa oportunidad un machete, "pero si hubiera amanecido seca después de una noche lluviosa, hubiera tenido que llevar la lampa, para por si acaso se tratara de un pequeño derrumbe, él solo podría limpiarlo, es por esta razón que cuando le tocó el percance con la serpiente (ya narrado) se encontraba con la lampa. Como decíamos esa noche no llovió y la acequia no traía agua, así que muy temprano Gavino enrrumbó por la Ronda fijándose en los pocitos los pescados que habían quedado al secarse la acequia, y a la altura donde la acequia pasaba por cerca de las raíces de un árbol muy grande, divisó un pez de color marrón, a diferencia de los salmones que encontraba de color plateados i ya iba a agacharse para cogerlo, pero por causas desconocidas, además de su intuición, optó primero por tocarlo con la punta del machete, y solamente al acercarle la herramienta, el pez saltó y mordió la punta, antes de que el "Collins" (también así decían al machete, porque era su marca) llegara a él, seguramente probaría la dureza del acero, que Gavino al seguir aproximándole el machete, por un lado o por otro, como jugando, éste se revolvía dando saltos en la dirección siempre de la hoja del machete, pero ya sin morderlo, pero enseñaba los dientes en forma agresiva, hasta parece que al cansarse o darse cuenta la superioridad, el pez se metió en un hueco que había

en las raíces del árbol, y mostraba desde ahí sus dientes exactamente como lo hace un perro bravo, y de esa forma salvó su vida, también por su aspecto de seguro que no sería comestible además lo había entretenido, porque nada le hubiere costado incarlo con la punta del machete. El agua en este posito, no se enturbió por que el piso de la acequia estaba cubierto de unas yerbas pequeñas como raíces, y en todo tiempo Gavino supo la posición del aguerrido pez, que defendió su vida con coraje, este animal tendría unos 25 a 30 centímetros de largo, la cabeza grande como la de un tramboyo de mar, a diferencia de éstos, tenía 2 colmillos que le sobresalían de la boca con una mirada fiera y amenazante. Gavino lo bautizó "Peje Perro", aunque diametralmente opuesto en su forma al Peje Perro marino.

Fue en una de estas tareas de ir a aumentar el agua de la acequia, que conoció el Sapo Volador.- Gavino narra estos episodios, porque los considera fuera de la rutina diaria que le tocaba vivir, muy aparte del trato inhumano y condiciones con que trabajaba, no obstante se daba tiempo para admirar la infinidad de loros de vistosos colores que pasaban volando, profiriendo sus gritos peculiares, las lindas mariposas de todo color y tamaño de colores vivos combinados, que también rivalizaban en cuanto al destello de sus alas, con los colores de la infinidad de pájaros, estos últimos trinaban como incansables competidoras, habían amarillos, rojos, azules y por que no decirlo en todos los colores. Cerca del campamento había un "Catahue", árbol de unos 40 metros de alto, que no había sido derribado, por miedo que su sabia al ser cortada con la hacha, salpicara y cayera en los ojos o cuerpo del hachador, y su caústico jugo, lo dejaría ciego o le quemaría el lugar donde le cayera o salpicara, por eso para derribar este árbol, sólo una persona hábil, con un cuchillo muy filudo, tenía que sacarle la corteza en un ancho de unos 20 centímetros a todo el contorno del tallo o tronco con el mayor cuidado, y esperar a que se seque el árbol para ya seco derribarlo, es por eso que teníamos un

"catahue" a unos 20 metros del campamento, el que había sido respetado de no ser derribado y en él hicieron sus nidos una centena de pájaros negros bullangueros del tamaño de una paloma cuculí, decían de ellos que al domesticarlos podían competir con los loros, ya que aprendían a hablar, los nidos de éstos alegres jájaros, tenían el parecido de los saumerios o incienciarios, pero hechos totalmente de paja que los animalitos llevaban una a una y las tejían como bolsillos colgantes de las ramas de todo el árbol; espectáculos lindos que compensaban el sufrimiento en parte, pero así como la naturaleza prodigaba de el sufrimiento en parte, pero así como la naturaleza prodigaba de estas bellezas, así también castigaba aparte del clima y ambiente insalubre, la infinidad de hormigas que abundaban en todo lugar y sus picaduras eran por demás dolorosas, y todos tenían que sufrirlas cuando les tocaba trabajar en el desbroce para comenzar un nuevo "Suyo", pero para felicidad de todos la hormiga de picada más dolorosa y hasta peligrosa, no andaba en colmenas como las otras, sino sola y su nombre es la de "Sapanccari", que en una oportunidad al picarle a un campañero de Gavino, se revolvía en el suelo del dolor y parecía que se iba a volver loco, por lo que tuvieron que adormecerlo con una botella de "cachaza", haciendosela beber a la fuerza. También estaba la víbora ciega, que asustaba a todo el mundo, la que de día caminaba por túneles subterráneos de unas 2 pulgadas de diaámetro, aunque para Gavino parecía una lombriz gigante que al hallaban tenía un color verde y con la luz del sol ya muerta cambiaba a negro, que cosas más no veía o las vivía el muchacho, pero el Sapo Volador, escapa a su diario espectáculo; así como decíamos siempre contento, en esta oportunidad sílbando el Vals "Las Locas Ilusiones "como él lo llamaba al "Provinciano", llegó a la Bocatoma y tras observar y calcular que solamente necesitaba unas cuantas ramas con unas piedras encima para aumentar el agua, procedió a cortarlas de los árboles cercanos al río, en esta operación se encontraba, cuando en el abra o bifurcación de una rama gruesa,

vió un sapo color marrón claro, a una altura de unos 20 centímetros más alto que su cabeza, y para no matarlo, ya que tenía que cortar esa rama, trató que el sapo se colocara encima de la punta del machete, para de esta manera bajarlo con cuidado al suelo y evitar el golpe de la altura donde se encontraba, por más que con todo cuidado metía la punta del "Collins", por debajo del sapo, éste, cuando ya iba a ser bajado al suelo, sin mucho esfuerzo se salía de la pala del machete, y nuevamente se acomodaba en la rama, el animal de unos 10 centímetros, en una de las tantas veces que fue levantando con la punta del machete, Gavino le vió unas patas muy anchas como si fuera aletas de hombres ranas, pensando para sus adentros ¡Pucha! sin darme cuenta le habré chancado sus patas, o a lo mejor es su sapito enfermo, por lo que puso más celo en bajarlo sin hacerle daño, en eso estaba, cuando el sapo se paró firme sobre sus 4 patas, levantó la cabeza como despertando de un sueño profundo, ya que las veces que se bajó de la hoja del machete, resbalaba suavemente y se acurrucaba en la rama, pero en esta vez lo miró a Gavino, y sin hacer esfuerzo alguno el sapo saltó desde el árbol en que se encontraba hasta otro distante unos 5 metros internándose en el monte y se acurrucó como para seguir durmiendo, este salto lo hizo tan igual como lo hubiera hecho un pajarito, sin perder altura, a Gavino se le pararon los pelos de punta y dijo –Ah con que me has estado sonseando todo el tiempo y yo que quería bajarte para no hacerte daño, ésta me las pagas, yo te daré una lección, por lo que poniendo acción a lo pensado, con piedras que abundan en la orilla del río, comenzó a tirarle sin resultado positivo, hasta que una piedra cayó muy cerca del lugar donde se encontraba, y como en la vez anterior, levantó la cabeza y dió otro salto de igual magnitud siempre internándose al monte, así que siguió la andanada de piedras que caían cerca del sapo sin tocarlo, pero una que cayó muy cerca de él, hizo que nuevamente levantara la cabeza, y en esta oportunidad el sapo dió el salto, que de no mediar la agilidad de Gavino, le hubiera caído en la cara, pero en lugar de esto cayó al suelo unos 4 metros

pasándolo más lejos, y en otro salto ahora desde el suelo saltó mucho más, cayendo en el agua del río y se perdió ahí. Gavino pensó: aquí se ven a diario cosas nuevas, pero "nunca creí que hubieron sapos voladores".

EL TIRO FALLIDO

Los días segían pasando, con pequeñas variantes, pero ahora ninguno hacía mella a Gavino, ya que su trabajo se hacía más llevadero por lo variado de sus ocupaciones, como eran: la ronda del agua, el barrenado de las piedras grandes, así como su voladura, porque después de hacer los huecos tenía que cargarlos y efectuar los disparos, en ocasiones hasta 4 explosiones a la vez, ya que no tenía ni pisca de miedo y sin ninguna precaución, dado a su juventud y falta de experiencia, metía la mecha de agua dentro del fulminante y con los dientes apretaba el detonador para que quede fijo con la guía, introduciendo este conjunto de mecha fulminante en el cartucho de dinamita, para luego ser colocado o metido en el hueco que había perforado con anterioridad, generalmente de unos 50 ó 60 centímetros, de acuerdo al tamaño de la piedra a despedazar, después también sin mayor precaución, taconeaba con tierra el espacio vacío que quedaba desde el cartucho hasta el borde del hueco para después cortar la mecha o guía unos 2 centímetros más, lo hacía el corte enforma diagonal para facilitar elprendido, ya que deja este corte, más área de pólvora visible que un corte derecho, luego amarraba un fósforo de tal manera que la cabeza apoyara donde estaba la pólvora de la gúia, para de esta forma sólo se raspara la caja en el fósforo amarrado, aprovechando la llamarada inicial que es más fuerte, por consiguiente, siempre prendía la mecha sin ningún contratiempo, produciéndose la explosión poco después; para felicidad nunca tuvo un serio percance en este trabajo, a excepción digamos uno pequeño, cuando le tocó disparar 3 tiros y uno de ellos no detonó, estos disparos se hicieron a la hora del almuerzo y los peones siempre

contaban el número de explosiones y en esta oportunidad sólo contaron 2, faltando oir la explosión del tercero. El alboroto del resto de los peones se hacía sentir hasta el corte, por lo que el capataz llegó donde Gavino llenándolo de improperios, en esta vez acentuando los insultos que por poco llegan al daño físico, pero felizmente no llegó hasta ese extremo, ya que Gavino ya aclimataco a todo, parecía un potro brioso y como tal no hubiera soportado sin mostrar su reacción al recibir un surriagazo, quizá esto lo midió muy bien el Capataz, ya que solamente llegó a toda clase de insultos y amenazas; el Patrón también llegó y ordenó, que se perforara un nuevo hueco con el consiguiente disparo, la gente no iba a entrar a trabajar al corte ni con látigo, así que a sugerencia de Gavino propuso remover el tacomeado y sacar el cartucho que no había explosionado, el muchacho un poco asustado, no por una posible explosión del cartucho en plena faena con el consiguiente resultado de recibir una explosión directa, sino al no querer la gente entrar a trabajar, él tenía que pagar todo el tiempo perdido, como se lo habían hecho conocer tanto el Patrón como el capataz, es así que él solo con la misma herramienta con que sacaba el material molido cuando perforaba, fue sacando la tierra taconeada hasta llegar al cartucho, que fue jalada ya de la mecha que solamente había prendido unos 2 centímetros o sea la parte que quedó fuera del hueco, en este momento, se acercaron tanto el patrón como el capataz los que se habían alejado del lugar en previsión de que se hubiera producido la explosión, éstos revisaron la mecha y constataron que la mecha estaba quebrada o interrumpida la pólvora, debido quizás al transporte, mal embalada u otra razón que Gavino armó sin creer que esa circunstancia podía interrumpir el prendido de la mecha, debido a su muy poca experiencia. Nuevamente cargó el hueco y efectuó el disparo; ahora, la gente entró al corte a trabajar, aunque con ciertas precauciones, producto de sus anteriores protestas y que por la inercia del temperamento humano aún conservaban; toda la operación duró aproximadamente una hora, así que luego de realizada la explosión Gavino trató de ir a buscar su almuerzo, pero fue

atajado por el capataz, diciéndole que esa hora ya había pasado, recriminándole con palabras soeces por ser el causante de ese percance, el muchacho soportaba todo esto, con tal de cumplir su contrato, esperando que la suerte lo ayude a conseguir el oro que necesitaba para realizar sus planes de grandeza; pero así con todo, esa tarde trabajó con la pala y pico, y no sintió hambre, ya que estaba satisfecho de la operación que había realizado, y por ende sus días de trabajo no se verían afectados al tener que pagar con su trabajo todo el tiempo que los demás peones hubieran dejado de trabajar, otra cosa que también lo llenó de orgullo, fue demostrarle al Capataz, que no le hacía mella el trabajar sin haber almorzado, asi que esa tarde, trabajó con más brío, como se dice en ese ambiente "Sacando chispas a las piedras".

LOS PATRONES DE PARRANDA

Como hemos dicho en un anterior capítulo, ciertos Domingos en la tarde se reunían los patrones de distintos lavaderos cercanos, a jaranear en el campamento – almacén, situado en la confluencia de los ríos Tuquimayo, Trigrimayo, además del Almacén habian otras casas por los alrededores, habitadas por "chichiqueros", cazadores, etc. había también una explanada a orillas de los ríos, propicia como par ajugar fútbol.

Fue un Domingo como cualquier otro para Gavino, con la batea dejada por Román que se encontraba en el Cuzco, hizo sus planes para ir a "Chichiquear", pero al terminar la "Jallpa" – que le servía para pagar la comida de ese día, fue llamado por el Patrón por intermedio de una de las mujeres indígenas.

–Buenos días Patrón, aquí estoy a su llamada.

Sin contestar el saludo, el Patrón dijo:

–Te he mandado llamar, porque te voy a llevar al almacén a que te diviertas un poco, como ves, eso es lo que hago con la gente que rinde, siempre los premio, llevándolos a que se

diviertan, que como ves los trato como siyo fuera un padre de ustedes y siempre estoy viendo sus necesidades, por esta razón, tan luego termines de almorzar, te pones tu pantalón, camisa y zapatos, y junto con Pedro, Cirilo y Zacarías, vamos a ir a gozar un poco de la vida, seguramente ellos te dirán lo que se goza ahí ¡Ah! y no te olvides, ni bien me veas salir de mi casa me sigues.

De esa forma se le ahogó sus planes a Gavino de ir a "chichiquear" y tan luego estuvo al almuerzo, se hizo servir y comió apresuradamente porque no vaya a ser cosa que el patrón salga de su casa y no se diera cuenta y mucho temía a su furia es así que ni bien lo vió salir bien cambiado, con pantalón y camisa de fino dril color beige o caki, bien limpias y planchadas dichas prendas, y zapatos altos marrones, y sin decir nada a nadie, enrumbó al almacén, a gozar de la vida según dijo; de igual forma que Gavino, los otros tres peones nombrados siguieron al patrón que orgulloso andaba muy seguro de tener sus guarda–espaldas que lo seguían. Sin mayores contratiempos hicieron todo el trayecto hasta el almacén manteniéndose Gavino siempre en última posición, ya que los otros peones antiguos acompañantes iban como se dice pegados tras el trasero del amo, listos para satisfacer cualquier antojo o necesidad, incluso fue cargado en 2 oportunidades, para que cruce 2 pequeños riachuelos, donde sinmayor dificultad, se podía pasar saltando por las 2 piedras que en otra ocación alguien puso con este fin, pero del esmero, la solicitud y oportunismo, se pasaba al servilismo, lo que a Gavino lo exasperaba, y se hacía el que no podía andar al paso de ellos, para resagarse y así excluirse de cualquier acto que él lo consideraba denigrante y que el patrón, altivo y orgulloso, ni siquiera agradecía los servicios que le eran brindados, muy por el contrario insultaba, diciéndoles –indios de m... tienen el orgullo de andar con el patrón– a lo que inmediatamente contestaban –gracias patrón– quizás esas 2 palabras no digan mucho, pero iban acompañadas de un profundo agradecimiento, con una reverencia de humildad, que hacían hervir la sangre de Gavino de cólera al mirar tal

espectáculo.

Al llegar al almacén, también lo hicieron casi en forma simultánea otros 2 patrones, precedidos por su séquito de peones, entrando los tres Patrones al interior del almacén y quedándose en la parte de afuera los peones saludándose entre ellos remedando el saludo que se dieron entre patrones, ya que casi siempre eran los mismos los que esos domingos acompañaban a sus amos. Gavino estaba como mero espectador, ya que no conocía a nadie, pasado un cuarto de hora de su llegada, también lo hicieron 2 patrones más, en esta oportunidad le pareció a los jefes de algún país o grupo, que cuando tenían que parlamentar, se hacían acompañar por soldados, tal como había visto en algunas películas, donde el jefe era acompañado por sus indios; para poder ver que hacían los patrones en el interior, se acercó a la ventana, y vió que los patrones recién llegados; de frascos pequeños vaciaban oro a uno de los platillos de las balanzas y en el otro estaba una pesa de 50 gramos, que al llegar al fiel, con mucho cuidado el dueño del almacén, guardaba en un frasco grande el oro ya pesado, no pasó tiempo, cuando hicieron su aparición otros 2 patrones más los que entraron al interior y como siempre los peones acompañantes se quedaron en la parte de afuera.

Parece que en esta oportunidad, sólo los 7 patrones deberían reunirse, ya que tan luego terminó de pesar el oro el último patrón, el ayudante del almacén, hizo su aparición a la parte de afuera cargado de unas 6 botellas grandes, llenas de un líquido claro, parecido al agua pero con un pequeño obscurecimiento las que repartió de inmediato, entre los peones más cercanos a la puerta, y haciendo nuevos viajes, completó a que toda la peonada de los distintos cortes ahí reunidos tuvieron su respectiva botella, después que a Gavino le tocó el turno de agarrar su botella, al olerla, se dió cuenta de que era "Cañazo" o "Cachaza" como ahí le llamaban. Debo aclarar que hasta esa fecha Gavino nunca había bebido licor de ninguna clase, por lo que con la

botella en la mano y queriendo deshacerse de ella, sin que sus compañeros se dieran cuenta, ya que pensaba que así como a la coca la rendían reverencia, y hasta adoración, pudiera ser igual con este licor tan fuerte al que calculó por su olor penetrante alcalino, que le hizo retirar la nariz del pico de la botella cuando la olió, pero ya los demás peones apuraban ese licor bebiendo directamente de sus respectivas botellas, haciendo los primeros tragos con las respectivas palabras de invitación entre ellos, y con seriedad se correspondían tratando de imitar a los patrones que en el interior bebían cerveza, diciéndose la palabra "Salud" antes de apurar el líquido amarillo espumante, por esta razón uno de los peones de otro corte, le dijo a Gavino salud aunque mal hablado, y como él no pensaba beber ese licor fuerte, se hizo el desentendido, disimulando no haber oido esa invitación a beber y poco a poco tratando de no ser notado, fue tratando de alejarse del almacén, específicamente de la ventana donde se había ubicado, para conocer como era y qué hacían los patrones ahí adentro, así que pudo retirarse del grupo que en esta oportunidad estaba compuesto de unos 26 peones, todos de raza indígena pero en esos primeros momentos, hablaban o querían hablar en Castellano pero de 3 palabras, 2 las hablaban en quechua, su idioma nativo, pero aún así querían demostrarse entre ambos que podían o dominaban el idioma de Cervantes.

Gavino con la botella en la mano, luego de haber rebasado el último peón, se alejó ya en forma franca, llegando a un campo donde 4 hombres pateaban una pelota de un lado para el otro, parándose en el borde de este campo; y dado a la distancia en que se encontraba de sus compañeros, escogió este sitio para derramar el contenido de su botella y en el preciso momento que ya se disponía a hacerlo, escuchó una voz bien timbrada que dijo:

–Oiga jovencito, por favor no derrame ese licor, si Ud... no tiene inconveniente, invítemelo, que con mucho agrado se lo recibiré.

Fueron palabras que sobresaltaron un poco a Gavino, dado el lugar y circunstancias, haber escuchado en forma corrida y con palabras muy bien acentuadas esa petición; sin mediar palabra alguna, el muchacho alcanzó la botella, que muy gentilmente fue recibida por el otro, acto que agradeció de muy buena manera decirle, digamos ahora al "Caballero", palabras que empleaba el muchacho para referirle a personas distinguidas y de cierta edad, ya un poco avanzadas.

–Me hace Ud., el favor Caballero de guardarme la botella, que tengo que devolver al casco vacío, ahora regreso, voy a ver si me dejan a mí también patear la pelota.

Dando el otro la seguridad de que la cuidaría, dejó a éste tomando el licor que le fué regalado.

Al comienzo miraba como la pelota, iba y venía de un lado hacia el otro, 2 piedras marcaban lo que era el arco, uno hacía de arquero y los otros choteaban, hasta que la pelota llegó cerca de Gavino, que se apresuró en devolverla también choteándola con dirección al golero y de esa forma, entró también a los tiros al arco; el entretenimiento duraría una hora y media y fue él, el que hizo el último disparo al arco, ya que el arquero agarró la pelota y ya no la devolvió, diciendo que ya se retiraba, parece que fue el dueño del balón, ya que los demás hicieron lo mismo, perdiéndose tras unas casas cerca del almacén, al quedar solo, pensó regresar para estar cerca de los demás peones pero nuevamente la voz del caballero.

–Que tal jovencito, –¿Se divirtió mucho con el fútbol?

–Más o menos, sólo hemos estado haciendo disparos al arco, pero ya ve Ud. uno de ellos se llevó la pelota y se acabó el juego, que vamos a hacer, siempre el dueño de lapelota manda.

–Bueno, no se preocupe por eso, si desea puede sentarse aquí, y charlaremos un poco, ya que los señores Lavaderos de

Oro, terminan generalmente sus reuniones pasada la media noche, dijo esto señalando un tronco, y como para romper la desconfianza inicial de Gavino, le dijo: me llamo Eduardo, soy limeño, no dijo su edad, pero parecía que ya pasaba los 50, que su apellido era muy respetado en Lima, tenía instrucción superior, había ingresado a la Universidad de San Marcos porque su ilusión fue ser médico, pero sólo estudió 3 años, hablaba de Lima, como si fuera un placer, rememorar los años que vivió en la Gran ciudad también preguntaba de los adelantos tanto de los campos de la ciencia industria, urbanística, como política, también le aseguró valientemente que su infortunio, no lo dejaría estar nuevamente en el lugar que lo vió nacer y que ahí olvidando de todo el mundo dejaría sus huesos; Don Eduardo relataba su historia, haciendo pausas para beber un trago de "cachaza", a las 2 horas de conversación la botella quedó vacía, pero él no aparentaba estar ebrio, ya que le devolvió la botella, diciéndole, casi rogándole que no iba a tomar más ese día, sino que se la guardaría para otras ocasiones, que fuera no más a traerla que no le iba a costar nada conseguirla, porque el oro que los patrones habían hecho pasar, servía para pagar todo el consumo– por favor jovencito, has lo que este pobre viejo te pide, que si me atreví a pedirte la botella que ibas a derramar, fue solo al saberte que no eras de la clase como los demás, ya que a ellos jamás me hubiera atrevido a pedirles nada, éstas y otras súplicas convencieron a Gavino a que llevara la botella vacía, llegando hasta la puerta del almacén, donde todos los peones, apuraban bullangueros sus respectivas botellas de cachaza, ahora toda la conversación era en Quechua y sus gestos y además, daban a notar que ya el licor había hecho su estrago, por lo que Gavino sin hacerse notar, cambiando la vacía por una de éstas, y por el mismo camino regresó donde el "Caballero", sin que ninguno de los otros haya notado o dado cuenta; una vez más donde don Eduardo; éste sacó, de una especie de alforja, una botella de cerveza vacía, y de la botella que le fue dada por Gavino, vacío a la suya, no llegando a llenar–

No ves hijo, hasta en esto le roban a uno ¿Cómo no se van hacer ricos de la noche a la mañana estos comerciantes?, si escogen las botellas más chicas para despachar, no hay derecho, esto es como estas viendo con este inmundo licor, pero con las demás cosas, te roban descaradamente y también cuando llevas a pesar tu oro, ni que se diga, te ponen palitos de fósforos como pesas y si reclamas, te botan y no te despachan nada, y como uno necesita comer, hay que soportar todos los abusos que se les ocurre hacer,. Yo pensaba que aquí en la Selva no existían todos estos engaños, que viviría lejos de tanta maldad que generalmente existe en todas las grandes ciudades, que viviría con dignidad y justicia, en fin, creía en una sociedad, donde solo el trabajo honrado, sea la base de todas las relaciones, y que se le respete al hombre por trabajador y probo, pero nunca por su dinero; cuántas ilusiones abrigaba cuando llegué a estos ríos hace ya unos 25 años atrás, a propósito, en el mes de Setiembre cumplo 47 años, pero como me ves, pareciera que tengo muchos más, esto es por vivir acá en la Selva uno acaba más rápidamente que allá afuera, y esto que no me ha dado el paludismo, pero he pasado tanto, que muchas veces no la cuento y solamente Dios sabe por que estoy vivo, es por eso que me ves tan acabado, y por otra parte este maldito licor, que parece que es el que mantiene vivo, pero también trabajo para él, ya que lo que logro encontrar "chichiqueando", la mayor parte sirve para comprarlo.

También debo decirte que yo no he venido contratado por ningún enganchador, llegué con el dinero preciso hasta Quince Mil, en ese tiempo andando desde Ocongate, acompañado de otros aventureros, desde un comienzo he trabajado por mi cuenta, y nunca he tenido ningún patrón, conozco a varios de los lavadores que están libando cerveza ahí en el almacén, los he visto llegar, quizás más infelices que yo, los he ayudado a ubicarse, como se dice, llevado de la mano, inclusive a Carlo, Creo que con él me dijiste que trabajas ¡No?, bueno eso ni importa, a él también lo he ayudado, ninguno de ellos tiene más

de 20 años por estos lares y los he conocido a como iban llegando ¡como se me achicaban!, cosa que a mí no me gustaba, y no es por sacar en cara, ya que no me gusta hacerlo, pero casi todos de mi olla han comido, todos los primeros días de sus llegadas, sin pedir yo nada a cambio, a mí nunca me importó el oro, ya que como te dije, vine aquí, para encontrar la tranquilidad, el sociego y justicia, que al comienzo sí lo tuve, ya que el trabajo me brindaba esa satisfacción como el de ayudar siempre al prójimo, pero las enfermedades que no faltaron diesmaron mis fuerzas y cuando estaba enfermo nadie me visitaba, o ni bien llegaban se retiraban, vivo ahora en esa casita que está más arriba del alamacén, y ella es "testigo" –de todas mis penurias, aunque también es de hombre reconocer, que si ha habido unos amigos que mientras han estado por estos lugares, siempre que pasaban por aquí, llegaban a mi humilde morada, trayendo comestibles y por que no decirlo también licor, y pasábamos juntos unos días que me hacían olvidar la ingratitud de otros, y esa Fé que tenía en los hombres revivía invadiendo una alegría infinita que saturaba mi corazón, pero esas gentes ya no están más por acá, pero por ahí algunas noticias sé de ellos que están en muy buena posición allá afuera, que Dios les premie sus bondades; pero en cambio los señores lavadores ahí dentro reunidos, se hacen los que no me conocen, pero así viejo mi orgullo nunca se doblegará por nada del mundo, ni me atrevería a solicitarles ni siquiera un trago, y si lo hice contigo, fue primeramente porque ya lo ibas a botar y también al instante me dí cuenta que no eras de la clase de los otros y porque joven como lo eres todavía, la maldad humana estaría lejos de tu corazón, ya que tenlo por seguro, si en todos los actos de tu vida empleas la nobleza y tengas como base esas palabras santas "no hagas a otro lo que no quieres que hagan contigo" o "Da a otro lo que quiera para tí", vivirás, sea pobre o rico, como te toque vivir, ya que todavía eres joven, con la conciencia tranquila, y cuando te llegue la hora de morir, recibirás la muerte dándole la cara, sonriente, porque no dejarás atrás nada que te avergüense o denigre.

Como la noche había llegado, Don Eduardo se despidió no sin antes hacerle prometer a Gavino que lo visitaría a su choza, .. la que cuando había luz solar le había señalado su ubicación, es así que al encontrarse solo, decidió acercarse donde estaban los demás peones, encontrando algunos ya trasegados de cachaza y tirados en el suelo, otros que se dormían sentados en sus sitios y de cuando en cuando, hablaban incoherencias, como para demostrar que estaban despiertos y que podían soportar el licor ingerido y otros que discutían en forma acalorada con las botellas de licor en las manos. Por otra parte en el interior del almacén los patrones bebían cerveza cantando acompañados de una guitarra.

Gavino al no hallar qué hacer, se sentó en el canto de un tronco hechado en el suelo, procurando no hacerse notar, hasta esperar que termine la reunión de los lavadores o patrones, cosa que lo hubiera conseguido de no mediar la circunstancia, que cuando ya era la media noche, uno de los peones de un lavadero distinto al que él trabajaba y que todavía se encontraba en pié con una botella en la mano, trató de orinar en el mismo lugar donde se encontraba Gavino, por lo que éste de inmediato se retiró para no ser mojado por el orín, y en vista que no pudo realizar lo que se propuso, cambió de actitud alcanzándole la botella y le dijo:

–Esto ¿porqué no chopas? Ven, toma chopa, ¡chopa carajo! o ti crees otra persona.

Decía todo esto queriéndole colocar la botella en la boca, por lo que el muchacho retrocedía, tratando siempre de mantener la distancia inicial; pero parece que esta situación fue tramada por los borrachos que todavía se mantenían en pie en idioma Quechua, que todavía no entendía ni una palabra, ya que otro de los borrachos, trataba de colocarse en su detrás y como siempre su agilidad y el estar completamente sano o ecuánime lo salvó de recibir un botellazo en la cabeza, arrojado por el que estaba en su detrás y ahora ya en forma franca el primer beodo,

trató de agredir con la botella que la tenía agarrada por el pico, pero en esta vez como no hubo el factor sorpresa, esquivó con mucha facilidad el botellazo y a la vez replicó con un fuerte puñetazo a la cara de su atacante, que lo hizo caer como un fardo al suelo, dado a la contundencia del golpe, como del estado etílico con que se encontraba, quedando inmóvil; sus compañeros en este momento de grupo que serían de unos 7, acalorados, trataban de agarrar a Gavino, para darle el castigo y vengar a su compañero que continuaba en el suelo, pero éste retrocedía repartiendo golpes al que se ponía a la distancia propicia y no permitiendo ser agarrado, Gavino por este lado era un buen luchador ya que en el Valle, tuvo que aprender a pelear ya que tenía la necesidad de defenderse, y no le importaba que su contendor sea grande o su coteja, porque como casi todos los demás muchachos de su pueblo, tenían papá o hermanos que los defendían o siquiera les servía de respeto, él por esa parte no tenía a nadie que sacara la cara, muy por el contrario, su mamá le pegaba su cuera, cuando se enteraba que había peleado, es así que en muchas oportunidades, tuvo que lavar su camisa ensangrentada en la acequia, para evitar que su madre se enterara de ese modo, pero aún así a veces se daba cuenta, por las manchas secas difíciles de sacar y la tanda de latigazos de todas maneras le caía; ahora la situación era distinta porque era una cargamontón así que para acabar esa situación los golpes que empleaba eran por demás demoledores para de esa forma terminar lo más rápido y no ser sorprendido por algún golpe de ellos, ya que de caer al suelo hubiera sido su perdición, pero para sociego de él los tres peones que todavía se mantenían en pié, tomaron la retirada, dejando a 4 de ellos tirados en el suelo, tanto por los golpes recibidos como por su estado etílico en que se encontraban. A raíz de este percance, que de seguro fue de conocimiento de los patrones, pero que ninguno salió a ver, ya que estarían acostumbrados a este tipo de peleas; éstas eran las grandes diversiones que los señores lavadores daban a sus indios como premio.

La reunión llegó a su fin, saliendo los patrones también ebrios y muchos de ellos despertaron a sus respectivos peones con la punta del pié. Los compañeros de Gavir o, 2 de ellos se encontraban borrachos pero sentados en el suelo y otro borracho durmiendo tirado en el suelo, una vez que don Carlo, pasó junto a ellos, se pararon e hicieron despertar al que estaba dormido. Gavino desde una distancia prudencial, en previsión de cualquier ataque, esperó a su grupo que pasara cerca de él, para reunirse con ellos y emprender el retorno al campamento. Todos los demás incluyendo al Patrón se encontraban borrachos andaban haciendo sig-sag; a don Carlo tuvo que ayudarlo a pasar los riachuelos, parándose en el cauce, para que él lo haga por las piedras, así también prácticamente lo hizo pasar cargado al peón más ebrio y por todo el camino no dejó que se quede durmiendo en la trocha, porque de habladas sabía "indio que no llegaba a su campamento, el Jaguar se lo llevaba y no aparecía" o de lo contrario, los murciélagos, eso si de seguro lo desangraban, esos malditos vampiros, sabían cuando la persona estaba ebria, para morderlas y no solamente en la yema de los dedos del pié, sino también en las orejas, o naríz, y a consecuencia muchos quedaban anémicos y posteriormente otros habían muerto. Gavino al día siguiente tuvo que trabajar todo somnoliento y con las manos adoloridas y erosionadas, ahora ya no en las palmas, sino en los dorsos, por los golpes que había aplicado en defensa de su integridad física.

EL ALMUERZO MAS RICO DEL MUNDO

Román regresó de su viaje al Cuzco, después de 21 días, le trajo a Gavino un paquetito conteniendo caramelos, que los recibió como una bendición, agradeciéndole con esa alegría que sólo los muchachos pueden expresar al recibir lo de su agrado, le dijo también que le estaba trayendo un pedazo de jamonada, pero como demoró 3 días en Quince Mil, en previsión de que se malogre por el excesivo calor, tuvo que disoner de ese manjar, ya que esos días tampoco encontró alguien que

viniera por este lado, para que lo traiga. Solamente el día que llegó, durmió Román en el Campamento, al día siguiente se fue al suyo y no lo volvió a ver hasta el próximo domingo, cuando Gavino fue a visitarlo; Román le contó que estaba "chichiqueando" aquí y allá, pero que no le iba tan mal, y que esperaba que Gavino cumpliera su contrato, para hacer entre los 2 un buen desarrollo del corte, ya que para una sola persona, es muy difícil empujar las piedras grandes y tantas otras cosas que se presentan, pero entre los dos "haremos raya" decía, quería decir de esa forma que nos íbamos a sobrar trabajando y que hallaríamos bastante oro. Conversaron también sobre cómo estancar el agua, la forma de trabajo, y en todos los puntos había consenso. Román ese día preparó tallarines con carne de llama seca, y lo asentaron con café con leche y galletas, que le cayeron muy al gusto; Gavino se despidió cuando ya casi la noche se anunciaba con su penumbra, y el cantar de los pájaros iba enmudeciendo para dar paso al grito de los grillos, croar de los sapos y ranas y mil otros animales, que pareciera que esperaban la noche para dar muestra de vida de una o de otra forma; ya obscuro, llegó a su campamento, viendo brilla las luces centellantes de las luciérnagas a las que las conocia perfectamente; luego de darse una vuelta por la cocina, se fue a su sitio a dormir, siempre he dicho "Sitio" y no cama, porque es lo que era, sólo la chonta batida y su bolsa con sus pertenencias, que en la noche servía de almohada y en el día marcaba el sitio para que no fuera ocupado por otro peón.

Ahora Gavino trabajaba en el entusiasmo que tienen las personas de estar seguros que al final se verán recompensadas con el logro de sus aspiraciones, y eso era cumplir su contrato, para irse a trabajar con Román, es por eso que los días se hacían más llevaderos, pese a lo penoso y agotador de su trabajo aunque también aliviado un poco, con lo variado de sus ocupaciones.

Una mañana, cuando ya se disponía a ir al Corte, luego de

haber desayunado, el Capataz le pasó la voz, que el Patrón lo necesitaba una vez más; saludó a don carlo sin ser correspondido, pero a la voz de pasa, entró a una habitación espaciosa, donde en otra oportunidad había tomado desayuno a insistencia del patrón, encontrando a don Mario que acababa de cerrar un sobre de carta y escribía el nombre del destinatario, y sin mayor preámbulo le dijo:

–Vas a llevar este sobre al Señor Ramírez, él vive en el río Carreño en la parte de arriba, como tú no conoces te voy a explicar cómo puedes llegar. Sales de acá por la ronda, y en lugar de entrar a la toma de agua, sigues río arriba por espacio de unas 3 horas, llegas hasta un riachuelo que siempre trae sobre esta misma margen (izquierda) hay una pequeña trocha así que no salgas de ella hasta que llegues a mi riachuelo siempre trae un poco de agua y desemboca en este río, en este punto cruzas el Tunquimayo y buscas una trocha que sube directamente el cerro, subes hasta que corones el cerro, que pertenece a este valle, así que al voltear la cumbre, ya estás en el otro valle, que forma el río Carreño, de igual forma bajas para el otro lado, hasta llegar al río y subes un trecho por la margen izquierda y vas a ver al frente en una lomada una casa, no te puedes perder si te acuerdas todo lo que te he indicado además también la casa del Señor Ramírez está en un rose grande, porque él tiene su chacra, y no te puedes pasar porque de todas maneras verás las casa, al no haber árboles que interrumpan la visión ¿has entendido?

–Si Patrón.

–Entonces llévate esta escopeta, por si acaso veas un "manacarako" (gallina de monte, que al gritar pareciera que dijera su nombre) a tu regreso, ¿me dijiste que sabes disparar, no?, para tu conocimiento le estoy diciendo al Señor Ramírez que me devuelva los 200 gramos de oro que le presté; así que ya sabes, apúrate que puedes llegar ahí a la hora del almuerzo, mañana temprano te quiero de vuelta.

Gavino con la escopeta de cartucho calibre 16 y 5 cartu-

chos, su bastón inseparable de palo de chonta y su "lliclla" vacía amarrada a la espalda, calzado con sus zaptos llenos de clavos de bomba, partió primero por la ronda después siguiendo las instrucciones recibidas siguió río arriba por una trocha que a cada momento salía al río, caminaba con pasos firmes y rápidos, cuánta diferencia de cuando entró a los ríos por primera vez, que todo lo asustaba, la dificultad que tenía para caminar en la trocha resbalosa, además que apenas un peso de unas 45 libras lo había agotado tanto, se diría que el cambio era abismal porque como dije en otro capítulo, parecía un potro brioso, que avanzaba por la trocha, haciendo sonar las ramas por la fuerza con que avanzaba, dado a la rapidez con que andó parece que llegó antes de las 3 horas que calculó su patrón y aquí tuvo una pequeña duda, porque como le dijo que el riachuelo siempre tenía agua, éste que encontró estaba seco, solo que si tenía signos de que hacía poco se había secado, así que aunque un poco desconfiando si sería o no el riachuelo, cruzó el Tunquimayo y desde la margen derecha, pudo ver que en el riachuelo había unos 5 ó 6 hombres trabajando en la parte alta de una cascada natural, formada por el desnivel profundo del río Tunquimayo y el cauce bajo del riachuelo y era aprovechado ese desnivel tan grande para represar el agua y soltarla de acuerdo a las necesidades, a este tipo o forma de trabajo le llamaban "Aventadero".

Luego de contemplar la forma de trabajo, aprovechó también para bañarse y refrescarse en el río, después sin contratiempos buscó la trocha y luego de unas 3 horas más de andar, divisó la chacra del Señor Ramírez, lugar de su destino, así que no tuvo más que cruzar el río carreño y caminar por unas plantaciones de plátanos, yucas, piñas, media hectárea de unas plantas que tenían unas hojas parecidas a la achira, pero que en realidad era la "Uncucha" o papa japonesa, cuyo tubérculo es parecido a un camote grande, pero su cáscara escamosa de feo aspecto, pero su comida es riquísima; después de atravesar estas plantaciones llegó a la casa del Señor RAmírez, una casa

que parecía tener vida por sí sola, "cómo se notaba la presencia de las manos de una mujer", ya que lindas plantas, en maceteros tanto de ollas viejas de fierro como de barro o simplemente en latas pero muy bien adornadas, embellecían el lugar, no diremos más acerca de la casa que sintetizando era una joya adornada de flores. Para llegar a la casa propiamente dicha, había que transponer una estaba de troncos, que circundaban el edificio y desde ahí Gavino pasaba la voz.

–Señor Ramírez, Señor Ramíres, en tono fuerte para que lo oyeran los moradores, repitiendo en varias oportunidades, hasta que hizo su aparición una Dama de unos 45 años, blanca, agraciada quien gritando también preguntó:

–¿Qué desea?, ya que la distancia desde el estacado a la casa serían de unos 15 metros.

–¿Vive aquí el Señor Ramíres?, traigo una carta mostrando el sobre para él, la envía don Carlo del Río Tunquimayo.

–Entra, acércate.

–Buenos día señora.

–Buenos días, repondió en forma seca, ya iba a comenzar a hablar Gavino, pero la Señora hablando y ejecutando, agarró la escopeta y dijo:

–Dámela para guardar esa arma, que me dá nervios hablar con una persona armada.- se llevó la escopeta y la dejó arrimada a la pared hecha de caña y nuevamente preguntó. ¿Cómo decías?

Gavino tuvo que repetir lo que había gritado desde afuera del estacado, le dió la carta diciéndole que estaba dirigida al Señor Ramírez.

–No te preocupes, el Señor Ramíres es mi esposo y en un momento debe de salir, ya que está terminando de bañarse por haber llegado hace un rato de Quince Mil.

Tan luego terminó de hablar la señora hizo su aparición el señor Ramírez, preguntando a la señora:

–¿Quién es este muchacho?

adelantando a la señora el muchacho le dijo:

–Me llamo Gavino, y vengo comisionado por don Carlo del Río Tunquimayo trayéndole la carta que le he entregado a su esposa, donde seguramente le explicará los pormenores.

Mientras el señor Ramíres leía la carta, la señora le obsequió un vaso de limonada bien grande y se disculpó diciendo que estába terminando de preparar el almuerzo y que la disculpen. El Señor Ramírez terminó de leer la carta e invitó a Gavino a que se siente en una hamaca de las dos que existían, haciéndolo después del dueño de casa, no tanto por cortesía, sino que era la primera vez que se sentaba en ese aparato y quería saber cómo se hacía, esto se dió cuenta el señor Ramírez y con toda naturalidad le explicó la forma de hacerlo diciéndole además que era un mueble si se le puede decir mueble muy versátil, que podía ser usado para dormir, mecerse o simplemente para sentarse y así de esta forma comenzaron lo que se dice las preguntas de rigor:

–¿Y tú qué haces en el río Tunquimayo?

–Soy peón de don Carlo y trabajo en su corte.

–No, no puede ser, pero si tú todavía eres un muchacho, ¿tendrás unos 15 años?

–No señor Ramírez, ya tengo 17.

–Es lo mismo, bueno ya tendremos tiempo de conversar, ya que te irás mañana, ya es la una, y un poco más estará el almuerzo, así que saliendo a las 2 y media, no llegas a tu campamento, porque se te obscurece antes, así que esta noche duermes en mi casa.

La conversación siguió de diversos temas, siendo interrumpida por la Señora:

–Haber a lavarse las manos que voy a servir el almuerzo.

El señor Ramírez, condescendiente y muy gentil, cedió el

turno de lavarse las manos al muchacho, lo que aprovechó para decirle:

–Lávate la cara también con jabón.

Era la primera vez que su cara conocía el jabón desde que llegó del Cuzco. Una vez limpios ambos, habiéndose lavado el Señor ramírez solamente las manos, ya que se había bañado a su llegada de Quince Mil se sentaron a la mesa, la que estaba cubierta de un mantel bordado, una mujer indígena hizo su acto de presencia, trayendo los platos y una vez completos, vino también la señora Ramírez, muy bien peinada, y exclamó:

–¡pero si es un chiquillo y muy buen mozo.

Gavino colorado como un tomate, sólo pudo decir:

–Gracias Señora, pero ya tengo 17 años, cortando al conversación el señor invitó diciendo:

–Sirvámonos.

Desde el primer bocado del caldo, Gavino se sintió en el cielo, no por el trato tan gentil y humano que esta familia le daba, sino que era la primera vez en casi tres meses, que probaba una cucharada de caldo y más aún "Caldo de carne de res y fresca", cada cucharada le sabía a gloria, qué diferencia tan grande de los alimentos que recibía en su campamento, además el plato estaba combinado con trozos de "uncucha", fideos, verduras frescas y un pedazo enorme de carne, que como gran tesoro, iba dejándolo para comerlo al último, y cuando le llegó el momento, cortado en pedacitos con el cuchillo que también le había puesto entre los cubiertos, los saboreaba, rememorando tiempos en los que en su hogar en Aplao, tanto su madre como su hermana le rogaban para que comiera y si la carne contenía un pedazo de hueso, ya de seguro no la comía Y AHORA se preguntaba en silencio ¿serían tan deliciosos los almuerzos que con tanta repugnancia rechazaba? cuántas veces su mamá le decía "Cómete hijito este almuerzo, la carne ha hervido como 2 horas y tiene de todo, está riquísimo, siquiera

probá unos cuantos bocaditos", "dónde vais a encontrar otro igual?. en un momento se cayeron las lágrimas, pero agachado seguía comiendo los trocitos de carne, cortánolos muy chiquitos para de esa manera alargar el momento tan delicioso de degustar tan celestial manjar, pero el almuerzo tuvo que acabarse y cuando miraba como hiznotizado el plato vacío, la voz de la generosa señora lo trajo del "país de las maravillas".

–¡te aumento un poco más?

De poco Gavino se apresuró a decir que sí, peor sobreponiéndose de inmediato contesto:

–No señora, muchas gracias, ha estado muy agradable el almuerzo, sin replicar nada la señora llamó en un idioma distinto al Quechua, ya que a éste lo diferenciaba por su sonido, que a diario lo escuchaba en su campamento, y de inmediato se presentó la misma mujer indígena, llevándose el plato vacío de Gavino, retornando con el plato nuevamente lleno de almuerzo que lo puso en su delante, adelantándose a decir la dueña de casa:

–Come, come no más hijo, a mí no me engañas, conozco a los muchachos como tú, y de paso ¿cuánto tiempo hará que no pruebas carne fresca?

Aquí también comemos de cuando en cuando, y porque hoy llegó mi esposo trajo la carne fresca con él, y aunque tiene un pequeño olorcito a guardado, es debido al calor, por eso es difícil proveerse, pero ya ves, ahora hemos tenido la suerte de compartir contigo este rico caldo y si vas a seguir en los ríos, hasta cuándo sabe Dios no probarás otro igual.

Avergonzado un poco por no haber sido franco con la señora, dió inicio al segundo plato de almuerzo, que también lo gozó como el anterior, y tan luego terminó, cosa que habían estado esperando tanto el señor como la señora, para que la misma mujer indígena trayera los platos de segundo, que consistió en arroz graneado, "uncuchas" cortadas en rodajas y

fritas y un pedazo de carne sacada del almuerzo también frita, aparte que para Gavino el plato le sirvieron más mercado, no dejó ni un solo grano de arroz, este colosal banquete fue asentado con un vaso grande de limonada y antes de retirarse de la mesa y agradecer lo recibido, les dijo con toda sinceridad "Este ha sido el almuerzo más rico del Mundo".

Pasado un cuarto de hora, después del almuerzo, fue invitado por el Señor Ramírez a conocer la chacrita, mostrándole matas de plátano, limones, naranjas, piñas, guayabas, que circundaban terrenos sembrados de yuca, maíz, uncucha y hortalizas, le iba conversando desde la fecha que se había instalado ahí, cómo había rosado el monte y sembrado, de la procedencia de algunas plantas y muchas otras cosas, y así dieron una vuelta completa a la chacra, que tendría una extensión de unas 2 hectáreas, también aprovechó para cortar un racimo grande de hermosos plátanos y tres enormes piñas, sembrando los brotes que crecen alrededor de la piña en las cercanías, para no perder la especie; cambiaron el curso del agua de la acequia para que riegue otras plantas, y así entre una conversación y otra retornaron a la casa, cargando Gavino en el hombro el racimo de plátanos y en una mano la piña, el señor Ramírez una piña debajo de cada brazo, continuando la conversación, al llegar a la casa, cuando ya obscurecía, la muchacha, prendió dos lamparines, uno colocó encima de la mesa y otro colocó en una repiza que estaba pegada a la pared; sólo a Gavino le sirvieron la cena consistente en un buen plato de arroz graneado con yucas arrebosadas y uncucha sancochada, acompañado al final con una taza de hierba-luisa, esto último compartido con los esposos, que se disculparon de comer, por estar todavía satisfechos con el almuerzo.

Después de la comida, se sentaron todos en el corredor donde estaban las hamacas, haciéndolo los esposos en ellas y Gavino como la muchacha en una banca. El señor Ramírez comenzó la conversación diciendo que tenían 3 hijos, los 2

mayores hombres y estaban estudiando en la Argentina, y al última una mujercita que todavía estudiaba secundaria en Puno, dijo también que eran naturales de Acora, y que muy jóvenes, habían llegado por ahí, con solo un hijo, y que los otros 2 tuvo que su esposa tuvo que salir al Cuzco a dar a luz, que gracias a Dios, siempre les había ido bien, con ciertos altos y bajos al comienzo, que también tenían su corte, en el que trabajan 5 ó 6 hombres, pero que él no los trataba como sabía lo hacían los lavadores de los ríos de más adentro, ya que ellos se podían ir cuando quisieran hacerlo, que la mayoría de ellos llevan años trabajando en su corte, y que de tiempo en tiempo salían al Cuzco a ver a sus familiares llevándoles dinero, y solitos regresaban y que muchos de los que querían irse definitivamente, traían algún familiar o amigo recomendándolo. La chacrita que tenía también sirve para ellos, de ahí comen verduras y frutas frescas y el trato que les doy es el que se merecen todas las personas, lástima que mañana tienes que irte, sino te llevaría a que lo conozcas le dijo, y cuando cumpla su contrato con don Carlo, si quería podía venir a trabajar con él, que sería tratado, no como un peón, sino como a un familiar, pero si no lo hacía, cuando él quisiera podía venir a visitarlo; Gavino agradeció el último ofrecimiento y se disculpó diciendo, que ya tenía planeado para cuando termine su contrato, ir a trabajar en compañía de un paisano, pero que siempre tendría en cuenta su invitación, contándole a su vez, parte de su vida, procedencia y planes que tenía para cuando regrese a su tierra con oro, recibiendo recomendaciones de parte del señor RAmírez de no ilusionarse demasiado, porque el oro era muy celoso; la señora en todo tiempo se mantuvo callada y sólo al final le dijo que uno de sus hijos tenía su misma edad y que le había traído muchos recuerdos.

A Gavino le preparaon la cama con un cuero de borrego y almohada, en la parte alta de la casa, cubriéndose con su "lliclla" los pies, y no tardó mucho en quedarse profundamente dormido, despertando cuando ya la claridad del nuevo día

anunciaba la salida del sol, levantándose de inmediato, encontrando a los dueños de casa que ya se habían levantado y comenzado las labores cotidianas, la señora, junto con la muchacha en la cocina y el señor, llevando o acomodando arreos: de inmediato fue invitado a desayunar, después que se hubo lavado, lo hizo solo, ya que ellos ya habían desayunado; fueron "sopaypillas" las que le sirvieron, café con leche, quedando satisfecho y al manifestar su deseo de partir de regreso, le fue entregado un frasquito lacrado, diciéndole que ahí estaba el oro que devolvía a don Carlo, que le había prestado 6 meses atrás, cuando tuvo que mandar a uno de sus hijos a estudiar, también le dió una carta y le dijo que en ella agradecía el préstamo que lo salvó de ese apuro. La señora y la muchacha salieron a despedirlo, recomendándole que se cuide mucho y que no se olvide de visitarlos y al último el señor Ramírez le regaló las 3 piñas que cortaron el día anterior además de varios gajos de plátano cortados del racimo acomodó en su llicta y se despidió empleando las mejores palabra para expresar su agradecimiento, tanto por el trato como por lo que había recibido, así cargado de su lliclla, la escopeta en una mano y su bastón, logró despedirse de esa generosa familia. A medio camino paró a comerse una piña, sacándole la cáscara con su cuchillo de monte que ni para dormir se lo quitaba de la cintura, más adelante encontró a una familia de monos en las copas de los árboles justo por donde tenía que pasar, asustándose primero haciendo un escándalo prefiriendo gritos agudos, y después bajaron hasta cerca de donde él caminaba como queriendo asustarlo; tentado estaba Gavino de dispararles, pero si mataba un mono tenía que llevarlo, para justificar el disparo hecho, y tendría que comer de él, cosa que no lo haría, aunque había oído decir que sí se comían y hasta que eran exquisitos, pero mejor que los coman otros dijo.

A la llegada al campamento entregó el sobre y el frasco lacrado, y de inmediato se fue donde Román, donde dejó los plátanos que todavía faltaban madurar y las piñas que comerían

juntos, había terminado el viaje al Carreño, donde había degustado "el almuerzo más rico del mundo".

EL FIN DEL CONTRATO

Fue un Martes, que según sus cálculos, Gavino cumplía sus 90 días de trabajo efectivo, ya que por Román, tuvo conocimiento que los Domingos no contaban. Cuando ya le faltaba una semana, jallpa por jallpa iba descontando, hasta que por fin, había completado los días que debería estar de peón.

La última noche, no durmió recordando como conoció a don Carlo, como lo trató primero, y cuál fue su cambio después, el viaje a Quince Mil, las 2 jornadas de Quince Mil al Tunquimayo, cargado del tambor de coca y otras cosas, recordaba los improperios recibidos del capataz, reconociendo que era un inútil caminando por la trocha resbalosa, a veces con vergüenza y cólera, de lo asustado de encontrarse en un mundo desconocido, donde las raíces o ramas llenas de barro tiradas en el suelo, al pisarlas se movían o transmitían el movimiento a otros dándole sensación que fueran víboras que ya se movían para moderlo; cuántas veces había saltado, a un costado para librarse de una supuesta mordedura siendo en realidad lo que le asustaba una rama descascarada, cuántos resbalones había tenido con las consiguientes raspaduras por la nula experiencia de andar en un terreno jamás concoido y tantos otros percances; ahora ya ducho conocedor de ese lugar, como dije, se avergonzaba, aunque también se sonreía por lo inútil que fué, pero que felizmente se adaptó muy rápido, pero los insultos que recibió del capataz de toda índole, tanto en ese viaje como en el trabajo diario de los 90 días, no podría perdonarlo.

Recordaba también los primeros días de trabajo en el corte y pensaba que no iba a poder soportar ese ritmo tan fuerte, pero como no tenía otra alternativa, al haberse escapado del Colegio,

no podía escoger otra forma de ganarse la vida porque lo habían traído bajo un contrato; fue así, que una noche hechado en su sitio sobre la chonta pelada, lloró por primera vez en su vida con lágrimas que le brotaban y brotaban del fondo del corazón, de niño había llorado cuando su madre lo reprimía con el látigo de sus malcriadeses, pero eran llantos que no dejaban mella y al momento ni se acordaba, pero esta vez no fue así, lloró recordando a su tierra, a su mamá, sus hermanas, lloró teniéndoles envidia a sus compañeros de colegio, pensando que ellos se graduarían, y a él no le quedaba ni la remota posibilidad ya que había huído como u n ladrón del internado, también en que le había fallado a su hermano al que quería como un padre, por todo esto y la situación esclavisante en que se encontraba, sólo por su locura; las lágrimas le brotaban y como no podía desahogarse con el llanto, se tapaba la boca con las manos para no ser oído, pero no podía evitar las convulsiones en el pecho, que hacía remecer el piso donde estaba hechado, ni tampoco que sus compañeros se dieran cuenta que lloraba, pero ninguno dijo nada, comprendiendo su situación y quizás ellos lo harían de otra forma, ya que todos estaban en la misma situación de una o de otra forma; pero aún así, se hizo la promesa de terminar de trabajar, que soportaría los 3 meses y que después buscaría oro por su cuenta, para de esa forma evitar que su madre o familia lo reprendan, ya que tampoco si alguna vez regresara sin que le ayude la suerte de conseguir oro, no aceptaría de ninguna forma reprimendas, porque nuevamente se iría, si bien a la Selva o cualquier otro sitio.

Recordaba también con alegría, como las herramientas que había reparado resultaron muy buenas, pero fue con la ayuda de Ceferino que había triunfado en esa labor, pero su triunfo fue el aceptar esa responsabilidad; también le llenaba de orgullo, el que solamente una vez había visto como perforaban las rocas, y cuando faltó el barrenero en su corte, con toda seguridad se presentó a reemplazarlo, aunque al comienzo de poco fracasa; la descarga del tiro que no reventó, ahora con

ironía pensaba que hubiera tenido que pagar todo el tiempo que sus demás compañeros hubieran dejado de trabajar y eso hubiera hecho que su contrato se alargue.

Otra cosa que lo conmovía, pero que no pudo hacer nada por evitar, fue que 2 de sus compañeros que juntos llegaran desde el Cuzco se enfermaron de paludismo y el Capataz los hacía trabajar en esas condiciones a veces dándoles un poco de quinina, trabajaron hasta quedar como se dice "hueso y pellejo" y cuado ya no pudieron ni levantarse, fueron encargados a que los lleven de regreso, por 4 peones que también débiles cumplieron sus contratos, ¿quién podría asegurar que estos pobres siquiera llegaron a Quince Mil?

En fin, en los 3 meses había visto y pasado tanto, que a los 17 años lo hacían un viejo experimentado, durmiéndose esa noche con la alegría de que al otro día comenzar o ser libre y lo primero que haría sería dormir hasta que el sol salga pero:

–Oy, yau, que esperas carajo que no te levantas y te preparas para ir a trabajar, bruscamente le gritó el capataz.

–Mire don Sergio, ya terminé mi contrato y estoy esperando que se levante don Carlo para ir a que me arregle mi cuenta:

–Que es eso de decir "don Carlo" al Patrón, o quieres que te lo haga recordar de otra manera.

–Porque desde ahora ya no tendré más Patrón, ya he terminado mi contrato que ustedes con sus artimañas me obligaron a estampar mi huella digital, así que quiero que me arreglen mis cuentas.

–Entonces anda no má y habla con el Patrón, y si te demoras mucho, no te voy a pasar tu día, porque a mí no me vas a venir que ya cumpliste tu contrato.

Don Carlo en ese momento se encontraba terminándose de lavar la cara y secaba con una toalla.

–Buenos días don Carlo.

–¿Qué te pasa, por qué no has ido a tu trabajo?

–Por eso precisamente estoy acá, quiero decirle que ya termine mi contrato, y que me arregle mi cuenta, ya no deseo seguir trabajando más aquí

–Pero, ¿quién te trata mal aquí?

–Nadie don Carlo, es que ya terminé mi contrato, y ahora me voy a trabajar de socio con Román.

–Bueno si es así, si tu quieres y estás decidido, ven acá dentro para que veamos el libro, pasando Gavino al primer cuarto de la casa donde había una mesa y sillas, don Carlo de otro cuarto más adentro regresó con un cuaderno en la mano, poniéndolo encima de la mesa y mirando éste por unos momentos dijo:

–¡Ahh!, todavía te falta trabajar.

–¿Por qué don Carlo, por qué todavía?

–Perdiste día y medio cuando fuiste a traer los chanchos, 2 días cuando fuiste al Carreño, además la primera semana no rendiste como se debía, para poder pagarse completo, pero no me importa, contigo voy a hacer una excepción, no te voy a obligar a que firmes nuevo contrato, pero quiero ayudarte, ya que como verás no creas que compensa que para conseguir gente, tenga que darles plata adelantada, pagar "enganchador pasajes, y aquí día a día alimentarlos y cuántas otras cosas más y sólo para que trabajen 90 días, eso de ninguna manera, porque todo eso demanda un gasto enorme que yo tengo que hacer y a veces también estos indios se enferman y hasta se mueren y toda la plata que uno ha invertido en ellos, se pierde, así que para que veas que quiero en realidad ayudarte, anda no más trabaja hasta el Domingo y después arreglamos las cuentas, agachando la cabeza Gavino contestó:

–Bueno don Carlo.

Y se dirigió al corte a trabajar en su suyo, pero iba rumiando su cólera diciendo "abusan porque tienen el sartén por el mango" con no darme mi dinero me tienen agarrado.

Felizmente sin mayores contratiempos fueron pasando los 5 días para que llegara el Domingo, ya que la experiencia de Gavino en el trabajo que desempeñaba lo hacía un experto, pero aún así mascaba su rebeldía y se decía: No es justo que me descuenten esos días, a mí me mandaron a traer los chanchitos, lo mismo a río Carreño, tampoco fue porque quise, a mí que me importa que no haya trabajado en el corte esos días, si también lo estuve haciendo, cumpliendo órdenes, porqué tanto abuso con el peón, si somos gente como cualquier otro, pero nos tratan como a bestias, para que rindamos al máximo según ellos, pero ¡cuán equivocados están!, porque lo único que hacen es ponersenos más rebeldes, pero si cambiaran de actitud, siquiera un poco, la productividad aumentaría y ambas partes se beneficiarían, pero no, el lema de los capataces "al indio y al burro, palo por el culo".

Como quiera llegó el Domingo, pensó primero en trabajar su jallpa para la comida, pero lo pensó mejor y prefirió quedarse sin comer a que no le arreglen su cuenta, y no vaya a ser que ese Domingo le toque ir a las jaranas entre patrones y le diga que no tenga tiempo y que al otro día.

Así como se dice por ahí, lo estuvo pasteando a don Carlo y no bien lo vio:

–¡Buenos días don carlo, ya estoy aquí!

–Ya, ya, ya te tengo tu cuenta, todo en regla y ven para que, como tú sabes leer, verifiques con tus propios, ojos, 20 soles de adelanto, 10 del pasaje del Cuzco a Quince Mil, 5 del desayuno en Urcos, 6 almuerzo en Ocongate, 4 la gamela, 3 el jarro, 2 la cuchara, 3 gorro, 8 dos calzoncillos, 50 legalización y coima a las Autoridades, que hacen un total de 111 soles y de tu parte tienes 90 días de trabajo a 6 soles diarios que hacen un total de

540 soles, lo que restando los 111 soles tengo que pagar 429 soles o sea 21 gramos de oro y te debería 9 soles.

Un momentito don Carlo, así acá cuesta el gramo de oro ; 16 soles, haber présteme Ud. su lápiz, rápidamente hizo Gavino la pequeña división de los 429 entre 16, resultando que debería pagarle don Carlo por su trabajo la cantidad de 26 gramos de oro y 4 soles, por lo que don Carlo le replicó en voz un poquito subida de tono:

–Yo no te he encontrado aquí, sino en el Cusco y ahí cuesta 20 soles el gramo, haciéndote un favor todavía de no cobrarte el "enganchador" que son 50 soles, así que mira aquí tienes, dijo pesando en la pequeña balancita de pesar oro, los 21 gramos.

Gavino guardó en un frasquito que ya lo tenía preparado los 21 gramos de oro, el fruto de 90 días de trabajo esclavisante y agradeció a don carlo, el que aprovechó para decirle:

–Cuando te necesite, como vas a estar trabajando con Román, te mando llamar para que arregles unos cuantos picos, no te vas a negar de ninguna manera, ya que como tú bien sabes, te he traído yo acá, y como has visto te he arreglado tu cuenta con toda legalidad, le dijo también que si no le iba bien con Román, que regrese que le aumentaría a 6.50, tambien le estuvo dando recomendaciones por más de una hora, pareciera que don Carlo cambió a como cuando recién lo conoció en el Cuzco; Gavino nuevamente agradeció y se despidió, y al salir de la casa sacó el frasquito del bolsillo de la camisa donde lo había guardado y lo besó por varias veces, para nuevamente volverlo a su sitio, y andaba agarrando a cada momento ese bolsillo que le representaba toda su fortuna y encerraban un mundo de sufrimientos.

SEGUNDA PARTE

REMEMBRANZAS

Gavino, con su frasquito conteniendo los 21 gramos de oro, no esperó a el almuerzo, no obstante la expresa invitación de don Carlo a que lo acompañara a almorzar, aduciendo como disculpa que Román lo esperaba y quería llegar cuanto antes a su corte porque iban a ser socios: de esa manera Gavino con su bolsa en el hombro conteniendo sus pequeñas pertenencias se alejó del campamento de don Carlo, pareciéndole que salía del infierno y trataba de alejarse lo más pronto posible y ya sólo en la trocha y otras por la orilla del río, varias veces se sentó sobre un tronco o roca de una manera inconsciente, rememorando su vida y de como se encontraba en ese lugar; hizo recuerdos, la forma como había sido tratado comparando de con los años vividos en su tierra, su Aplao.

En su pensamiento la contemplaba a su mamá cuando le decía:

–¡Pero hijito!, la carne de res la venden también con hueso, "comé nomá la carne y el hueso lo dejaís a un costadito del plato hijito"

–¡no como!, tú por fastidiarme me has puesto hueso con carne, ¿por qué no lo sacaste el hueso en la cocina?

–Me olvidé hijito, comé no má, hácelo por tu madre que te quiere tanto".

–Vos siempre decís que me quieres y "las tandas que me daís" ¿no te acordaís?

–Lo hago por tu bien hijito, bueno entonces "perdóname" y comé aunque sea un poquito.

Estos y otros acontecimientos le venían a su memoria comparando a lo que tuvo que comer y a excepción del "almuerzo más rico del mundo", comió solo carne seca de llama

llena de huesos y las veces que había carne seca de llama el hueso que le tocaba lo continuaba mascando hasta deshacerlo.

Todo esto y mucho más en lo que respecta a las comidas; pero hubo también otro aspecto, en su Aplao era tratado como el hijo de la señora Manuela y las virtudes de la madre, recaían en él, después en el colegio como un alumno sobresaliente aunque en el Cuzco un poco aislado ya que el cusqueño se siente orgulloso, superior, descendiente directo de los incas y españoles, menosprecia al que no es oriundo del Cuzco y de familias acomodadas con apellidos de renombre. Pero como digo, Gavino se sentía solamente un poco aislado, porque el también provenía de un pueblo con mucho o más orgullo y tenía que hacer honor a su procedencia, pero todo esto era llevadero.

Pero el trato recibido en el campamento de don Carlo, escapaba a todo parámetro porque quizá un esclavo sería tratado de mejor forma, de hecho no había punto de comparación, porque hasta las bestias cuando se cansan se les considera, para los que trabajan en el corte no había ni el más elemental de los tratos, ahora bien, a Gavino a más de todo se le sumaba que aparte de las ocasiones que conversó con Román y unos cambios de medias palabras con Ceferino, no podía hablar con nadie más ya que era el único que hablaba castellano a excepción de don Carlo y el Capataz con quienes no podía hablar por la condición en que trabajaba, todos sus compañeros hablaban quechua.

Recordaba también cómo había conocido a don Carlo, había caído como un manso cordero, porque nunca le enseñaron a defenderse de los lobos, él aprendió como todo muchacho de su pueblo, a defenderse con los puños, pero no de las artimañas, porque dije más antes, Gavino era honesto y creía en la honestidad de los demás, ya que cuando viajaba del Cuzco a Quince Mil, era el muchacho más feliz porque su paisano lo iba a ayudar a conseguir todo el oro que quisiera y aunque ya, en el

viaje a pie desde Quince Mil hasta Tunquimayo dudaba en la honestidad de don Carlo, pero su formación le negaba a hacer este cargo, porque Gavino nunca haría mal a nadie ni mucho menos a indefensos de la vida; pero en fin decía "ya pasé todos estos rigores" y el hecho de haber cumplido este ignominioso contrato lo hacía más fuerte, y lo hacía repetrise –"Pucha no me vencieron", soy machazo.

Aunque ahora a decir de hombre, es de hombres reconocer que el aliento de Román para que al fin del contrato iban a trabajar y conseguir todo el oro que quisieran, fue el aliciente que lo hizo soportar tanto ignominia, vejación y trabajo esclavizante sin haberse fugado como muchos lo hicieron de su corte o de otras cortes de los que nunca se supo más su paradero, aunque si murmuraciones nada buenas.

Pero toda la fé en los demás no se le había nisiquiera mellado, una prueba es la que tenía en Román, con quien habían convenido en trabajar juntos sin tener patrones.

Si en el camino se hubiera encontrado con alquien o algo especial o quizá se encontró, no los notó, su mente lo hizo recordar lo que había pasado y sus pies lo llevaron al campamento de Román y, aunque en el lugar que suceden los acontecimientos, para andar por la trocha hay que tener 5 sentidos y agregarle el de la intuición, creo que Gavino llegó sin novedad, comparando así como dicen que hay personas que durmiento caminan y hacen cosas (los llamados sonámbulos) y no se puede explicar;

–¿Quién los cuida o guía? quizá también de esta forma o parecida llegó Gavino a su destino, porque el claro de la selva indicaba el campamento de Román lo hizo retomar conciencia de todo.

EL TRABAJO CON ROMAN

–¡Buena! ¡Buena! ¡buena! Gavino, gritaba Román cuando se acercaba éste y después de darse un abrazo muy efusivo Román dijo:

–¿Has traído todas tus cosas?

–Sí, contestó Gavino.

–¿Tus utencilios para comer?

–También acá están, señalando su bolsa, todas mis pertenencias están aquí.

–¡Y cama! ¿no tienes!

–no, no tengo, dormía siempre sobre la chonta.

–¿Por qué no me dijiste eso? aunque sea un par de bolsas te hubiera conseguido, bueno, pero en fin ya estás acá y ya veremos. Yo te he estado esperando desde el miércoles y hoy decidí ir a verte y saber el porque no llegabas. Gavino explicó los pormenores del fin del contrato, siendo interrumpido de cuando en cuando ¿no te dije? ¿no te dije? todo este diálogo se realizó al pie del fogón donde una olla lanzaba olores de su contenido.

–Bueno paisano, que hacemos aquí parados, sube a la casa y acomoda tus cosas donde tu quieras, tenemos bastante campo y después baja para que almorcemos que ya está listo el almuerzo.

Que distinto fué ese almuerzo, aunque casi, no se diferenciaba mucho al que daban en el corte, este lo comió de muy buena gana, entre bromas y risas con su paisano y al terminar después de lavar entre los dos utencilios utilizados, Gavino le dijo:

–Bueno paisano, ahora a hablar y primeramente como me dijiste que ibamos a trabajar en compañía, aquí estan mis 21 gramos de oro que es todo lo que ha ganado trabajando en el corte de don Carlos y como tu eres al que conoce todo lo que se necesita en este trabajo, puedes disponerlo.

no paisano, contestó Román, guarda nomá tus 21 gramos.

– pero, no dices que vamos a trabajar juntos?

Entonces mis 21 gramos pueden servir para comprar víveres o herramientas o lo que tu creas conveniente

–Guarda nomá paisano tus 21 gramos, ahora tenemos víveres que aún Kapire le encargué en previsión de tu llegada y cuando tengamos que comprar nuevos víveres lo haremos con el oro que hallaremos juntos, pero te aseguro que no vas a gastar de tus 21 gramos, porque ninguna gracia tendría, Yo, que ya más o menos estoy acomodado reciba tu oro y tu te quedes sin nada, porque como te dije más antes, tenemos víveres para unos 15 días y ya que comensaste a hablar te repito que todo el oro que hallemos será dividido en partes iguales y solo de acá para adelante pagaremos todo a medias.

–Esta bién?

–Está más que bién para mi, Pero...

–No empieces nuevamente y como mañana comenzaremos el trabajo de firme:

–Que te parece si vamos a traer leña para cocinar? Que cuando trabajemos en el corte no vamos a tener tiempo.

–¡Vamos!

Acarrearon leña suficiente y la colocaron bajo de la casa al amparo de la lluvia y en las idas y venidas, Román le dijo;

–Oye paisano, tu que eres del valle de Mjes y por allí hay bastante camarón y pejes, Por casualidad ¿sabes atarrayar? (atarraya, aparejo de pesca en forma circular con plomos en las puntas que utilizan en los rios para pesca del camarón y peces).

–No me insultes paisano, porque no solamente se atarrayar, sino también se hacer atarrayas y a propósito, ¿porqué me preguntas esto?

–Porque tengo acá una atarraya y como todavía tenemos tiempo que te parece si vamos al río a pescar?

El niño de Gavino floreció y comenzó a saltar gritando;

–¡Viva! ¡Viva! su alegría era exorbitante.

–Ahora verás de lo que soy capáz con la atarraya.

–No hables mucho paisano, decía Román, que yo manejo bién la atarraya.

De esa forma, haciendo alarde cada uno de su destreza con ese instrumento de pesca, llegaron al río.

Román se disculpó de demostrar su habilidad pescando, aduciendo que tenía una fuerte gripe y de esa forma Gavino se lució extendiendo la atarraya en el agua, haciendo un perfecto círculo y logrando atrapar hermosos ejemplares de distintas variedades que Román con un costalillo iba recogiendo, en otras palabras, Román era el capachero.

Casi terminada la tarde regresaron con medio costalillo de pescado, frieron todo lo que pudieron comer y el resto lo charquearon y salaron para que no se malogre y sirva para otras ocaciones.

Al otro día, antes que amaneciera, tal como ya estaba acostumbrado Gavino, se levantó y prendió la candela para hacer hervir el agua para el desayuno, ya también se levantó Román diciendole;

–Paisano, aquí ya no hay necesidad de levantarse tan temprano, ahora nosotros somos nuestros propios patrones y esta bién que trabajemos fuerte, pero también debemos tener ciertas tolerancias.

–Pero paisano, ¿Qué hacía? si ya se me quitó el sueño, y lo que más deseo es comenzar cuanto antes.

–Me da gusto tu alegría para el trabajo, porque es contagiante y de seguro llegaremos muy lejos.

–Ahora paisano, yo solamente se hacer hervir agua y soy franco en decirte que nunca aprendí nada de cocina y para serte franco, mi mamá, cuando me aproximaba por la cocina de inmediato me botaba diciéndome, "cocinar es trabajo de mujeres", ¡fuera de acá!.

Aunque dicho sea de paso, creía más me botaba porque quería saber que había en tal o cual olla y si había algo que me gustaba en un descuido se lo robaba o metía el dedo para probarlo.

–Bueno por ese lado paisano no te preocupes, que yo sí se cocinar y poco a poco también vas a aprender, déjame hacer a mi todo lo referente a la cocina y tu ayuda con el agua, la leña y siempre atizando el fogón.

Así, conversando y conversando, el desayuno estuvo listo y antes de llegar los rayos del sol a la casa, ambos se dirigieron al corte, aunque de corte solo tenía el nombre, solamente había huecos aquí y alla, pero era un lugar con mucho oro según Román.

Román, conocedor del asunto propuso y acordaron trabajar de 2 formas paralelas una para trabajo en grande o sea desmontando todo el migajón o tierra de cultivo en una area de unos 20 metros después arrumarían el material aurífero que pudieran y comprarían un par siquiera de canales y los tendrían listos para en cualquier momento que el riachuelo seco se cargue, parte de esa agua la hacian pasar por el canal y así sea de noche trabajarían hechando el material al canal porque ese riachuelo, máximo dura unas 2 horas trayendo agua. La segunda forma y para no desbancarse (desbancarse quiere decir no gastar el oro que tenían) harían huecos en el terreno hasta alcanzar el material aurifero, y cargarían el material a la pequeña hondonada que hay cerca de la casa, y le harían un pequeño desvío del riachuelo y más las lluvias la mantendrían siempre con agua y ahí en bateas 'lavarían el material y tendrían oro todos los días. El agua para cocinar y beber, se juntaba aprovechando el declive del tacho de la casa que chorreaba en canales de caña partidos a lo largo por la mitad y a su vez descargaban en latas grandes que habían servido para trasportar manteca, y de esa forma tenían siempre agua.

Todo el trabajo de preparación de la segunda forma de trabajo duró una semana de laborioso quehacer. Román dejaba su labor un poco antes del medio día para ir a la casa y preparar el almuerzo, llamaba a Gavino cuando ya estaba listo, almorzaban conversando y haciendo planes para cuando regresaran a sus respectivos lugares de origen y de nuevo a trabajar hasta cuando el sol se ocultaba que ya ambos regresaban a la casa y calentaban lo que quedaba del almuerzo.

La armonía reinaba en esa pequeña colmena de 2 trabajadores, dándose el lujo antes de dormir de hacer música; Román tocaba la guitarra y Gavino cantaba y de esa forma ambos se transportaban a sus lugares queridos.

Llegado el momento de cargar el material aurífero hasta la hondonada ahora ya con agua, Gavino notó la dificultad que tenía Román de cargar la lata conteniendo el material, no obstante nunca llenaba la lata, tampoco demostraba el empuje para alcanzar a Gavino; hasta que el segundo día de carguío al ir a almorzar después que Román le pasara la voz, pudo darse cuenta lo pálido y demacrado y que su estado no era el de un hombre sano, quizá la euforia de los primeros días no notó el estado de salud de Román, aunque si se dio cuenta que su rendimiento no igualaba al suyo y fue al momento de recibir su plato de almuerzo que le preguntó.

–¿Qué tienes paisano? te veo todo pálido y tu semblante tampoco es bueno.

–Te pasa algo?

–¿Estás enfermo?

–Hace días me dió una fuerte gripe y hasta la fecha no se me pasa, parece mentira, pero también me ha mermado mis fuerzas y es el motivo por el que no te puedo igualar en el rendimiento de trabajo por más esfuerzos que hago, ahora

también esta bendita tos no se me quita y tanto toser me duele la espalda.

–¡Pero no te preocupes, ya en otras oportunidades he estado así y poco a poco me ha pasado, cuando esté bueno, ahí sí que vamos hacer una buena yunta, que yo también se tirar muy bien pala y pico.

–Entonces que te parece paisano, mientras te repones, te quedas a descansar hasta que tengas todas tus fuerzas y yo sigo acarreando el material a la poza.

–¡No paisano! ¡de ninguna manera! esta bién que no pueda igualarte, pero algo hago y no sería justo que solamente tú estes trabajando.

–Pero paisano, si dices que estas enfermo

–Esta es una enfermedad pasajera.

–Bueno, bueno, esta bién paisano, entonces. Que te parece si dejamos por unos días el desmonte y nos dedicamos solo a lavar el material que llevamos a la poza? Que dices?

–Muy bién, continuamos con el desmonte cuando esté sano.

Esa mañana Román no alcanzó hacer ni la mitad de los viajes que hizo Gavino y como veía el esfuerzo que realizaba Román, Gavino dijo:

–¿Qué te parece paisano si vas de una vez a preparar el almuerzo?, tengo tanto hambre que me comería un toro.

–Yo sé porque me dices esto, pero de todas maneras gracias voy a preparar el almuerzo, ahí te aviso.

El almuerzo lo hicieron callados, y al terminar Gavino dijo:

–Paisano, he estado pensando a ver ¿cómo ves tú? Que te parece que mientras dure tu enfermedad, yo traigo el material a la orilla de la poza y tú lavas con la batea.

–Pero paisano, eso sería que solo tú harías la mayor parte del trabajo.

–Pero si yo te he dicho que sólo mientras dure tu enfermedad, además tu eres un experto con la batea y no harías soplar el oro como quizá lo haría yo.

–Bueno, ya que insistes y nuevamente gracias por las consideraciones que me prodigas.

De esa forma, ahora Gavino extraía, cargaba y vaciaba el material junto a Román a orillas de la poza; Román por su parte, lavaba y recomendaba cual era el material más rico en oro y de esa forma el trabajo se desarrollaba como un juego de engranajes bién sincronizados.

Román comenzó a encontrar el oro y le hacía ver a Gavino el amarillo candela de ese metal. Así que los siguientes días pareciera que Román por el menor esfuerzo, se hubiese repuesto un poco; sólo abandonaba su trabajo para ir a cocinar. Siempre música antes de dormir.

El primer mes pasó volando y tuvieron que ir al almacén a comprar víveres, empleando 30 gramos de oro que a la suma alcanzó para ciertas cosas.

Otra innovación que emplearon, fué que los Domingos fueran de pesca y descansar, que no trabajarían en el corte como ya lo llamaban; solo la enfermedad de Román preocupaba a ambos ya que no pasaba la tos y a veces lo decaía.

PRIMER VIAJE AL CUZCO

Pasaría más de otro mes cuando una tarde llegó al corte un peón de don Carlo trayendo un escrito que decía lo siguiente:

–Román, el día de mañana muy temprano te espero a tí y a Gavino, mucho cuidado con llegar tarde; con respecto a

Gavino, que venga con zapatos y preparado que lo voy a mandar al Cuzco a un encargo. Firmado; Carlo.

El peón llegaría a eso de la una cuando ya ambos se aprestaban a reanudar la jornada de trabajo, pero aún así cuando cualquier persona llega a un campamento y es hora del almuerzo o cena aunque aquí ya pasó esta hora, de todas maneras se le hizo almorzar porque esa es la ley de la costumbre; el peón no pudo dar mayores detalles porque sólo hablaba quechua y Román entendía poco y Gavino nada. Aprovechando el momento del almuerzo del peón discutieron la obediencia o no de la orden escrita.

Diciendo Román:

–Yo creo que tenemos que ir a obedecer lo que don Carlo nos está ordenando.-

–Pero paisano, porque tenemos que obedecer si ya no trabajamos para él, nosotros somos libres.-

–Tú todavía no te das cuenta, los ricos siempre ordenan.

–Que ordenen a sus peones, nosotros ya no somos sus peones.

–Fíjate Gavino, por esta parte no hay ninguna ley que nos ampare y la única ley la tienen los lavadores; aquí han pasado abusos de toda clase y no puedes quejarte ante nadie- ahora además quiere que vayas al Cuzco, no te irá mal ese viajecito, también si te arregló tu tiempo de servicios en el primer contrato, para que lo sepas, aunque no hubiera querido decírtelo yo también influí un poco con el compromiso que si te necesitaba tendrías que obedecer.

–Paisano tu no has debido de comprometerte en nada en lo que respecta a mí-

–Disculpame hermano, pero tenía que sacarte del corte de don Carlo, ahora también si el quiere que vayas al Cuzco te pagará todo, porque al fin de cuentas, don Carlo no es tan malo como aparenta, si lo sirves con honradez sabe reconocer.

–Bueno paisano, voy a ir, pero que conste que es contra mi voluntad.

–Te voy a dar un consejo paisano, y es "cuando tengas que hacer algo, asi sea contra tu voluntad, en la realización de éste pongas todos tus sentidos y olvides tú rebeldía que a nada bueno te conducirá, porque todo trabajo hecho con alegría, aparte de que siempre sale bién, no tienes porque comer tu propia bilis" y aquí también te diré "que al mal tiempo, buena cara" y en este caso en especial no podemos fallar y preferible aceptemos de buena gana– y el final será siempre bueno.

Esa tarde, antes de la hora acostumbrada regresaron y depués de calentar la comida, Román se dedicó a escribir cartas para su tierra, Gavino se hecho en su sitio, se tapó los pies y meditaba mucho sobre la conversación y consejos de Román, después que este apagó su candil todavía segúia despierto y muy tarde la noche se quedó dormido y despertó cuando Román se movio para levantarse. Después de esconder las herramientas y entrar el oro que habían conseguido hallar al pie de un árbol, se dirigieron al campamento de don Carlo.

–Buenos días don Carlo– saludaron tanto Gavino como Román.

Como respuesta escucharon.

–He decidido que tú Gavino en compañía de Sergio, viajen al Cuzco, y Román por los días que el capatáz esté ausente se quedará haciendo sus veces. A ti Gavino te voy a dar 15 gramos de oro para tu pasaje y demás gastos, además te voy a pagar tu jornal de 10 soles diarios y vas a hacer el encargado de llevar esta botella conteniendo oro, por supuesto que está lacrada y la vas a entregar a una casa comercial que está en la avenida el Sol del Cuzco, recabando el correspondiente recibo, en caso que el establecimiento este cerrado, vas a su casa que también está la dirección en el sobre de esta carta. También llevas este frasquito

y lo entregas a mi esposa junto con esta otra carta; si quieres te puedes alojar en mi casa o buscas un alojamiento, pero siempre después de entregar el oro. –Sergio va junto contigo, pero él viaja a ver a su familia y tiene otras instrucciones que cumplir; por si acaso con tu vida respondes del oro que llevas de que llegue a su destino. Ahora también.

–Conoces los itinerarios de los camiones?

–Si don Carlo, Román ya me los hizo conocer.

–Entonces no tengo nada más que decirte, así que anda a la cocina, come algo y esperas a Sergio que también viaja junto contigo.

Gavino encontró mate de yerbaluisa y mote de maíz seco, comió una ración y estuvo presto a partir para llegar temprano a Quince mil. El capataz se hacía el remolón para partir y Gavino por más que hubiera querido decirle que se apure, se aguantaba y para disimular su impaciencia contemplaba el rio sin dejar traslucir ningún estado de inquietud.

Serían las 10 cuando el capatáz bajó de su casa y sin dirigir palabra alguna a Gavino, emprendió el viaje.

Román y don Carlo se encontraban en el corte y no vieron la partida. Gavino. conla botella llena de oro y otro frasco envueltos en una bolza de jebe junto con las cartas que remitía don Carlo y su paisano Román además su pantalón, una camisa y su única chompa, todo esto amarrado a su espalda con una lliclla con su buen bastón de palo de chonta y sus zapatos ahora ya con clavos de bomba en las plantas siguió a don Sergio, que partió como dicen "alma que lleva el viento" creyendo que no podría ser igualado por Gavino, para Gavino ahora era como dijimos más antes, "era un potro brioso" y podía caminar de igual a igual que el mejor Kepire, esto último no lo sopesó Sergio y parece que partió tarde en la crencia que Gavino no podría llegar ese mismo día a Quince Mil, porque como dijimos cuando por primera vez le tocó caminar en la selva a Gavino,

(véase viaje al lavadero de Tunquimayo 1era. jornada), era el más inútil de todos, pero la rapidez de adaptabilidad de Gavino fue increible en todo sentido.

Gavino caminaba en pos de Sergio solo midiéndolo, si el hubiera querido lo hubiera pasado, pero el buen paso de Sergio comenzó a decaer y en éstas condiciones llegaron al campamento Rio Quitare.

Sergio se salió del camino para dirigirse a la casa distante unos 20 metros de la trocha, pero no fué seguido por Gavino.

–¡Oye! le dijo a Gavino.

–Aquí debemos descansar y de paso debe haber algo de comer.

–No don Sergio, contestó Gavino – si vamos a descansar se nos pasa el tiempo y no podemos llegar a Quince Mil.

–¡¡Te he dicho que debemos descansar!!

–Bueno, si Ud. quiere puede descansar, yo sigo el camino.

Tomando la acción, comenzó a caminar.

–¡¡Espéreme!! y rumiando ciertas palabras en Quechua retornó el camino y se puso a caminar delante de Gavino, entraron en esta posición al puente colgante y después comienza el cruce de los ríos.

Y Gavino, por la lentitud conque andaba Sergio, pasó el adelante para marcar el paso y llegar a Quince Mil a tiempo, pero ahora era Sergio el que se demoraba, quejándose de calambres en las piernas y muslos, Gavino impaciente para sus adentros lo esperaba, siempre a cierta distancia, cuidándose de no ser sorprendido .

–Oye, debes andar más despacio. ¿no ves que me agarró calambre? repetía a cada momento.

Gavino ni contestaba ni tampoco iba a sobarle la pierna, pero pensaba que era portador de una fortuna en oro y no debería tener el más mínimo descuido, ahora bién el llevaba el bastón que aparte de servir de apoyo, también era un arma de ataque y defensa, pero Sergio también tenía otro bastón también recordaba el trato que le dió el capatáz en el corte y sacaba a deducción que no solo lo trataba así porque era un peón sino, porque era Arequipeño, además se dió cuenta que tenía la intención de apoderarse del oro que llevaba Gavino y aparte de volverse rico en oro, nada le costaría al capatáz anular a Gavino y hacerse de esa fortuna y decir que se escapó con el oro y lo que más en este momento cuidaba era su futura reputación, porque conocedor don Carlo la procedencia de Gavino, hubiera hecho llegar la noticia a su mamá de que Gavino robó el oro y sin embargo el Capataz aparte de haberlo matado i robado a Gavino, aseguraría que Gavino huyó con el oro encargado a su transporte y ni muerto aceptaba esa reputación, porque haría vivir a su familia con la cabeza gacha por una falsedad, ¡eso nunca!!

El capatáz al reconocer la fuerza física de Gavino se cuidaba en insultar a Gavino y cambió a pedir como niño inválido, pero también Gavino aprendió a ser prudente ya que intuía dos planes del Capataz y en estas condiciones ya retrazados llegaron al campamento de Yanaurcos.

Gavino, como iba adelante trató de pasarse sin hacer un descanso por lo que Sergio cambió nuevamente de tono y en forma autoritaria dijo.

–¡Oye espera! aquí vamos a pasar la noche, no importa que perdamos el camión, solamente habrá unas 2 horas a lo sumo de luz, a oscuras no se puede andar en la trocha, además no he comido nada en todo el día.

Recién Gavino habló y dijo.

-Don Sergio, yo sigo el camino y Ud. puede quedarse

-¡Ya se carajo que quieres robar el oro y por eso te vas solo!

Gavino quizo contestar, pero hubiera sido para replicarle o quizá atacar, pero la prudencia que a sus años era de un sabio, sin siquiera contestar una palabra. partió con todas las fuerzas que le daban sus piernas, la oscuridad de la noche ya se hacía notar y Gavino como una máquina velóz deboraba la trocha y cuando ya la noche se hizo presente tuvo que bajar la velocidad y el bastón lo utilizaba para tantear el camino como para espantar una posible vívora de las pequeñas, especialmente la "candongo", una vívora chica de colores, en forma de anillos, que había que matarlas o botarlas con el bastón fuera de la trocha, por su brabura no se retiraban i estaban prestas a morder.

Serían las 8 de la noche y Gavino llegó a Quince Mil, recién al llegar aquí se dió cuenta que tenía un hambre canino y dió prioridad a esta necesidad, así que después de vender los 15 gramos de oro buscó donde comer algo, por la única calle de Quince Mil encontrando en la puerta de una casa, una sartén que contenía 6 huevos de gallina fritos, ya fríos y fueron seguramente el sobrante de la comida que se vendió más temprano y al requerir a la señora que se encontraba cerca a la puerta si eran para la venta esos huevos y asentir ella, los compró los 6 inmediatamente y se los deboró, al no haber otra comida y como tenía sed, compró 2 vasos grandes de chicha de jora, que aunque no le agradó se bebió los 2 vasos para poder calmar su sed.

Después de la chicha, el hambre que sentía todavía seguía latente y siguió buscando algo más que llevar a la boca, por lo que encontró en el umbral de la puerta de una casa una cabeza de plátanos, de los cuales compró 10, y recién pudo saciar su hambre, siempre con su lliclla amarrada a la espalda se dirigio al hotel donde tenía su frazada guardada.

–Señora, buenas noches!

–Tú no eres el muchacho que entró a los rios con don Carlo?

–Si, señora.

–Y, que haces por acá?

–Voy al Cuzco señora, y he venido a recoger mi frazada.

–Cómo nó! te la voy a traer.

Regresó la señora trayendo la frazada y le preguntó:

–A propósito, no has traido oro?

–Si señora, traje 15 gramitos y ya los vendí

–Los vendiste! A como te pagaron?

–a 17 soles el gramo.

–Hubieras venido donde mí y te hubiera pagado a 18.

–De haberlo sabido la hubiera preferido a Ud. yo no sabía que Ud. también compraba oro.

–Y a propósito, que tal te va por los ríos?

–Más o menos señora, felizmente ya terminé el contrato con don Carlo, y me he encontrado con un paisano y estamos trabajando juntos; pero es muy poco lo que ganamos porque los víveres cuestan mucho adentro en los ríos.

La conversación duró como una media hora y en ella pudo Gavino saber que todos los camiones que estaban cargados y estacionados a lo largo de la calle, partirían a media noche y por consejo de la señora debería subirse a un camión cargado de bolas de jebe que eran más cómodos para viajar y hasta se podía dormir, no así los que transportaban madera.

Siempre con su lliclla amarrada a la espalda, ahora conteniendo el oro que transportaba y las cartas, ya que había sacado antes de entrar al hotel su pantalón, camisa y chompa, vistiéndose con las 2 primeras prendas y la chompa en la mano ahora también con su frazada se subió por la baranda a un camión que

transportaba jebe, habiendo preguntado como para cerciorarse al ayudante del camión.

–A que hora sale este camión al Cuzco, ayudante?

Darle el título de ayudante al indio que le dirigio la palabra fué un honor para él por lo que muy reberencioso respondió:

–Sobe no má, qui iste camcón llega premero al Ccozco y vas a pagar 10 solis.

Apenas subió Gavino al camión y después de pagar los 10 soles del pasaje se acomodó entre bola y bola de jebe y se quedó profundamente dormido, tapado cabeza y todo con su frazada. El cansancio y la comodidad hicieron que agarrara un sueño profundo, ya cerca de las 7 de la mañana la bulla de las vendedoras de frutas que ofrecían su mercancía, colgadas de la baranda del camión lo hicieron despertar había todas las frutas de la región y lo que más le llamó la atención fueron las granadillas; sin saber el costo de esa fruta, aunque las vendedoras estaban pregonando el precio pero en quechua y Gavino no entendía, así, al oir la vendedora que deseaba comprar un sol de granadilas, esta le dijo:

–En quí vas llevar.

Gavino contestó

–En la mano no má.

–Qui va caber zonzo, agarra to chompa ahí te voy dar.

–Pero yo quiero sólo un sol.

–Se ya te oí.

–Gavino puso su chompa y lo contó 20 granadillas o sea que costaban medio cada una (0.05 de sol) y todavía le regaló 5 más. Pagó el sol y quedó agradecida la vendedora y asombrado Gavino y como no se había bajado a tomar desayuno por haber estado dormido, momentos después el camión partió.

Desde este punto se comienza a subir la cordillera por el lado oriental y ahora ya Gavino sentado en una bola de jebe comía las granadillas a las que les decían "mocos", llegaría a la quinta granadilla y ya no le sabían tan agradables como las primeras, pero Gavino era un muchacho y un muchacho es insaciable y por que no decir, glotón, así que dejó de comer un buen trecho del camino ya que el camión avanzaba y de nuevo reanudó con los "mocos" y en la décima granadilla sintió asco y nauseas y a medio comer la botó, pero mientras más ascendían también el olor de las demás granadillas le producían nauseas, tuvo la intención de regalar el resto de sus granadillas a cualquiera de los demás pasajeros pero pensó que al comerlas ellos el olor sería más penetrante, mejor me las llevo la Cuzco pensó, pero ya para coronar la cordillera cerca del Abra, le llamó a bomitar y lo primero que expulsó fueron las granadillas que recién había comido y después los plátanos de la noche y los huevos podridos entreverados con el sabor de la chicha de jora fermentada, arrojaba por la borda del camión, pero consiente de que llevaba una fortuna, en ningún momento se desató la lliclla todo esto con un dolor fuerte de cabeza y como le segúian llegando los olores de las demás granadillas para librarse de ese olor olor las arrojó al camino, pero siempre la cabeza le quería rebentar así entre vómitos que solo lograba expulsar líquido con el sabor a podrido de lo que había comido en la noche anterior, arribaron a Ocongate, lugar donde para el camión para almorzar. Aquí también llegó, se puede decir con las justas, porque el estómago le llamaba a hacer una deposición y lo primero que hizo fue buscar un lugar y el alivio que sintió fue pasajero, ya que cuando parecía que ya terminaba, nuevamente le llamaba el vientre, pero ahora ya con retorcijones de barriga insoportable y a la hora más o menos que estuvieron en ese lugar lo ocupó para hacer estas necesidades y como tenía sed alcanzó a tomar una kola que kilómetros adelante también fue vomitada, Gavino aprovechava las paradas del camión para subir o bajar pasajeros, para querer hacer deposiciones, pero solo retorcijones de barriga era todo resultado, el dolor de

cabeza continuaba pero para su felicidad se quedó dormido y cuando ya habían llegado al Cuzco fue despertado por el ayudante, diciéndole que se baje que ya habían llegado al destino final.

Todavía desconcertado medio aturdido y un poco deshubicado se bajó del camión y los primeros pasos lo hicieron reubicarse y tomar completo conocimiento de las cosas. Así que fiel a lo ordenado se dirigió a la casa comercial de la avenida el Sol y al preguntar por el nombre que estaba en el sobre, después de responder a determinadas preguntas y decir su procedencia, en compañía de un empleado llegó donde el destinatario y al decirle que venía de parte de don Carlo de los lavaderos de oro, respondió:

–¡Ah! entonces tú debes traerme algo.

Gavino bajó su lliclla y sacó la botella de oro lacrada y después de revisarla, escribió en un papel y lo introdujo en un sobre y le dijo a Gavino.

–Lleva esto a don Carlo.

–Un momentito señor, a mi me da Ud. un recibo de la botella de oro lacrada que le he entregado.

–No te preocupes, ahí en ese sobre le estoy diciendo a tu "patrón" que recibí el oro.

Ya también entono más subido Gavino respondió:

–A mi no me importa que en la carta le diga a Don Carlo que ha recibido el oro; yo le he entregado el oro y a mi me dá el recibo o me llevo la botella – Y don Carlo tampoco es mi patrón ni nadie es mi "patrón", además, yo solamente quiero un recibo que conste que le he entregado la botella con oro y un sello de esos que tiene ahí. (señalando los que estaban encima del escritorio).

–Bueno muchacho, te voy a dar tu recibo.

Escribiendo la recepción, preguntó:

-Como te llamas para hacer el recibo?
–Gavino
–Toma Gavino, acá está tu recibo firmado y sellado, como tu quieres y para que lo sepas muchacho no me he enojado, al contrario me gustaría que mis empleados sean como tú
–Gavino recibiendo el recibo, leyendo lo dijo:
–Gracias señor, hasta la vista.

Salió de este establecimiento y se dirigió a la casa de don Carlo donde al llamar a la puerta, habrió la misma esposa y al decirle que era Gavino el paisano de su esposo le dijo;

–¡Pasa! ¡Pasa! adelante. ¿Me has traído algo?
–Si señora, acá le traigo este frasco con oro, y estas cartas.

La señora recibiéndole, le dijo:

–¿Qué te pasa, estás muy pálido?

Gavino explicó las causas de su estado y la señora solícita le dijo:

–Entonces recuestate, te voy a traer una pastilla que es muy buena, enseñandole un sillón y pronto regresó con un vaso de agua tibia y una pastilla que dijo era sulfaguanidina o algo parecido. Parece que al poco momento alivió un poco el dolor del estómago y cabeza. Regresando la señora con un plato de caldo, insistiendo a que lo tomara y mientras lo hacía, la señora preguntaba y preguntaba lo que acontecía en el corte y al saber la desición de Gavino de regresar esa misma noche a los lavaderos, la señora trató de convencerlo que se quedara y que se fuera el lunes próximo, que debería curarse y regresar sano

y bueno, pero él terco, decidió de firme que iba a regresar quizá también porque no quería estar en el Cuzco el día domingo por temor a encontrarse con algún compañero de clase y no le gustaba recriminaciones, ni responder preguntas que hubiera tenido que mentir para no decir lo que había pasado. Así que lo único que accedió fué a quedarse hasta la media noche, hora de partida de los camiones a Quince Mil, y se recostó en una cama, tiempo que fue aprovechado para que la señora escribiera una extensa carta y hacer una pequeña encomienda.

EL REGRESO

A eso de la una de la mañana, fué despertado y la esposa de don Carlo le entregó una carta y un paquete de ropa para que lleve a su esposo. En vista de la hora, se despidió y apurado se dirigió al paradero de los camiones en Limacpampa, donde se subió al camión que escogió para viajar a Quince Mil, como el camión también llevaba carga, se acomodó en un hueco de la mercadería pareciera que la pastilla que le dió la esposa de don Carlo le calmaron las llamadas de su estómago, pero el dolor de cabeza persistía, al poco tiempo de estar encima del camión se quedó profundamente dormido y solo despertó en Urcos, cuando el ayudante del camión le dijo que estaban en Uros y si deseaba tomar desayuno. Pidió carne asada un buen trozo, café y un pan enorme que venden en ese lugar; pero a la carne no le sentía ningún gusto y la azúcar que le hechó a su taza endulzó demasiado a su café, no obstante sólo le hecho 2 cucharaditas, hasta el pan que en el primer viaje le supo exquisito, ahora tampoco le hallaba sabor a nada y en estas condiciones comió la mitad de lo que le sirvieron y devolvió el resto, aprovechó el tiempo de parada para comprar 4 panes grandes y para ir hacer de aguas, pero solo logró orinar.

El camión emprendió nuevamente el viaje y después de muchas paradas para recoger o que bajen pasajeros, llegaron a

Ocongate. También aquí pidió almuerzo y solamente logró probarlo y dejó el resto. De este punto hasta Quince Mil, durmió todo el trayecto y cuando le dijeron que pague el pasaje se dió cuenta que estaba en Quince Mil, directamente se dirigió al hotel de la señora de Abancay.

–¡Ah! caramba muchacho, Tan rápido de vuelta?

–Si señora, solamente fuí al Cuzco a traer unos encargos para don Carlo que aquí se los llevo señalando su lliclla.

–Otra cosa señora, vengo para que me haga el gran favor de guardarme mi frazada y me alquile una cama, que quiero dormir bien que mañana voy al Tunquimayo.

–¿Tienes dinero? dijo, para pagar el cuarto? o te preparo una cama en la cocina?

–Claro señora que tengo dinero!!, no le dije que vendí 15 gramos de oro? casi no gaste mucho y puedo pagarle el cuarto con una buena cama.

–No lo tomes a mal hijo, lo que te he preguntado, te voy a dar la mejor cama, ¡ah! también tengo comida para los alojados.

–¿Quieres que te sirvan comida!

–Como no señora! primero présteme un lavatorio para lavarme.

La comida la comió por condecender a la señora que se encontraba cerca y de cuando en cuando lo miraba, pero cada vez que pasaba un bocado, hacía esfuerzo como si se estuviera atorandose, al terminar pagó la comida y el cuarto y al ir al silo o hueco que se usa para las necesidades corporales, solo retorcijones de barriga con fuertes dolores y casi nada defecó. Todavía con el dolor de estómago y un poco de la cabeza, durmió hasta el amanecer, cuando tubo que ir de urgencia nuevamente al silo.

De desayuno pidio un buén churrasco, pan y café con leche, ahora por más esfuerzos que hizo, no pudo terminar todo

lo que le sirvieron, así que después de pagar se alistó para su viaje, buscó su bastón en el lugar que lo escondió y partió.

Sentía además del dolor de cabeza y los retorcijones de barriga un malestar cada vez más creciente, pero su juventud se imponía y caminaba; pasó por el primer campamento sin parar y llegó al cruce de los ríos, no obstante haber caminado fuerte apenas sudaba y cuando entró al primer cruce del rio sintió frio, pero sentía calentura y como más avanzaba, la fiebre comenzó a subirle y parecía marearse, pero tenía que avanzar y así llegó al campamento del Quitarse y como para reponerse del cansancio, porque ahora si sentía cansancio, pidió de comer y fueron yucas sancochadas con mate de yerbaluisa lo que le presentaron, no llegó a comer las yucas y solo tomó el mate y pidió otro, como todavía le faltaba un buen trecho del camino pagó y siguió su viaje, pero ahora la fiebre le había subido más y por primera vez después de estar casi medio año en la selva comenzó a oir el chirrido que hacen unos animalitos que nunca los conoció, pero el ruido provienen desde las copas de los árboles donde habitan y su ruido que hacen, que en anteriores oportunidades es un ruido normal, propio de los tantos que se escuchan, ahora cada vez se hacía más insoportable, tanto así que, así se tapaba los oídos siempre los escuchaba y en varias oportunidades primero paraba de caminar y decía:

–Donde estan carajo? dejen de hacer bulla o los voy a matar! y cuando se daba cuenta que hablaba al vacío seguía su camino para nuevamente parar y repetir maldiciones y amenazaba a esos animalitos llamados quizás por el ruido que emiten "chicharras" pero como dijimos más antes nunca tuvo la oportunidad de conocerlos y solo sabía de ellos por su ruido. En estas condiciones caminaba Gavino por la trocha y el destino lo hizo recobrar la conciencia, ya que una rama de una planta llamada "uña de gato" con sus espinas encorbadas lo contuvieron después de arañarlo del bivirí y lliclla, ya que se había salido de la trocha a buscar a esos animalitos invisibles que hacían mucho

mas ruidos que cien aserraderos eléctricos trabajando juntos y dentro de su cabeza retumbada tanto que querían tumbarlo, pero esa conciencia recobraba lo hizo sobreponerse y regresó a la trocha a seguir caminando y cuando ya nuevamente se quería salir de la trocha maldiciéndolos, el instinto de conversación se sobreponía y por momentos corría felizmente por la trocha para así librarse del ruido y así en esta situación llegó al rio Tunquimayo y de ahí al campamento de don Carlo y lo único que recordó, fué que Román le salió al encuentro y después entre sueños recordaba que don Eduardo le levantaba la cabeza!

–¡habre la boca! ¡habre la boca!

Y se quedaba dormido, hasta que ya un poco más consciente al abrir los ojos y preguntar a don Eduardo, quién era la única persona que vió.

–¿Qué día es hoy?

–Duerme no más hijo, duerme.

–Todavía no dormía, pero se sentía amodorrado, y en esa semi-inconciencia que se encontraba, alguien le preguntó a don Eduardo.

Y, ¿cómo va el enfermo?

–Yo creo que está mejorando y parece que ya no muere.

Después de un tiempo que no pudo calcular, volvió Gavino a decir a don Eduardo que permanecía cerca de él.

–Don Eduardo, tengo hambre!

–Vaya hijo, ya era tiempo que hablaras, pero no te sientes, quédate hechado, que todavía no estás bien, parece que todavía tienes un poco de fiebre, pero ¿me has dicho que tienes hambre? ¿Verdad?

–Sí don Eduardo,

–Espera un momento que te voy a traer algo para que comas.

Bajó don Eduardo la escalera y después de un rato regresó tostado y sancochado con sal, de agradable, no digamos que fué un potaje, pero don Eduardo dijo que debería comer comida

un potaje, pero don Eduardo dijo que debería comer comida suave y eso era lo indicado; terminaba ya de comer e hizo su aparición Román.

–¡Paisano! ¡ya estas bien!.

–Yo creo que sí, pero don Eduardo no quiere que me levante.

–Si el lo dice, debes de obedecer, porque no hay en toda esta región alguien cómo él, entendido en curar toda clase de enfermedades es por eso que ni bien llegaste y como estabas tan mal, que no sé como llegaste, le dije a don Carlo, para ir a buscar a don Eduardo y así medio borrachito me lo traje y desde hace tres días no se ha movido de tu lado ni ha tomado una sola copa, a excepción de cuando iba a buscar las cocomas, que es el único líquido que has probado (cocoma, es una fruta silvestre que nace en la orilla del río y es una planta parecido al capulí); y otras yerbas.

–Bueno paisano, te dejo porque tengo que ir al corte, procura descansar.

Después de conversar con Román, Gavino nuevamente se quedó dormido y despertó al otro día, como si se hubiera acostado la noche anterior, porque ya no tenía fiebre ni nada que lo molestara.

El silencio reinaba y podía ahora escuchar el sumbar de algunos bichos o el canto de otros pájaros; y sólo tenía sed y en un costado donde estaba hechado encontró una olla conteniendo el líquido del que le habló Román y un jarro, al tener cierta dificultad en hechar el líquido al jarro, opto por meter el jarro a la olla y así sirvió el agua aplacando su sed. ya estaba pensando en bajar y apareció don Carlo por la escalera.

–Hola paisano, que buen susto nos diste.

–¿Ya estas bueno?

–Ya don carlo.

–Un poco más y te hubiéramos botado al río, o a lo mejor

quemado, porque la gente estaba murmurando que tenías fiebre amarilla, pero no te preocupes te estoy hablando en broma, yo sabía que sanarías y a propósito, cuéntame ¿cómo te fué en el viaje?

Haremos un paréntesis para explicar las palabras de don Carlo "Un poco más y te hubiéramos botado al río o quemado, porque ya la gente estaba murmurando que tenías fiebre Amarilla" y estas palabras se interpretan: que todo aquel que se enferma gravemente o muere repentinamente es incinerado, y aquel que presenta signos o síntomas de Fiebre Amarilla, Lepra, Viruela Negra, Uta u otra enfermedad sospechosa, se le hace lejos del campamento, generalmente a unos 200 ó 300 metros de distancia, una Cobacha donde debe permanecer solo sin salir de ella, la comida se le lleva en depósitos no retornables, generalmente hojas de plantas, y los líquidos en tarros de cualquier alimento que se desocupan, pero esto no por mucho tiempo, salvo el caso que el enfermo tenga un familiar muy cercano, que le lleve los alimentos, y aún así el miedo al contagio es tan fuerte que los hace acobardar de tener que acercarse a la Cobacha, ya que también en algunos casos un olor fétido escapa a todo el contorno de esa vivienda, pestilencia ocasionada por las heridas de el enfermo en los casos de tener Viruela Negra, como se le decía a las erupciones que presentaban en el cuerpo, ciertos enfermos y de seguro más de las veces hubiera sido una enfermedad benigna, pero por esos lares, jamás hubo un especialista que diagnosticara la enfermedad del paciente, y generalmente era el clamor de los peones, los que hacían aislar a los desgraciados que deberían ir a la Cobacha. Cuando la comida que se le dejaba al enfermo, no era recogida, cosa que se notaba al llevarle la siguiente comida, era señal de que el enfermo había muerto, y en previsión de que se desate una epidemia, los capataces hacían rociar de Kerosene la Cobacha y le prendían fuego; cuentan que muchas veces se habían oído gritos humanos salir de la Cobacha incendiada. Y en esta oportunidad o sea la enfermedad de Gavino, ya los peones murmuraban y se

hacían los remolones por temor al contagio diciendo que era "Fiebre Amarilla" y que los podía contagiar a todos; pero tanto Don Eduardo como Román calmaban a la gente y aseguraron a don Carlo, que no era fiebre amarilla la que tenía Gavino y pronosticaban su pronta mejoría.

Gavino, narró a don Carlo todos los pormenores desde la salida con el capatáz y don Carlo aprobaba moviendo la cabeza y terminó Gavino su relato diciendo:

-Don Carlo, en mi lliclla dentro de la bolsa de jebe estaba una encomienda que su esposa le mandaba, además unas cartas y otra carta del señor que entregué el oro y el recibo que me dió a mi y el vuelto que me sobró de los 15 gramos de oro.

–Todo lo que me has mencionado estaba completo, además de unos panes y de paso te felicito por lo bien que has hecho, pero parece que no supieras comer. ¿Cómo se te ocurre comer huevos fríos, plátano y chicha? ahí no más has podido rebentar, pero ya pasó todo. ¿Quieres bajar?

–Sí don Carlo, quiero ir al baño.

Ayudado por don Carlo bajó y se sentía sólo mareado al caminar pero haciendo todo con lentitud subsanaba esa anomalía.

Se dirigió al corte y encontró a Román sentado en una piedra vigilando a los peones y al verlo, corrió y abrazó a Gavino como si recien llegara del viaje, después del abrazo efusivo, Gavino contemplaba a los peones que sudorosos trabajaban haciendo sonar sus herramientas contra el terreno pedregoso que trabajaban y pensaba;

–¡Pucha que trabajamos como esclavos! y le dijo a Román;

–Oye paisano, ¿y no hay forma de ayudarlos?

–Como ves, de mi parte yo no les exijo, ellos trabajan solos y también todos los días le doy a las cocineras charqui y un poco

más de víveres para que cocinen y ellos se dan cuenta y me agradecen trabajando sin que tenga que apurarlos.

–Paisano, ¿y dónde está don Eduardo?

–Búscalo, debe estar durmiendo por algún lado del campamento, porque se ha tomado sus tragos cuando ya vió que tú estabas fuera de peligro, porque como te dije más antes, en los 4 días que estuviste muy enfermo, ni de día ni de noche durmió por estar a tu lado y ahora la ha agarrado por todos esos días.

Regresó Gavino al campamento después de despedirse de Román, después de mucha búsqueda encontró a don Eduardo durmiendo bajo la ramada de la fragua; sentado Gavino en la piedra de prueba de las herramientas, esperó pacientemente 3 horas a que se despertara, y sus primeras palabras fueron:

–No me digas nada hijo, ya sé porqué estás sentado a mi lado, se también cuánto tiempo has estado esperando y cuidándome a que despierte, pero lo que te voy a decir no es mas que la verdad "Dios hizo hijo" que todavía siguieras viviendo, yo solamente ayudé un poquito y la satisfacción de poder ayudar al que necesita, colma todas recompensas, pero ahora en el caso tuyo para que lo voy a negar, siento doble satisfacción, primero la de haber contribuido a que sane a una persona y segundo, que seas tú precisamente esa persona a quien quiero como a un hijo.

Gavino no pudo decir ninguna palabra, porque un nudo en la garganta se lo impedía y sólo las lágrimas que le chorrearon de los ojos revelaban la inmensa gratitud que guardaba hacia don Eduardo.

ENFERMEDAD DE ROMAN

Los día siguientes, un poco débil, convalesciente de la enfermedad sufrida, Gavino todavía permanecía en el campamento de don Carlo, también alentado por él diciéndole; "reponte bien si es como ya veo que quieres irte", porque las recaídas son peores que la enfermedad; pero para no ser un zángano y conocedor de los trabajos del corte, se preocupó de aumentar el agua de la acequia, ya un poco más repuesto; arreglaba herramientas con Ceferino al que por más que le enseñaba que los 2 eran personas con los mismos derechos y por más explicaciones, inclusive Gavino le dijo:

–Tú ceferino, mereces mi respeto, porque eres mi mayor y eso me enseñaron, respetar a los mayores.

–Pero para evitar la conversación se hacía el que no entendía castellano y sus respuestas no variaban, a cualquier pregunta: "se papay", pero siempre solícito se adelantaba a Gavino a servirle o cooperar en cualquier trabajo.

También Gavino, barrenó piedras y las dinamitó y de alguna manera se ganaba la comida y agradecía el trato que le dispensaron en su enfermedad. De esa forma hacía tiempo a que retorne el capataz y poder irse con Román a trabajar por cuenta propia.

20 días duró el regreso del capatáz, hasta que una tarde llegara con 15 hombres para trabajar en el corte, que ya solamente contaba con 8, que por diversas circunstancias habían quedado en ese número.

El campamento cambió de fisionomía con la llegada de gente nueva; ahora las penurias de los recién llegados hacían recordar a Gavino las que él pasó en los primeros días de trabajo

y el idioma era la barrera con la que chocaba para poder ayudarlos con buenos consejos y experiencias.

El capatáz haciéndose el agraviado, quiso recriminar a Gavino por haberlo dejado en Yanaurcos, pero este aleccionado por Román previniendo la reacción del capatáz, aconsejó a Gavino no contestar ninguna palabra y evitarlo, pero en ningún momento descuidarse de cualquier agresión y así lo hizo. Como por la llegada del capatáz Román quedó libre, ambos Gavino y Román se despidieron de don Carlo y la gente conocida y se dirigieron a su campamento para seguir trabajando como de costumbre, cuando fueron interrumpidos al ser llamados por don Carlo.

El campamento se encontraba limpio, ya que Gavino había venido en varias ocasiones a "darle la vuelta" y de paso a hacerle limpieza y bastante humo debajo de la casa para espantar alimañas.

El trabajo se reanudó en completa alegría, pero Román por su parte cada día se le veía más demacrado, la tos no lo dejaba, llegando a esputar con rasgos de sangre, achacándole este, al esfuerzo que hacía para toser, pero aún así el trabajo marchaba bien, de acuerdo a lo planeado; el oro iba apareciendo aunque en poca cantidad, pero por los cálculos, alcanzaba para los víveres y sobraba para ahorrar.

Como siempre los Domingos se iban a pescar al río y el resultado de la pesca, no podía ser mejor, por lo que Gavino, separaba unos pescados y los llevaba donde Don Eduardo y de paso conversaba con él, interesándose por su salud, el Caballero tampoco perdía tiempo y enseñaba a Gavino las formas de triunfar en el ambiente en que vivían, ya que vivir en las condiciones que lo hacían, era un triunfo llegar a la noche de cada día evitando los mil peligros que encierra la Selva y como dijimos mas antes, la misma noche también tenía sus peligros,

ya que los murciélagos chupadores de sangre, en forma silenciosa y veloz, pasaban volando casi rosándole al que duerme para asegurarse el sueño profundo de éste y si lo encuentran con los pies descubiertos, era de seguro que ahí sí era mordido, por este quiróptero. Don Eduardo, no obstante ser aficionado a la bebida, sus concejos siempre comenzaban, hablando de los estragos que causa en el organismo el alcohhol, y decía que buscar refugio en esta bebida, para divertirse o también para olvidar una pena, era como firmar un trato con el Diablo "Yo te divierto" "Yo te hago olvidar tus penas, pero tú me entregas tu alma", ya no hay manera hijo de librarse del alcohol, de este vicio que lleva primero a la degeneración y después a la muerte, decía, también que si todo el oro que ha gastado en la bebida, lo hubiera ahorrado tendría suficiente dinero como para vivir sin ningún apuro y le habría sobrado para ayudar a los demás, pero como me ves hijo yo también firmé ese contrato tácito con el Diablo y no me queda más que esperar a que Dios se apiade de mí y me recoja antes que el Diablo.

Ganas no le faltaban a Gavino de preguntarle a Don Eduardo cómo empezó a beber el alcohol pero prefería ser prudente y respetar lo que no quería hablar, porque a Don Eduardo le guardaba el más profundo respeto y cariño, ya que aparte de ser una persona mayor y que de no ser por él, quiza hubiera estado calcinado junto con la Cobacha que le hubieran preparado, y ya también olvidado, porque ni las cenizas quedarían para marcar el lugar de su cremación, porque las lluvias y la forestación se encargarían de borrar todo vestigio, salvo que en Aplao estaría siempre una madre esperando ver de nuevo a su hijo; además también Gavino nunca tuvo un padre que lo guiara, ya que lo perdió al año y medio de nacido y miraba en don Eduardo "el Padre" que no conoció y no hallaba la manera de halagarlo, es por eso que cada vez que podía lo visitaba, pero se sentía impotente ante la Naturaleza, ante la vida, ya que si de él dependería, gustoso le regalaría su juventud o le daría la vida, porque personas como Don Eduardo no merecen morir, que si

la bebida lo ganó, ha debido ser muy grande la causa que lo venciera a este gran hombre; A veces también le contaba a Gavino de su Lima, de sus estudios, apenas de su familia, pero se callaba cuando ya iba a hablar el motivo de la salida de su tierra (Lima) o el porqué dejó sus estudios, para internarse en esa parte de la Selva, cuando llegaba a este punto se iba a su cama a dormir y ya no hablaba.

Un día muy temprano, llegó don Eduardo trayendo unos platanos, había estado conversando con Román en el pozo que lavaba el oro con quien se entrevistó primero y al llegar Gavino con su lata de material al hombro, ni bien lo vió, apresurado bajó su carga y fué a abrazar al respetado visitante, alegrándose de tan grata sorpresa, que fué correspondido por don Eduardo. Después de la euforia del encuentro, don Eduardo habló muy solemnemente, diciendo: que aparte de la visita de cortesía, había venido a ver a Román, ya que en el campamento de don Carlo, ya se había dado cuenta de la enfermedad de él, pero ahora ya aseguraba y le dijo:

–Román, discúlpame la forma, pero tanto a tí como a mí, la selva nos ha hecho duros, y debo decirte que tú estás enfermo, muy enfermo, tienes "tisis" tu enfermedad es contagiosa y en este ambiente no hay forma de curarse, así que te recomiendo que te vayas, que salgas de la selva y vayas a vivir a la sierra, el clima seco de la sierra es el mejor para tu enfermedad y con buena alimentación, buen clima y tratamiento médico especializado puedes sanar y hasta regresar a seguir trabajando por estos lares, ya se que tanto a tí como lo que me pasa a mí, la selva la llevamos en las venas y no hay lugar en el mundo que vivamos con mayor libertad que aquí, que aunque el trabajo es arduo; todo lo que nos rodea es sincero, porque hasta la vibora más venenosa, si tú no le haces daño, tampoco te lo hace a ti ella, en fin tu me comprendes, por algo estamos tantos años en lo que otros llaman el "infierno verde", pero para nosotros es todo lo contrario y como te digo, cuando te cures puedes regresar, pero ahora, es obligado que salgas y vivas en la sierra.

Román por su parte recibió todos estos consejos en forma callada y al final dijo:

–Don Eduardo, yo ya sospechaba mi enfermedad, pero trataba de vencerlo y yo mismo me mentía, haciéndome el valiente y vencer mi mal; pero eso sí, desde que trabajo con Gavino, he tratado que él no se contagie, nunca le he hablado directamente, siempre lo he hecho volteando la cara y no he dejado que mis utencilios de la comida se mezclen con los de Gavino.

–Pero Román, todo lo que me dices y mucho más, no es suficiente para evitar el contagio de tu enfermedad, por mi parte no me contagian ninguna enfermedad, porque las conozco de cerca a todas las que dá por estos lugares, desde la lepra, la viruela negra, la uta, fiebre amarilla y tu enfermedad es la que más abunda; yo estoy inmune a todo, pero Gavino es todavía un niño y muy propenso a contagiarse.

–Bueno don Eduardo, voy a hacerle caso, pero déjeme pensar unos diitas.

–Trata de decidirte lo más pronto posible, porque como te digo he tratado todas las enfermedades y sé las consecuencias de ellas.

Don Eduardo se quedó en el campamento por una semana, haciendo las veces de cocinero y tratando de convencer a Román de que abandone el lugar y dando pautas para evitar contagiar a Gavino.

Así también enseñando al muchacho los secretos de la selva, por su parte Gavino se dió maña de que se quede con ellos don Eduardo esa semana, fué con la disculpa de ir al almacen a comprar leche y otras cosas, traer 4 botellas de cachaza para don Eduardo; pero cuando ya don Eduardo se decidió a irse, lo hizo, recalcando que no se olvidara de sus recomendaciones.

El trabajo continuaba pero Román poco a poco perdía la alegría y solo en las noches la guitarra hablaba por él, sus notas eran tristes y melancólicas, Gavino entendía el mensaje perfectamente porque eran de despedida, de amor profundo a esos lugares, de sinceridad, de agradecimiento, de dolor de dejar su campamento, que con sudor lo construyó y, porque la selva corría junto con su sangre por sus venas y la guitarra narraba la feroz lucha que se desarrollaba en el interior de Román, porque decían las alternativas, la de quedarse y que un golpe de suerte lo ayude a regresar a su tierra como triunfador y ofrecer a su Elena su esfuerzo como rpueba de su inmenso amor, aunque de por medio estaba morir antes en el intento o abandonar esa tierra (selva) para ir a la sierra todo derrotado, solo con la esperanza de seguir viviendo. Román nunca lloraba pero su guitarra lo hacía por él.

Cual sería el sueño de esa noche a una semana de haberse ido don Eduardo, que después de tomar desayuno Román dijo:

–Sabes hermano, he decidido obedecer a don Eduardo y me voy a la sierra a hacerme curar, todavía no se si voy a Sicuani o al Cuzco, pero de todas maneras me voy, porque también veo que tu estás trabajando por mí y eso va contra mis principios, si somos una compañía debemos aportar por igual.

–Pero Román, si tu enfermedad te impide rendir como yo, eso no es para que te sientas menor o, cuando yo estuve enfermo, acaso pude aportar en algo al trabajo?

–Lo mío es distinto, pero te prometo que tan luego esté sano regreso para que sigamos trabajando juntos. Román trajo el frasco donde guardaban el oro que habían conseguido hallar juntos y vaciándolo sobre una hoja doble de un cuaderno con la mano dividió en 2 montoncitos, quizá el peso total de las 2 partas alcanzarían a 200 gramos y dijo a Gavino:

–Hermano, escoge cualquier montoncito que es lo que te corresponde, porque esto es todo el oro que hemos encontrado trabajando juntos.

Gavino en respuesta, con la mano juntó todo el oro e hizo un solo montón diciendo:

—Dísculpame hermano, pero llévatelo todo porque tú lo vas a necesitar con más urgencia, y en la sierra no vas a tener de donde sacar dinero, en cambio yo aquí voy a seguir trabajando, lo que no vas a poder hacer hasta que estes sano.

-De ninguna manera me voy a llevar tu parte de oro.

–Pero Román, acá tengo viveres y puedo hallar en cualquier momento mas cantidad que esta y no necesito oro para nada.

Pero la insistencia de Román continuaba por lo que Gavino optó por agarrar una charpita de oro de mas de un gramo y dijo:

–Bueno hermano, esta es mi parte y no insistas y llévate el resto del oro.

–Cuando regrese te voy a devolver tu parte, así que si me llevo el oro que sea como un préstamo, pero las lágrimas de Román lo delataron que lloraba internamente por agradecimiento.

Acordaron viajar al día siguiente y que Gavino acompañaría a Román hasta Quince Mil, así también la de seguir trabajando juntos cuando Román regrese sano de su enfermedad, esa noche la pasaron en silencio y ya la guitarra estaba amarrada en su bolsa.

Muy temprano al otro día partieron, no sin antes Román dar un recorrido por todo el campamento como despidiéndose. Gavino no dejó que Román lleve nada y cargó hasta la Guitarra metida en su bolsa enjebada y para no perder tiempo en los campamentos del camino, llevaron galletas y leche condensada de fiambre; fueron los cruces de los ríos lo que más demoró, ya que Gavino pasaba primero, dejaba las cosas y regresaba a ayudar a Román y prácticamente en vilo hacerlo cruzar el río ya que la corriente era fuerte y podía tumbarlo al no tener fuerza

para contrarrestarla y así con otros pequeños inconvenientes, pudieron llegar a Quince Mil cuando ya la noche se avecinaba. Felizmente en el hotel donde tenía guardado su frazada Román, les prepararon comida y ya con el estómago lleno buscaron un camión que llevaría a Román a buscar el remedio para su enfermedad. Hasta que el camión partió a la una de la mañana, estuvieron juntos a veces conversando y a veces callados y cuando ya el camión anunciaba la partida. Gavino abrazó fuertemente a su amigo-paisano-hermano, haciéndole prometer que escribiría y hasta que las luces del camión desaparecieron de su vista Gavino estuvo parado en medio de la calle, después se recostó a la pared de madera de una casa y durmió el resto de la noche, despertando a cada instante para hacer cálculos donde estaría ya Román.

GAVINO TRABAJA SOLO

El siguiente día después del viaje de Román, Gavino decidió quedarse en Quince Mil para hacer unas compras de víveres que ahí estaban a precios regalados en comparación con los que tenía que pagar en los ríos y también se quedó ese día para preguntar en la oficina de correos si hubiera carta para él, como en ese lugar a nadie le llamaba la atención ver a una persona vestida de calzoncillos y bibidí, pasó desapercibido y tan luego abrieron la oficina postal, entró a preguntar carta a su nombre; grande fue su sorpresa de haber una a su nombre, pero aunque no pudo acreditar que así se llamaba ya que su partida de nacimiento la había dejado en el campamento, comprensivo el señor del correo le dió la carta al decir Gavino que podría ser carta de su mamá que vivía en Aplao, a quien había dado su dirección en una oportunidad que mandó una carta a ella con Román i el matasellos provenía de su tierra Aplao.

No esperó siquiera a salir de la oficina de Correos para romper el sobre y ansioso de las noticias que le traería, leyó su

contenido:

"Aplao, Diciembre de 1950

Señor Gavino...

Querido y recordado hijito. Dios y la virgen del Carmen, quieran que te encuentres bien de salud, ya que le rogamos todas las noches por tí hijito; nosotras por acá confundidas al no haber sabido tu paradero y como siempre, trabajando fuerte y será hasta que Dios nos dé vida y salud. No sabes hijito lo que hemos pasado cuando recibimos una carta del Director del Colegio, comunicándonos que habías abandonado tus estudios y que no sabían tu paradero, 3 meses estuvimos que no sabíamos qué pensar, se nos hizo un mundo de preocupaciones, hasta que felizmente recibimos tu cartita y aunque ya consolados un poco, solo al saber tu paradero, seguimos preocupados por tí, porque sabe Dios que estarás pasando y como nos dices que estás trabajando con don Carlo ahí en le selva, nuestras oraciones son también para resar al Señor por él, para que lo tenga presente y lo ayude en su trabajo, como también le dé muchos años de vida por haberte ayudado hijito; y tu debes de saber corresponderle, siendo siempre como te hemos enseñado y dado ejemplo, honrado, trabajador y agradecido. También queríamos decirte hijito, que si no estás bien, si no te acostumbras ahí, te vengas por acá, que de alguna manera te ayudaremos, porque ya que has decidido no seguir estudiando, podríamos ver una chacrita para arrendarla y trabajes en ella o tu veas otro trabajo el que a tí mejor te parezca, que siempre te ayudaremos, porque hijito, que mejor trabajar cerca de nosotras que somos las que más te queremos en el mundo, ¡veníte aca hjito! que aquí malo que bueno no falta nada, ya que también pensamos, si te pasara algo nosotras no sabríamos nada, estando tan lejos hijito. Le hemos escrito a tu hermano José contándole lo que has decidido y donde estas, para que sepa también tu paradero y te aconceje como hermano mayor.

Ahora hijito nos despedimos de tí, rongando siempre al Señor y a la Virgen del Carmen te conserve sanito para que

podamos verte y abrazarte de nuevo muy pronto. Recibe muchos besos y bendiciones de parte mía y de tu hermana Olga. Manuela.

P.D. Contéstanos lo más pronto posible.

Para poder saborear, entender, comprender, desifrar y porque no decirlo, gozar, del contenido de la carta, Gavino le leía y releía una y mil veces y siempre encontraba la palabra "hijito", le sonaba bonito la palabra, lo alagaba, lo perdonaba, lo ensalsaba, pero acostumbrado al trato de esclavo, que tuvo que soportar en el Corte de don Carlo, aveces esa misma palabra "hijito" le parecía una burla, o engaño porque ¿cómo puede ser posible que un muchacho escapado del Colegio, que con tanto sacrificio de parte de su madre haya hecho para que estudie y sin embargo todavía le digan "hijito", él se sentía culpable de haber desobedecido a su Mamá, y pensaba que truncó las esperanzas de su mamá de ver a su amor filial venció sobre todas sus dudas, y agradeció primeramente a Dios de tener la Mejor Madre y pese a la que le hizo, lo seguía llamando "hijito", así que arrodillándose y mirando en dirección donde suponía quedaba su Aplao y estaba su Mamá, gritando lo que daba su voz "MAMACITA LINDA" "PERDONAME POR LO QUE HICE" YO TE QUIERO MAMITA MAS QUE A NADIE EN EL MUNDO, PORQUE SOY EL HIJO DE TUS ENTRAÑAS Y TU MI MAMA ADORADA. Luego de estas palabras las lágrimas de Gavino rodaban incontrolables por sus mejillas para perderse en el suelo.

El regreso al corte fué en silencio y triste, antes de llegar a su campamento se dirigió a la choza de don Eudardo a quien le había comprado 2 botellas de buen pisco de uva en Quince Mil además de víveres. Por su parte don Eduardo agradeció lo obsequiado y antes que se marchara recalcó lo recomendado, que todo lo que hubiera usado Román sea incinerado pero insistió a que pasara la noche en su choza para que coma una buena comida con los víveres traídos por Gavino.

Así que esa noche conversaron bastante, don Eduardo de cuando en cuando tomaba su trago de cachaza, este último tuvo que ir Gavino a comprar del almacén cerca a la choza, porque respecto al pisco traído de Quince Mil don Eduardo agradeció lo mejor que pudo las buenas intenciones de Gavino, pero se disculpó de beberlo diciendo que "ese licor era demasiado fino para su garganta" y que prefería la "cachaza".

Gavino también se dió cuenta que don Eduardo tenía dificultad en caminar y en hacer las cosas y no obstante había aprendido a no hacer preguntas, su preocupación por la salud de don Eduardo pudo más y le dijo:

–Don Eduardo, ¿no sera reumatismo lo que le impide andar o moverse con agilidad?

–Aprende hijo a callarte y no sacar conclusiones apresuradas, ni mucho menos a preguntar sobre la salud de los demás, porque el que te pregunta, en tu delante, demuestra congoja y en la mayoría de las veces son falsas, pero a tí hijo que te preocupas verdaderamente por mí, si te contesto y te digo que lo que tengo, es el promedio de todas las enfermedades, sumado a mi vejez, que aquí en la selva nos envejecemos más rápido y también el licor que, como te habías dado cuenta ya no puedo dejarlo.

Al siguiente día, antes de irse Gavino, invitó a don Eduardo para trabajr juntos en el campamento de Román, pero se disculpó de mil maneras, Gavino comprendió que don Eduardo no estaba para soportar ningún plan de trabajo, aunque sea solo cocinando, porque él prefería vivir solo en su choza cerca al almacén donde de alguna manera, con el oro que lograba encontrar cuando estaba sobrio comprada la cachaza.

El trabajar solo fue lo más triste para Gavino, ya que no tenía con quién conversar, tampoco cantaba, ni silbaba como siempre lo hacía cuando trabajaba con Román, que realizaba su trabajo alegre, y ahora cuando llegaba con su lata de material para vaciarlo junto al pozo, creía encontrar a Román, inclusive le pareció verlo en repetidas oportunidades, sentado junto al pozo bateando el material que él cargaba, pero estas visiones se desvanecían apenas fijaba la vista en el lugar que creía verlo, pero en vista de tanta soledad, optó cada vez que llegaba con su

lata cargada al hombro, antes de vaciarla decirle al Román que él inventó ¿donde quieres hermano que vacée este material? o también a veces le decía:

"¿Qué te parece este material? ¿Es bien rico en oro?

Comprendía perfectamente que Román estaba muy lejos, pero no le importaba hacerse la ilusión de verlo, para tener con quién hablar.

Con respecto al primer almuerzo, fué su chasco más grande; respecto a las comidas no sabía cocinar y ahora tuvo que hacerlo ya que cuando había ayudado a Román sólo lo había hecho trayendo leña, atizando el fuego, a veces lavando las ollas y cargando el agua o alcanzando los condimentos que él le pedía, pero nunca tuvo la oportunidad de preparar una comida, pero ahora tuvo que hacerlo y como no se iba a achicar en hacer este menester, como un maestro experto cocinero, hizo hervir agua en una olla y le hechó manteca, charqui, fideos, arroz y sal; esperó que el fuego cocinaran estos ingredientes y el resultado hubiera sido una mazamorra sabrosísima de no mediar que no calculó la sal y resultó muy salada, per así comió su almuerzo y sobró la mitad de la olla para la comida de la tarde, sólo al otro día cuando fue a lavar la olla, se dió cuenta que en el fondo se había quemado la comida, así que se dijo, que debería mover el contenido de la olla cuando estuviera cocinando.

Con respecto a las cosas de Román, don Eduardo le había dicho que tenía que incinerarlas, por lo que quemó aunque con pena, la ropa de trabajo y otras prendas viejas que no llevó, pero cuando le llegó el turno a la cama, ya que Román tenía por cama un pellejo de borrego, gastado por los años que apenas tendría unos 2 centímetros de alto de lana, Gavino pensó que ese pellejito no le caería mal, así que en lugar de quemarlo, lo lavó con jabón de pepita varias veces y después lo dejó remojando por 3 días dentro del pozo, de ahí lo tuvo una semana tirado al sol para de esa manera según él desinfectarlo y así de esa manera después de medio año tuvo un pellejo que, aunque alcanzaba solamente para su espalda y de paso si regresaba Román, le devolvía su pellejo.

Don Eduardo, de tarde en tarde llegaba al campamento y muy paciente pese a estar bebido, enseñaba a Gavino cómo debería preparar los alimentos, pero en forma asolapada le aconsejaba que renunciara a trabajar solo en ese lugar y que como todavía era joven podría labrarse un buen porvenir fuera

de la selva, además le decía respecto al oro que era un metal el más sucio de todos y que solamente servía para envilecer a la gente, porque el que lo poseía se volvía déspota, orgulloso, prepotente, vanidoso y en sí el oro solamente un metal de él se hacen joyas, que solo son signos de riqueza que muy orondas los muestran especialmente las damas, en forma de brazaletes, anillos, collares, etc., sin saber su procedencia, que para poder ellas lucir esas joyas, mucha gente a dejado su juventud y muerto de una u otra forma, principalmente por las enfermedades que diesman a la mayoría y el que llega al final sólo es viejo y enfermo, aparte también de tanta muerte por robos, posesión de denuncios hasta "por quítame esta paja" se sucitan casos de peleas a muerte.

–¡O no te acuerdas Gavino, la primera vez que nos conocimos, si te hubieran agarrado esos peones borrachos ya no la hubieras contado, felizmente tu juventud y el estar sobrio te salvó la vida y así como ese caso, ocurren otros casos y como por esta parte las leyes las dictan los lavadores, quedan impunes los crímenes y con decir que el jaguar seguramente se lo ha comido, acaba la cosa.

Ahora también te diré, decía don Eduardo:

–No sólo de los lavaderos se extrae el oro, también se extrae de las minas, haciendo largos y estrechos socabones escarbando las montañas como topos, de igual forma que por aquí los peones son tratados como bestias sin ninguna consideración en el trato o seguridad personal, ya que el que no muere aplastado por derrumbes u otros accidentes de trabajo que en ningún momento es reconocido como tal, muere de neumoconiosis y todos los que trabajan dentro de esas galerías subterráneas están condenados a contraer esa enfermedad y lo más triste que ellos ya lo saben, que van a morir así pero la necesidad de llevar el pan a su familia puede más que todas las enfermedades, ¿no te parece que esos hombres son los verdaderos héroes?

–¡Claro que sí!, se respondía.

Luchan siempre contra la muerte a sabiendas que van a perder y al final mueren en el completo olvido, o ¿acaso has visto siquiera un monumento o algo parecido de un trabajador minero o chichiquero?

Y terminaba diciendo don Eduardo:

–¿Has visto que cochino es el oro?

Otras veces también aconsejaba a Gavino que abandone ese trabajo que un muchacho solo estaba expuesto a todo, aparte de las enfermedades, o mordeduras de algun víbora, porque

aquí en la selva, hasta las hormigas son peligrosas, principalmente de una hormiga llamada "sapanccari". El veneno de esta hormiga, que gracias a Dios siempre anda sola, es tan doloroso, que sólo emborrachando al paciente con uno o 2 botellas de "cachaza" puede disimular su dolor.

También ponía como ejemplo a Román, a quien conoció después de cumplir su contrato de trabajo, era un muchacho lleno de planes e ilusiones, fuerte, lleno de vida, y ahora has visto como se ha ido, no quiero decir que solo a morirse, ojalá que se cure, porque es un buen hombre. Y así como ejemplos y consejos decía a Gavino que saliera de la selva. También le decía que algunas personas han triunfado, pero ¿Acaso no has pasado por todos los tormentos de tener que estar agachado en el Corte tirando pala y pico, desde el alba hasta el anochecer?, mal alimentado, y lo peor del todo tratado como a una bestia de carga, sin ninguna conmiseración ¿te gustaría tener "oro" tratando a la gente de esa forma? Yo creo decía: Todo el oro que se obtenga de esa manera maldecido quizá por todos los asalariados que los hicieron estampar la huella digital en esos ignominiosos "Contratos De Trabajo", donde le inventan al pobre trabajador, números en su contra que ni tres contratos alcanzan para pagar, lo que debe el contratado o ¿acaso no te acuerdas también las veces que ha llegado por quí la pareja de Guardias Civiles, que según dicen vienen a verificar las planillas y que lo único que hacen es beber cerveza con los señores Lavadores y antes de irse son obsequiados con buenas charpas de oro y firmar las planillas, como encontrándolas siempre al día y legales?

–¿Te gustaría tener "oro" a costa de tantas maldiciones, sufrimientos y engaños?

–¿Te gustaría tener "oro" y reunirte con otros tenedores de oro y fomentar orgías, denigrando a otras personas que también merecen respeto? ¿Te gustaría?

Ya sé que me dijiste que querías el oro, para ayudar a tu madre y a toda tu familia, pero

–¿Te gustaría que ese "oro" tan sucio sirva para un fin tan noble?

–¿a costa de qué?

–¿Te gustaría ser como don Carlo, dueño de un corte con bastantes peones y que tu palabra sea ley?

–¡No don Eduardo!, respondía Gavino, yo quiero que el oro me cueste mi sudor, sea fruto de mi trabajo y no a costa de la desdicha de otros, de esa forma no acepto triunfar, prefiero mi pobreza, porque así como vé, los alimentos que me preparo no serán los potajes que se come en los grandes banquetes, pero para mí saben a gloria y como confidencia le diré don Eduardo, cuando hay veces que me sale rica la comida, digo rica la comida, digo rica porque es un poco más rica, porque toda la comida que preparo es rica, pero en este caso más rica me digo:

"bueno Gavino ya eres un experto cocinero" esto, cuando no está pasada de sal, ahumada o quemada.

SEGUNDO VIAJE AL CUZCO
(Comienza a Negociar)

El trabajo se realizaba en forma lenta, por más esfuerzos que hacía Gavino para agilizarlo, pero el tener que prepararse sus alimentos le quitaba valioso tiempo y el oro que había conseguido encontrar restado de los víveres que tuvo que comprar a precios tan altos en el almacén del río, era mínimo, pero como todo buen buscador de oro siempre está a la espera de una bolzonada o golpe de su erte y eso también le da ánimos para seguir en la empresa de buscar oro.

Pasaría un mes desde la ida de Román, una mañana se presentó don Carlo con su rifle en la mano acompañado de 2 peones, Gavino acababa de vaciar su lata de material junto a la poza de agua y se dió cuenta de las visitas inesperadas.

–¡Hola don Carlo! Buenos días.

–Cómo te va paisano

–Bie, don Carlo

–Ya, ya veo como estás trabajando, esa no es la forma, te vas a morir de viejo y no vas a conseguir más que miserias.

–Ya sé don Carlo, pero quiero consegu.r dinero para comprar uno o 2 canales y cuando llueva bastante, ese riachuelo se carga y teniendo los canales preparados puedo aprovechar para lavar todo el material que arrume y ahí si que voy a encontrar bastante oro.

–Lo que dices tiene algo factible, pero se necesita más gente y lo principal, que está en tu contra, hay que estar esperando que el riachuelo se cargue de agua, y si vas a estar a merced de que la naturaleza te dé agua, también está muy malo, lo principal para esta clase de trabajo es el agua y traer agua hasta aquí cuesta una muy buena inversión, definitivamente paisano no te augurio nada bueno en este lugar, podrá tener oro, pero como te digo lo principal es el agua, ahora también tu solo, no puedes hacer todo loq ue tu quisieras hacer como me dices.

–Es que también tengo que hacer tiempo hasta que regrese Román y con él si podemos realizar nuestros planes.

–Paisano, métete en la cabeza, Román ya no regresa más por estos lados.

–Pero él me prometió que cuando estuviera sano iba a volver.

–Hay fuerzas más grandes que la voluntad y Román ya no vuelve.

Ahora bien he venido a verte, porque no sabía nada de tí y adecirte también que quiero que nuevamente vayas al Cuzco y lleves oro a las mismas direcciones y de paso te voy a enseñar

como vas a conseguir más oro que el que hallarías en un año trabajando en este lugar y como quiero que mañana partas, alístate y vámonos de una vez a mi corte.

Gavino callado ordenó y escondió sus herramientas de trabajo, acondicionó los pocos víveres que tenía, se alistó para al otro día viajar al Cuzco. En la trocha de su campamento al de Don Carlo, caminaba en pos de éste y los peones tras él e iba pensando, "don Eduardo aconseja cada vez que viene o se encuentran cuando el va a comprar víveres, que me vaya de la selva, ahora don Carlo dice que no sirve el sitio donde estoy trabajando, que solo no voy a poder arribar, que se necesita dinero para invertir pero ¿qué voy hacer? tengo que de todas maneras trabajar, acaso no me escapé del colegio donde hubiera tenido una profesión y me sería más llevadera la vida, trabajando por horas. El campamento de don Carlo cortó sus pensamientos acerca de su situación y como llegaron a la hora del almuerzo, Don Carlo le dijo a Gavino.

–Lávate y vienes a almorzar conmigo,

Callado asintió Gavino y después de asearse se acercó a la casa de don Carlo que al ser visto por este le dijo:

–Pasa, pasa, siéntate a la mesa que ya ordené que nos traigan el almuerzo.

–El almuerzo fué abundante para Gavino, pero lo acabó y la conversación versó sobre Majes, la tierra de ambos, Gavino contestaba acerca de lo que don Carlo le preguntaba y al finalizar el almuerzo salieron a la parte exterior y se sentaron ambos en sillones hechos con materiales de la zona... y don Carlo comenzó.

–Sabes paisano, ahora que vas al Cuzco ¡A propósito! ¿Tienes oro?

–Sí don Carlo, lo que Ud. me pagó no lo he gastado y un poco más que he juntado.

–Bueno, te voy a enseñar como se hace más dinero que el

que tu ganarías trabajando en tu corte, fíjate bien, lleva todo tu oro y después de cambiarlo, compra periódicos, toda clase de revistas, esa jamonada que hay en el Cuzco, también de la botica compras Mejoral, esas píldoras Ross, son purgantes y le preguntas al boticario todo lo que es bueno para heridas y lo que se necesita aquí en la Selva, el te va a aconsejar mejor que yo, todo cuanto traigas lo vendes acá en la zona, te pagan muy bien por todo lo que te he dicho y como te digo vas a ganar bastante, a propósito yo también trabajé vendiendo cosas, hasta ropa, hice mi capital para invertirlo en este campamento.

La acequia que trae el agua me costó buenos miles de soles, levantar los 3 campamentos y organizar el trabajo, se necesitan herramientas y víveres, cuesta mucho y como te digo, cuando era joven, trabajé de "mercachifle", como les dicen por estos lados a todos los que negocian de esta forma, pero a mi no me importó y ya ves todo no es color de rosa, ni cae del cielo, ahora bien, tú eres joven y puedes caminar como el mejor de aquí, así que aprovecha.

–Pero don Carlo, yo quisiera encontrar el oro trabajando la tierra.

–¡Qué trabajando la tierra, ni niño muerto! ¿Acaso te van a regalar el oro que te paguen por lo que tu les vayas a vender? eso se llama negocio y para eso corres el riesgo de tu dinero, tu vida ya que tienes que caminar bastante.

Así que vas hacer caso y ahorita te vas a tu campamento y traes todo tu oro que tengas escondido que mañana partes al Cuzco.

–Porque no me dijo que llevara mi oro cuando estuvimos en mi campamento.

–Es que quería hablarte con calma y también con el estómago lleno se piensa mejor, así que apura y anda trae tu oro.

Al siguiente día muy temprano Gavino partió con dirección a Quince Mil y de ahí al Cuzco. El viaje se hizo con los percanses propios de los viajes, la primera jornada a pie y el

segundo al Cuzco; ahora también por recomendaciones expresa de don Carlo solamente comería comidas calientes y nada de frutas, pero Gavino siempre incluía en cada comida un churrasco. Por todo el oro que llevó consigo le dieron 900 soles a razón de 18 soles el gramo, eso en Quince Mil, en el Cuzco hubiera sacado 1,000 soles pero pedían documentos, procedencia y otras preguntas.

Después de entregar el oro que llevó en botellas lacradas; la esposa de don Carlo insistió en que se alojara en su casa, pero Gavino prefirió irse a un hotel donde pagó a razón de 5 soles diaros.

Dos días estuvo en el Cuzco e invirtió su dinero en comprar todas las cosas que iba a negociar, dejando 30 soles, 10 para el pasaje, 10 para la comida en el viaje y 10 para Quince Mil, 5 para el hotel y 5 el desayuno; así que según lo planeado, antes de viajar fué a despedirse de la esposa de don Carlo la que le dió un paquetito y le deseó suerte.

El viaje de vuelta también se hizo sin novedad, y como llegó temprano a Tunquimayo, ese mismo día aprovechó para vender la jamonada a lavadores vecinos a don Carlo y en tres días terminó de vender todo lo que había traído y al sacar su cuenta tenía algo así de 2,000 soles, porque aparte de que le pagaron el doble o más por cada cosa, también le pagaron a razón de 16 soles el gramo y el lo iba a vender a 18 en Quince Mil, también le había traído para don Eduardo una camisa, comprado víveres y 4 botellas de cachaza, los víveres y la cachaza comprado en el almacén del río, además le dejó revistas y periódicos y así con todo este gasto, su capital más que se duplicó y no obstante esa cantidad tan grande, no lo alegraba, sino simplemente tenía esa cantidad, porque otra cosa hubiera sido que todo ese oro lo hubiera sacado trabajando en su corte, ya que el se decía: "cuando muera tiene que ser con las manos callosas por el trabajo, para decirle a San Pedro, "en la tierra conseguí el pan con el sudor de mi frente".

Pero don Carlo le recalcaba que el negocio también era una forma de trabajo, es más le decía "el negocio es el trabajo más importante y lucrativo de toda la faz de la tierra, porque así como tú que has comenzado con una insignificancia, otros lo hacen con miles y millones y mueven el dinero como rios y lo que tú has hecho es el negocio en la parte más imple, comprar y vender lo que estás ganando en traer esa mercadería. Cuando crezcas te darás cuenta que no solamente es eso negocio, sino fíjate en mí, también estoy en el negocio, porque para tener todo esto, me empresté dinero con intereses altos, además para comprar la casa del Cuzco también tuve que hacer otras finanzas y los víveres que cada semana nos traen los Quepires, también me lo envían casas comerciales y tengo que pagarlos y siguen los negocios, porque alimentar a la gente, ya que a veces he tenido hasta 60 peones cuesta mucho dinero y al final hasta el buscar el oro aquí es un negocio. Todo el mundo se mueve en base a los negocios.

Estas y otras reflexiones le decía don Carlo a Gavino para convencerlo que explote su juventud negociando en esa zona de la selva; pero Gavino escuchaba pero no le decía a don Carlo el inconveniente que tenía y era que de documentos lo único que tenía su partida de nacimiento, toda ajada y rota que ya los guardias en las garitas de control le habían requerido por sus documentos personales y al enseñar el único que portaba le decían:

"¿Y, cómo sé que esta partida es tuya?

Y él tenía que inventar situaciones, diciendo que entraba a los ríos llevándole un encargo a su papá y que regresaba pronto y otras cosas por el estilo, pero el pensaba que esas invenciones le valían en ese tiempo, pero en tiempo de la "leva" o reclutamiento para el Ejército, ahí sí que de todas manera se lo llevarían ya que aparentaba más años de los que su partida señalaba. Otra razón más era, que en el Cuzco podía encontrar-

se con compañeros de estudios y sería muy comprometida su situación teniéndoles que mentir también a ellos. Así que tenía 2 perspectivas; la de seguir trabajando en el corte de Román con la esperanza de un golpe de suerte, o como le aconsejaba don Carlo, negociando y cuando junte una buena cantidad de dinero buscar un buen corte, comprar herramientas y conseguir gente, trabajar en grande y lo demás viene solo. Pero eso sí la gente que trabajaría con él, tendría participación de las ganancias, la comida también sería la misma para todos, y trato, el que corresponde a la gente y como le gustaría que a él le traten, y también al igual que el Señor Ramírez el del "Carreño", rosaría unas 3 ó 4 hectáreas y senbraría de todo para comer, todos por igual.

Cuando tenía 25 días trabajando en el corte de Román después de haber vendido su mercadería y haber ido a visitar a don Eduardo todos los domingos, llevándole pescado fresco y víveres, nuevamente llegó un propio de don Carlo con un papel en el que le pedía que fuera a verlo de inmediato; Gavino en ropa de trabajo se dirigió al corte de don Carlo.

–¡Don Carlo, buenos días! saludó Gavino a quien encontró sentado en la parte de afuera de su casa en una especie de corredor. He venido lo más pronto posible;

–¿Pasa algo don Carlo?

–No paisano, solo un poco mal del estómago, este mal lo tengo ya años, pero te he mandado llamar para que te quedes en mi lugar, ya que dentro de 2 días viajo al Cuzco, estaré ausente más o menos un mes y quiero también de esta manera aprendas como se lleva una empresa de estas, ya que tu quieres tener también una, así que en estos 2 días te voy a enseñar todos los libros y planillas, te encargas de los víveres, la coca, en fin resuelves cualquier problema, el capatáz se hace cargo de la gente y el desarrollo del trabajo que ya tiene mis instrucciones, así que en las tardes recibes pesándolo el oro que no debe ser mucho, ya que hemos comenzado el desbroce, y estar presente

cuando clarifique el oro. También van a llegar víveres cada semana, todo, absolutamente todo apuntas en los libros.

Es así después de partir don Carlo, Gavino se hace cargo de todo, el capatáz al comienzo celoso probó a ordenar a Gavino, pero este aleccionado ya sin discutir no le hizo caso y vastó para que se ocupe de sus obligaciones, porque bien claro, Gavino estaba representando al dueño, además el Capatáz parece que apenas sabía leer.

En las mañanas después de repartir los víveres y coca y alguna que otra instrucción a las cocineras. Gavino se iba a tarrayar y había pescado para todos, otras veces con la escopeta cazaba loros y eran preparados de varias formas después de despellejarlos plumas y todo, que aunque eran muy duros, pero al fin era carne fresca, lo que si nunca pudo cazar los manacaracos o gallinas de monte, porque necesita mucho tiempo para ubicarlos.

El primer domingo después de dar instrucciones para la comida de ese día fué a ver a don Eduardo que aunque cada vez que lo visitaba lo hallaba más demacrado y parecía que ya no tenía fuerzas para buscar el oro ni para su sustento.

Después de contarle que estaba donde don Carlo, le propuso que siquiera hasta que se reponga iría al Campamento de don Carlo, pero el siempre orgulloso le contestó:

"Fíjate hijo, no he ido donde tú eras el dueño, menos voy a ir donde eres un empleado"

Así que Gavino viendo que no tenía víveres, fue al almacén del río y se fió ya que lo conocían, alimentos como para una semana, prometiendo regresar al próximo domingo, cosa que así lo hizo pero ya fué llevándole víveres pero don Eduardo apenas lo reconoció, su enfermedad lo tenía postrado en su cama, así que Gavino preparó los alimentos y don Eduardo por

compalcer a Gavino comió lo que le sirvió, pero se veía los esfuerzos que hizo, además se tomó mucho tiempo, ahora en su conversación hablaba incoherencias, ya que estaban conversando acerca de los hechos del lugar pero decía:

"Hoy día nos vamos a bañar al mar "Agua Dulce" no hay otra playa mejor que esa, aunque a la "Herradura" va gente platuda y mujeres bonitas exhibir sus encantos, pero yo prefiero la Agua Dulce.

Cuando la tarde ya declinaba Gavino se despidió de don Eduardo, prometiéndole regresar al próximo domingo y como despedida don Eduardo le dijo:

"Si vas al centro (Lima) pasas a visitar a mi madre, seguro que te va invitar unos panecillos que ella prepara con un té muy caliente, le dices que muy pronto me voy a reunir con ella, ¡ah! pero eso sí, no le digas que son un borrachito, ella siempre quizo que sea Médico, pero aca soy feliz.

Esa semana, se hizo larga y muy temprano después de las ocupaciones del Domingo, Gavino se dirigió a la choza de don Eduardo y como desde el río se miraba la choza en esta oportunidad, no la vió, por lo que apuró el paso y al llegar donde estaba la choza sólo encontró cenizas y varas a medio quemar, así como utencilios de cocina retorcidos y quemados por el fuego y en el lugar donde dormía se podía notar el cuerpo quemado achicharrado, posiblemente de don Eduardo, así que de inmediato regresó al almacén del río e indagó porque estaba quemada la choza de don Eduardo.

Ahí le dijeron que como no salía don Eduardo de su choza; unos chichiqueros fueron a verlo ya que más antes estaba muy enfermo y no pudieron entrar por la pestilencia y vieron el cuerpo de don Eduardo lleno de moscas, así que rociaron

kerosene y le prendieron fuego, que es lo que se hace por aquí para evitar enfermedades.

Gavino en silencio escuchó el relato aumentado por la de otras personas que vivían cerca, así que pidió prestado un pico y una lampa y compró 4 botellas de cachaza y nuevamente se dirigió a donde estaba el cuerpo quemado de don Carlo y cerca de su choza, escarbó un hueco lo más profundo que pudo y cargó el cuerpo calcinado y lo depositó en el hueco rectangular que hizo, así también las 4 botellas las enterró junto con el cuerpo y lágrimas le brotaban a Gavino en toda esta operación, que al terminar se sentó junto al denivel que marcaba la tumba del hombre que ayudó a mucha gente, pero ahora solo un muchacho agradecido y agradecía también a Dios que le había dado la oportunidad siquiera de enterrarlo, estaba junto a él, haciendo recuerdos, cuanto ese hombre le había enseñado y también lo había curado de una enfermedad que ahí en la selva sin ningún auxilio es mortal; así como curó a Gavino, así también curó a cuanta persona estuvo enferma, desinteresadamente. ¡"Que Dios lo guarde don Eduardo"!

Gavino, los días posteriores a la muerte de don Eduardo, cambió mucho, ya no era el muchacho juguetón y alegre, tampoco le daba ganas de ir a pescar ni cazar, la llegada de don Carlo después de 5 semanas lo sorprendió un poco repuesto de ese estado, pero don Carlo sabedor del cariño que le prefesaba Gavino a don Eduardo, le habló al muchacho haciéndole comprender que debería cambiar y comprender, porque de otra forma todas las personas estarían tristes y melancólicas, ya que a todo el mundo se le ha muerto una persona querida y sin embargo la vida tiene que continuar, no por eso se hechan al abandono, así que ánimo.

También la desaparición de don Eduardo lo hizo ver más claro su perspectiva y sacó la conclusión que por más que trabajara en el corte solo, no podría reunir el oro suficiente para

organizar en forma rentable un corte de oro; así que se decidió a trabajar de mercachifle, ocupación que no le gustaba pero rendía buenos dividendos. ¡Ah pero eso sí, trabajaría de mercachifle hasta reunir 20 mil soles, que con ese dinero organizaría un equipo de gente y trabajaría sacando oro, que era a lo que había venido a esta parte de la selva.

-A Don Carlo le dijo al segundo día de la llegada al Cuzco

–¿Sabe que he decidido trabajar negociando?

–¡Muy bien paisano, así de pasó tendré noticias más frescas de mi familia, y desde ya te digo que seré tu primer cliente, y me traes todo lo que es revistas y periódicos!

–¡Ah! un consejo más, antes que vayas al Cuzco, a todas las personas que les ha vendido tu mercadería anterior ocupa más 2 ó 3 días y ofréceles qué les puedes traer, que es lo que necesitan, también puedes negociar hasta "Santa Isidora" hay mucha gente en toda esta zona, pero eso sí no les pidas ningún adelanto, salvo que quieran algo especial, pero eso ya será cuando te conozcan más.

En este viaje invirtió S/. 2,000 soles, trayendo en su mayor parte revistas, principalmente "selecciones" y como le aconsejó también don Carlo, a cada persona del campamento en el que llegaba le ofrecía artículos que podría traerles y a precios cómodos, así que de esta manera recibió muchos encargos: entre ellos, relojes de pulsera y la mayoría pedía escopetas y cartuchos de perdigones y postas calibre 16 y 12.

EL ULTIMO VIAJE

Después del último viaje al hacer un recuento de su capital, comprobó que estaba cercano a los 4,000 soles, así que hizo este último viaje coincidiendo que don Carlo enviaba la remesa de oro, así que llevando el oro de don carlo, al vender su oro en

Quince Mil le dieron razón de una escopeta de cartucho en venta, así que hizo el negocio pagando 600 soles por ella, pero la dejó en el hotel encargada para su vuelta llevarla a los ríos; en el Cuzco, sin mayores contratiempos entregó el oro, y se dedicó a hacer su "carga" comprando también 2 relojes de pulsera a 300 soles cada una y el resto en salchichones, jamonada y rellenos, que era lo que más encargaban, a parte de revistas y periódicos; en total invirtió todo su dienro, dejando exactamente dinero para su pasaje y el hotel de Quince Mil.

El viaje de regreso a Quince Mil lo hizo sin mayores contratiempos, llevando consigo su bolsa repleta de cosas y calculando que su ganancia iba a ser muy buena, ya que la escopeta, pensaba pedir por ella 1,000 soles, por los relojes 500 soles y todo el resto de mercadería que llevaba desde medicina, máquinas de afeitar, embutidos y revistas, sacaba su cuenta Gavino y pasaba o llegaba a los 6,000 soles y toda esa plata era líquida, que en los ríos no gastaba nada, porque en los campamentos que llegaba a ofrecer y vender o entregar su emrcadería, si llegaba a la hora de almuerzo o cena, era una ley por esa zona que el viajero almorzara o comiera según la hora y se le daba alojamiento por esa noche completamente gratis, es por eso que todo lo que Gavino vendiera era todo líquido para él, así que en sus cuentas sacaba que con unos 8 ó 10 viajes más podría juntar el dinero que se había prouesto, pero como decía su mamá un dicho muy conocido. "El hombre propone, Dios dispone, viene el diablo y lo descompone".

Como decíamos, en el viaje de regreso se realizó sin mayores contratiempos, pero al terminar de bajar la cordillera oriental y entrar a la selva, encontraron que caía una lluvia muy fuerte, Gavino pensó, que de seguro pasaría, ya que todos los "chaparrones" siempre acababan pronto, pero este a ratos calmaba para arreciar con más furia, el camión tuvo que disminuir al velocidad y a marcha lenta avanzaba por la carretera dando patinadas, que la experiencia del chofer evitaba

que se saliera el camión de la carretera con el consiguiente percance, pero aún así llegaron a Quince Mil. Gavino se alojó en el Hotel y el dinero calculado le alcanzó para pagar el alojamiento y cena de esa noche. La lluvia persisitió toda la noche, subiendo y bajando de intensidad, calculando por el ruido que hacían las gotas de agua al golpear el techo del Hotel y ya de madrugada calmó, quedando en una llovisna.

Muy temprano Gavino se alistó para entrar en los ríos y como no tenía dinero para el desayuno comió un pan grande comprado en Urcos, con un tarro de leche condensada y al despedirse de la dueña del Hotel, como de paso encargarle nuevamente su frazada, esta le dijo:

–¿Cómo joven Gavino, se va Ud. a ir?

–Si señora, ya estoy preparado, y como siempre hágame el favor de guardarme mi frazadita.

–¡Pero joven! ¿Cómo se va Ud a ir? si ayer a llovido toda la tarde y casi toda la noche, los ríos deben de estar llenos y no se les puede cruzar.

–No se preocupe por mí señora, que soy un buen nadador y ya conozco estos ríos.

–Pero yo creo, nunca los ha visto así, porque hace tiempo no llovía tanto, además fíjese Ud. ningún kepire sale hoy día, solo un loco como Ud. se atrevería a entrar en los ríos.

–A mí señora, no me pasa nada, como le dije soy buen nadador.

–Bueno allá Ud., pero que conste que yo le he advertido.

–Gracias señora, hasta la vuelta.

Gavino partió con su bolsa enjebada llena de mercadería amarrada con su redecilla a la espalda y para tener más movimiento en las manos también la escopeta que llevaba para venta la amarró en la redecilla atravezada sobre la bolsa. La trocha era un lodazal interminable y pensaba que si así estaba esta parte, de seguro los ríos estarían muy cargados, por lo que la señora

del Hotel tenía razón, pero 2 razones que lo obligaban a partir con ese tiempo tan malo, y eran: Primero que llevaba en su mercadería embutidos, comestibles propensos a malograrse ya que tenía que entregarlos esa misma tarde, ya que el calor los hacía contraer mal olor al malograrse y ya no se vendían y la otra, que no tenía dinero para costear su estancia en Quince Mil donde todo costaba y el había invertido hasta el último centavo de su capital, no así en los ríos como hemos dicho, a excepción de los campamentos del camino, en los demás todo era gratis, es por estas razones que lo obligaron a Gavino a partir de Quince Mil con ese mal tiempo, ahora bien, porque no decirlo también, por dársela de muy fuerte y como un reto consigo mismo desafiando a la naturaleza, para igual como en su tierra, el más macho cruzaba el río cuando está más crecido y eso los vanagloriaba y hacía superiores sobre los demás nadadores.

Como dijimos, la trocha era un lodazal contínuo, hasta que llegó al cruce del primer río, el Yanamayo y antes apenas era un riachuelo, que lo cruzaba con el agua al tobillo; pero ahora sus aguas turbias le llegaron hasta cerca a la cintura en un trecho, ahí todavía pensó:

–Que tal si regreso, porque de seguro más abajo este río (cambiando de nombre) era aumentado en condiciones normales, pero ahora, ¿cómo estarán de crecidos?, pero también pensó con que garbo contestó a la Hotelera que él podía cruzar los ríos en cualquier circunstancia, así que continuó el camino y a medida que bajaba el río también aumentaba considerablemente y sus aguas turbias rugían al choque de peñas altas por su fuerte correntada.

Pero ahora ya Gavino no tenía otra alternativa y tenía que continuar y en el cruce del río Quitare, ya digamos el río parecía un mar y el vado o cruce de este río era un lugar explayado, pero se veía imponente por la inmensa masa de agua color chocolate que veloz cruzaba para perderse en un recodo del río, tan fuerte

era la corriente que al fijar la vista en un punto lo mareaba, así que antes de cruzar el impetuoso río, hizo sus cálculos de corriente el ancho y profundidad para poder llegar al otro lado en un punto que coincidiera con la trocha no pudiéndose pasar porque el río se encajonaba en un recodo donde formaban fuertes remolinos, así para salvar este obstáculo, subió por la rivera en que se encontraba unos 100 metros y no tendría que cruzar despacio, sino corriendo en forma diagonal para hacer menos resistencia al agua, pero su cálculo referente a la profundidad le falló ya que él supuso le llegaría a lo mucho un poco más de la cintura, pero el agua en medio río cuando ya le llegaba casi al pecho tuvo que rápido decidirse a sacarse la bolsa de su espalda y sin dejar de avanzar, logró sacar un braso del tirante del bulto, en ese momento un árbol que era arrastrado por el agua sumergido lo golpeó y el poco equilibrio que guardaba lo perdió y para no dejar que las ramas lo envuelvan hizo el máximo esfuerzo para sacar la cabeza de dentro de agua, al hacer esta maniobra el agua y el árbol se encargaron de sacarle el tirante de su brazo izquierdo y ni siquiera tuvo el consuelo de mirar su bolsa ya que tanto ella como el color de agua, coincidían exactamente en color, casi en un comienzó nadó para tratar de alcanzar su bolsa con el tacto, pero rehusó de inmediato ya que su salida en el otro lado se le pasaría y podría ser arrastrado al recodo aguas más abajo, por lo que ya libre del bulto, nadó con todas sus fuerzas y aunque los zapatos lo retrasaban pero como era un buen nadador logró arribar a la otra orilla cuando ya se pasaba del último punto que debería salir, porque más abajo la ribera era alta y difícil de salir y más abajo como dijimos los rugientes remolinos por el recodo hubieran acabado en él.

Cuando logro salir a la orilla se sentó al borde del río, todavía con los zapatos dentro del agua y un vacío enorme le invadió todo su ser, no podía pensar en nada, porque el cansancio del esfuerzo realizado sumado a la pérdida de su bolsa conteniendo todo su patrimonio lo dejaron en un estado tal, que

¿cuánto tiempo estaría sentado a la orilla del río con los ojos fijos en la correntada de agua turbia? sería quizá un cuarto de hora, media hora o una hora, nadie podría decirlo, ni el propio Gavino, porque apenas él si recuerda el momento que llegó a la orilla, hasta que una bandada de loros pasó volando por encima de donde él se encontraba pronunciando su peculiar griterío, lo sacó de su anonamiento en que se encontraba y comenzó a revelársele lo que le había sucedido y parándose de la posición en que se encontraba todavía dubitativo, ahora que decisión tomar y al hacer un balance de lo que poseía, comprobó que tenía un bibirí, un calzoncillo, un par de medias y un par de zapatos, sin un centavo, el agua le había quitado aparte de toda la mercadería para la venta incluido la escopeta, también su gorro, que lo llevaba puesto y su camisa, pantalón y chompa que los llevaba dentro de la bolsa, así que en esa condición ¿qué hacer? y tuvo que tomar el único camino, el de seguir adelante hasta el campamento de don Carlo y ahí ya vería, y como había perdido tiempo en ese percance y por ese lado de la selva no se puede dormir en la trocha, partió, haciéndolo al comienzo con cierto desgano, pero recordó un dicho que se pronunciaba mucho en su tierra "a lo hecho pecho" y tomó el paso con toda energía, llegando casi hasta la carrera y mucho antes que llegara la noche llegó al campamento de Tunquimayo donde don Carlo;

–¿Qué pasó paisano? ¿Por qué llegas de esa traza?

Pronunció estas oraciones con cierta cachaza Gavino, ya completamente repuesto, contó todo lo sucedido a don Carlo, al comienzo seguía su burla, pero se fué poniendo serio a medida que aquilatando la gravedad y después de terminar el relato de los acontecimientos preguntó:

–¿Y ahora, qué vas a hacer?

–Bueno don Carlo, ahora quiero que me ayude.

–¿En qué forma quieres trabajar conmigo?

–No don carlo, solamente quiero que me ayude propor-

cionándome un poco de víveres, si Ud. quiere yo se los devuelvo cuando encuentre oro, o se lo pago, eso es lo unico que quiero, que me ayude de esa forma, que se lo voy a agradecer.

–Don Carlo con su rostro inmutable, escuchaba el pedido de Gavino.

Y después de un silencio sepulcral, respondió:

–Ya se que no quieres trabajar para nadie, porque se te ha metido el encontrar oro por tu cuenta y triunfar de esa forma, que es tan igual a sacarse la lotería y no voy a convencerte a que rehuses en tu afán, porque como te dije más antes, negociando has podido triunfar, pero te falta el espíritu de negociante, las cosas no se hacen a la loca, ni demostrando brabura cuando todo está en tu contra, a veces hay que perder, eso da también fuerzas para triunfar y si no conoces a fondo algo o no quieres preguntar para que no sepan que no conoces, siquiera has debido hacer por imitación o ¿acaso has visto que algún Kepire a partido de Quince Mil hoy día? quizá ni mañana tampoco salgan, porque esos hombres conocen bien la zona en todo sentido y tú acaso quisiste demostrarle que eres mejor que ellos? ¿no pudiste vender tus embutido aunque sea a precio de costo en Quince Mil?: bueno, bueno, no hablemos más del asunto, mañana ya te irás al campamento de Román y tu ya conoces donde tengo los víveres, así que mañana escoge todo lo que necesitas y olvídate de devolverlos.

–Muchas gracias don Carlo.

–A propósito el recibo del oro que entregaste. ¿También se lo llevó el río?

–Si don Carlo, estaba en el bolsillo de mi camisa, junto con una carta de su esposa, pero no se preocupe, entregué el oro y en las liquidaciones que mandan mensualmente podrá Ud. comprobar, respecto a la carta de su esposa, bueno eso sí es una pérdida, como también perdí mi partida de nacimiento y respecto a los víveres que me va a Ud. a proporcionar le agradezco y tenga la seguridad que se los devolveré.

Antes de irse, Gavino se acomidió a perforar y dinamitar enormes rocas que impedían el normal desenvolvimiento del trabajo en el corte de don Carlo, trabajo que lo hizo en 3 días sin haber recibido ningún mandato pero lo hizo en agradecimiento de los víveres que se iba a llevar prestado.

El día que se fue Gavino, estuvo don Carlo al momento de su partida y le dijo:

-Bueno paisano, te felicito, porque no hay como ser el "patrón" de uno mismo, pero también te voy a decir algo muy importante con la autoridad que me da la experiencia y conocimiento que tengo en la búsqueda del oro en esta parte de la selva. El denuncio de Román puede ser todo lo rico que Uds. me han pintado, pero para sacar oro lo principal es el agua y si van a estar esperanzados en ese riachuelo seco, que solamente cuando llueve bastante trae el caudal suficiente para arrastrar el material aurífero, pero que no dura mucho, a lo sumo 2 horas y después baja hasta secarse y arriesgar dinero en esas condiciones es ir de frente a la quiebra o fracaso, además también el corte se les iba ahogando porque no tienen como deshacerse del desmonte a no ser que usen el agua para hacerlo llevar en las ocasiones que baja el agua, pero ese material no contiene oro y tampoco sería viable esa solución y si tanto te gusta trabajar por tu cuenta y no aceptas trabajar conmigo por supuesto como te he ofrecido con bastantes facilidades y quieres buscar el oro por tu cuenta; busca otro sitio que tenga agua y aunque no lo denuncies basta el hecho de que estas trabajando ahí para que te respeten y cuando tengas tus documentos ya lo denuncias.

Gavino agradeció todos los consejos y recomendaciones y una vez más por los víveres que en una bolsa llevaba en su espalda y se dirigió al corte de Román.

Ya en la corte de Román se decidió el resto del día a hacer

limpieza general y al siguiente día emprendió su tarea con todo el brío que le daban sus fuerzas.

VISITAS INESPERADAS
(Los Prófugos)

Una mañana en que Gavino estaba atizando la concha para hacer hervir el agua para el desayuno, el instinto desarrollado de las personas que viven en esa parte de la Selva, le advirtió que alguien venía para su campamento, y al "ponerse el ojo", comprobó que 3 personas se acercaban e forma sigilosa, siendo ellas 2 hombres y una mujer y cuando ya habían llegado al campamento les pasó la voz desde un ángulo que ellos de primera intención no se dieron cuenta, pero al unísono las 3 personas se arrodillaron en el suelo y en actitud sumisa pedían socorro con lágrimas que les chorreaban de los ojos. Al momento Gavino viendo lo calamitoso de sus apariencias se dió cuenta del grupo, estaba compuesto por 2 hombres y una mujer, les hizo aproximar al fogón, para que se sequen, porque estaban empapados de pies a cabeza, pero siempre tomando las precauciones que las circunstancias aconsejaban, ya que eran tres desconocidos.

Ya un poco calmados los recién llegados dieron sus nombres, siendo Juan el mayor de 20 años, Oscar de 19 y Zoila de 18, aparte del bastón que tenían en la mano, no portaban ninguna otra cosa, también digeron que eran de Chincha, una provincia del Departamento de Ica y que habían andado toda la noche; Después de invitarles un mate de yervaluisa, bien caliente con galletas, y presumiendo Gavino el porqué, esos muchachos llegaron en esas fachas y a esa hora a su campamento les dijo:

–Buenos amigos a ver, díganme, ¿de qué campamento se han escapado?

Zoila, fue la que se adelantó a contestar.- Señor, Venimos

desde Santa Isidora, hemos caminado toda la noche, huyendo de un lavadero de oro, donde Juan y Oscar fueron contratados para trabajar como peones y yo de cocinera; Ud. no se puede imaginar Señor, el trato que les daban a Juan y a Oscar, si Ud. no cree, véales las marcas del látigo en sus espaldas, y a mí aparte que el dueño del lavadero abusó de mi persona, me tenían cocinando todo el día desde que amanecía hasta el anochecer y ni ganas de comer tenía, porque no estoy acostumbrada a esa clase de comidas, chuño negro molido, chaquepa, maíz seco chancado y de cuando en cuando una carne seca negra, sin probar siquiera, pan o galletas; hemos estado en el infierno Señor.- le seguiremos contando nuestra historia, pero ahora, por favor, por lo que Ud. más quiera.- Hágalo por su mamacita que seguro lo debe de querer mucho. Por el amor de Dios; suplicaba la muchacha agarrándole la mano a Gavino, mientras Juan y Oscar callados con la vista en el suelo escuchaban las súplicas de Zoila en espera de la respuesta.

–Queremos que nos esconda, para que no nos encuentren los que deben de estar buscándonos, que si nos hallan nos matan. Por favor señorcito, ayúdenos.- por lo que Gavino contestó:

–Bueno, pero dígame la verdad. ¿Ustedes se han escapado por no soportar el trabajo y el trato que les daban en el Corte?

–Solamente eso señor.

–Seguro que no han hecho ninguna otra cosa, ¿ah?

Al unísono respondieron los 3.

–Solamente nos hemos escapado ¡Por Diosito Señor!

–La suerte que han tenido que ha habido lluvia toda la noche, aunque les ha tratado muy mal esa quizá sea la salvación de Uds., ya que ha borrado sus huellas, pero ¿cómo vinieron a dar a mi Campamento?

Juan fue el que contestó –Toda la noche hemos andado por la trocha tratando de alejarnos del campamento que nos hemos escapado, sólo Dios sabe, el miedo que hemos pasado en la oscuridad de la noche, andando, pensando a cada instante,

"Ojalá no nos muerda una víbora" o que no nos perdamos, en la selva todos las arañones que presentamos son resultado de tantos resbalones que hemos sufrido, pero más miedo le tenemos a regresar a la Corte que a otra cosa que nos pueda suceder, es así que ya cuando aclaraba, estabamos extenuados tanto por la lluvia, como por el viaje y cuando ya aclaraba el día, calculando nuestras fuerzas acordamos salirnos de la trocha y buscar algún refugio, porque de seguro que nos alcanzarían, si es que nos están ya buscando y de pura casualidad hemos encontrado el sendero que conduce hasta aquí, creyendo que sería un sendero abandonado, pero como le digo solamente queríamos escondernos y ya ve Ud., caímos por aquí de pura casualidad, y también yo le reitero el pedido de Zoila, Ayúdenos, que seremos muy agradecidos de Ud.

–Lo de ayudarles a Uds., voy a ayudarles, pero no quiero tanta ceremonia de agradecimiento ya que también yo soy como Uds. y mi nombre es Gavino, así que como somos iguales, porque también soy de la Costa, mi pueblo es Aplao, y que no se diga nunca que un Aplaodeño dejó de ayudar a alguien que le solicitó ayuda. Por si acaso yo estoy trabajando en un pequeño corte y en uno de los tantos huecos que hay ahí pueden esconderse y vean a quien vean llegar, no se van hacer notar, mientras tanto voy a salir hasta el río, para constatar que sus huellas las haya borrado la lluvia, de paso dejar mis huellas y darme un saltó al campamento a comprar víveres.

–Luego de ser conducidos los tres muchachos al corte y borrar todo rastro de sus presencias en el campamento, Gavino se dirigió a la tienda donde adquirió los víveres suficientes para alimentar ahora 4 bocas, constatando también que todavía no se tenía noticia de la fuga de los que estaba ayudando.

De vuelta a su Corte, Gavino, comenzó a trabajar como de costumbre, por lo que Juan al verle laborar solo, le dijo si podían ayudarlo junto con Oscar, pero Gavino conocedor, que los lavaderos nunca abandonan la persecución de los prófugos, no tanto para hacerles trabajar de nuevo en el Corte, sino para dar

un escarmiento que sirva de ejemplo a cualquier otro que desee escaparse, es por éste que dijo a Juan, que todavía permanecieran escondidos "hasta que pase el temporal".

Dicho y hecho, al tercer día de la llegada de los prófugos, Gavino se encontraba cargando en el hombro una lata de material para llevarlo a la poza donde lo clarificaba, y a pesar que ya se dió cuenta de la llegada de tres personas, se hizo el sorprendido cuando uno de ellos el que parecía ser el jefe preguntó.

–Oiga, andamos buscando 3 prófugos, dos hombres y una mujer, que se han escapado de un Corte en Santa Isidora, ya estamos de vuelta de Quince Mil, y ahí todavía no han llegado, así que deben de estar por acá dentro en los ríos, hace 3 días que los andamos buscando y nadie nos ha dado razón alguna de ellos, por si acaso nuestro Patrón ofrece 30 gramos de oro a quien los capture.

–¡No estaría mal ese orito!, pero éste mi sitio no es el paso de los caminantes, la trocha queda lejos, y quién va a venir a mi campamento, donde trabajo solo y ni la salvación hay, porque a las justas saco para vivir. A propósito, ya me toca ir a prepararme el almuerzo, ¿por qué no me acompañan? dijo esto Gavino adelantándose a los "galgos" porque "eso" le parecieron al verlos llegar husmeando para todo lado, con sendas bolas de coca en cada lado de la boca, por lo que, el que le habló, tuvo que escupir primero las hojas que tenía remojando, además también los tres portaban escopetas y en la otra mano un largo bastón de chonta, amarrado a la cintura llevaban un machete y en sus espaldas la lliclla donde seguramente llevaban alimentos; la invitación a la casa fue adelantándose a lo que seguramente ellos iban a pedir proque no se iban a ir hasta no estar seguros que no estaban las personas que ellos buscaban, apataba Gavino inocencia y sumisión, e incluso ayudaba a blasfemar en contra de los prófugos y una vez que llegaron, mientras el que parecía ser el jefe conversaba con Gavino, los otros dos,

miraban por todos los lados, mientras uno de ellos subió la escalera de la casa y comprobo que no había nadie, el otro, dió una vuelta por todo el rededor, buscando alguna huella o indicio y asegurarse la veracidad de las palabras de Gavino.

Pero ya Gavino había previsto para que no dejen nada que delaten su presencia los prófugos incluso les dijo, que no defequen cerca del campamento, porque hasta eso los podría delatar les recalcó mucho para que no dejen ninguna huella, es por esto que parece que el examen que aproximadamente duraría una media hora salió favorable para los prófugos, ya que los "galgos" a manera de despedirse el jefe dijo: Ya sabes mi patrón ofrece 30 gramos por la cabeza de esos bandidos, contestando Gavino: Por esa cantidad, soy capaz de dejar de trabajar y ponerme a perseguirlos para ganarse ese oro, pero como los veo, me parece que no sacaría nada, porque ustedes me ganarían a encontrarlos, mejor ¿porqué no se quedan y me acompañan a almorzar que dentro de un rato estaría listo?

–Todavía tenemos mucho que andar, y lo que preparas a las justas alcanza para tí.

–No se preocupen, le aumento más a la olla y de paso tendría con quienes conversar; A propósito, ¿dicen que más allá de Santa Isidora está el Río Colorado, donde el "oro" solo está para recogerlo, pero los chunchos que viven por esa zona matan al que encuentran por ahí?

–"Esas son cojudeces" No te olvides de avisarme en Santa Isidora si sabes algo de esos malditos.

Gavino no invitaba a esos hombres para que realmente lo acompañen a almorzar, sino que de esa forma, les daba a saber que estaba de parte de ellos, y se alejan sin tener sospecha y no vuelvan, porque ellos seguirían buscando a sus presas por no encontrarlas.

Una vez ya cerciorado Gavino que los "galgos" abandonaron su campamento, terminó de preparar el almuerzo y antes de

llevarles la olla con comida, todavía fue por la senda para asegurarse "que no habían moros en la Costa" y ya convencido, fue con la comida donde los 3 muchachos, se encontraban escondidos, y al saber por boca de Gavino que habían llegado 3 hombres buscándolos, nuevamente tornaron a suplicar para que no sean delatados; pero ya Gavino les dió su palabra y la cumpliría, aunque sabiendo las consecuencias de ayudarlos.

Esa noche Gavino rompió el silencio y les dijo:

–¿Dónde recibieron el dinero, y cuánto para que firmen el Contrato de trabajo?

Juan el mayor de todos respondió:

–Como ya te dijimos, nosotros somos Chinchanos y nos contrataron allí en nuestra tierra, para boxear, en total cuando salimos de Chincha eramos 10 los boxeadores y deberíamos dar unas veladas boxisticas en el Cusco; el Señor Farfán que nos contrató, nos dijo, que las peleas que ibamos a sostener, eran con muchachos cusqueños, y que los fondos que se recaudaren iba para servir para un fin noble, como era, el ayudar a los danmificados del terremoto que asoló esa Ciudad en el mes de Mayo del año pasado. Como fue planeado en el Cusco, tuvimos 2 presentaciones, pero no fue gran cosa lo recaudado y solo alcanzó para los alimentos y gastos de hotel; fue precisamente en el hotel que oímos hablar que por "Quince Mil" había mucho oro, así que hablamos a nuestro Promotor para dar una presentación en ese lugar. En Quince Mil, casi no acudió la gente al espectáculo que presentamos y el señor Farfán, nos costeaba de su bolsillo todo, pero como no tenía mucho dienro, ayudó de alguna forma a que se regresen al Cusco los demás y de ahí ya la verían. Nosotros, Oscar y mi amiga Zoila, fascinados por el oro, recibimos 50 soles cada uno y firmamos un "Contrato de Trabajo" y nos trajeron a trabajar a Santa Isidora y de esa forma nos encontrábamos trabajando ahí; pero te juro Gavino, que jamás creímos que ibamos a tener un trato tan brutal como el que nos dieron, y la comida "ni para que decir", a las justas hemos trabajado un mes, y si no nos hemos escapado

mas antes, es porque teníamos miedo a la Selva, pero hace 4 noches nos escapamos, dispuestos a huir de ese infierno aceptando, "pase lo que pase" y el destino nos ha guiado a tu campamento y aquí estamos a tu merced.

Bueno Uds, no se preocupen que tenemos que seguir para adelante y aunque han llegado en un mal momento económico para mí, como ya les contaré lo que me pasó, pero ahora lo principal es asegurarnos que ya no los busquen, y trabajaremos, y juntaremos el oro suficiente para que puedan llegar a su terruño, y de paso yo también me libre cuando Uds. salgan de la Selva, porque al ayudarlos, me encuentro en las mismas condiciones, pero conmigo sería "otra la cosa" ya aprendí a defenderme. También debo decirles que este Corte en el que trabajo, no es mío, sino de Román un amigo íntimo, y él también me ayudó quizá no de la forma como lo estoy haciendo como Uds., pero sí me ayudó, y lo que haga por Uds. solamente es correspondencia de la cadena de solidaridad humana y pienso que fue el designio de dios para ayudarlos, me llena de satisfacción, ya que de esa forma estoy honrando a Román al vivir en su casa que él construyó con sus propias manos. Mañana Domingo, voy al río a atarrayar y de paso constato en el Almacén si se sabe algo de Uds. para estar más seguros, y también ayuden en el trabajo, para que de esa forma se pueda juntar algún oro, con el que puedan irse, porque, solamente a un loco se le ocurriría escaparse del Corte en las condiciones que lo han hecho, pero de acá para adelante todo tiene que ser bien planeado, no vaya a ser como dice el dicho "Tanto andar para ahogarse en la playa".

Para sociego de todos en el campamento oyó decir que los "galgos" se habían regresado a Santa Isidora y el rumor estaba, que los prófugos se habrían perdido en el monte, ya que nadie los vió pasar por ningún lado; también trajo de vuelta, gran cantidad de pescados y Zoila de inmediato se acomedió a escamarlos y prepararlos, ese día fue un festín, ya que los compañeros de Gavino, parecían lobos marinos comiendo

pescado, pero hubo tanto que alcanzó también para salarlo y sirvió para otros días.

El lunes muy temprano, Gavino despertó a todos y después de tomar desayuno, comenzaron a trabajar, todos solo con el inconveniente que había herramientas para dos, así que uno de ellos estaría a la espectativa y se turnarían; felizmente Zoila remedió en parte el problema ya que luego de preparar los alimentos, que parece a lo sumo lo haría en una hora, se iba a relevar al vigía, y los otros dos sacaban y transportaban el material donde Gavino lo clarificaba con la batea, pero por más que Gavino los aleccionaba para que busquen el mejor material, ellos, neófitos en este trabajo, creían que sólo era el hecho de cargar, sin darse cuenta la calidad del material. Aun así, el trabajo continuaba, pero la producción de oro era baja, pero el campamento adquirió otra fisonomía, Zoila se preparó una pichana (Escoba de ramas) e hizo limpieza a toda la casa y alrededores, y ni que decir de las comidas, parece que era una Maga al presentarlas, porque aparte de la abundancia, sabían a gloria; Como siempre solo los Domingos iba Gavino al Río y traía bastante pescado, que dicho sea de paso era la única carne fresca que comían.

Mes y medio duró el trabajo en comunidad y no obstante las compras de víveres demasiado caros, lograron juntar unos 80 gramos de oro calculados a "groso modo", porque no tenían balanza, así que Gavino, al término de una jornada, que como todas las anteriores conversaban como en familia, calculando día a día el oro que ya tenían y cantidad de bromas, hasta que se quedaban dormidos, pero la noche que nos ocupa Gavino ya serio les dijo:

–Hermanos, parece que ha llegado la hora de despedirnos, o quieren quedarse a trabajar aquí en la Selva, tenemos más o menos 80 gramos de oro, vamos a repartirlos entre 4, i 20 gramos es lo que nos toca a cada uno. De mi parte estoy muy

contento con ustedes, pero hay el peligro de que los agarren, porque lo que más hiere a los señores Lavadores, es que se les fugen sus peones, no lo perdonan nunca esa ofensa, según ellos y como ya les he estado oyendo hablar de irse, es por lo que les hablo de esta manera.

Juan habló –No sabes Gavino cuanto te agradecemos todo lo que has hecho por nosotros desde que llegamos a tu campamento, pero en otras circunstancias nos hubiéramos quedado, peo eso de vivir escondidos, sin siquiera ir al Almacén o al Río, a acompañarte a pescar, es un martirio, por eso que has venido escuchando de nuestro viaje.

–Comprendo todo lo que dices, porque conozco, pero ya que quieren irse, ¿qué les parece si partimos mañana lunes a Quince Mil y como para amanecer Martes parten los camiones para el Cuzco, se van ahí?; ahora también, yo les voy a acompañar hasta Quince Mil, para que no se pierdan y de paso asegurarme que no les pase nada malo.

Zoila habló, –Gavino, ¿qué te parece si yo me quedo y te ayudo a trabajr? ya conoces como cocino y te ayudaría a acarrear material, por si acaso tendrías una cocinera exclusiva. ¿Qué dices?

Felizmente la oscuridad de la noche ocultó al ruborizado Gavino por la proposición de Zoil.a, pero le contestó:

– Zoila, lo que creo, es que quieres poner celoso a Juan, pero así fuera verdad lo que dices, tenerte aquí sería tan peligroso, como tener en la ciudad un diamante inmenso, allí de seguro me lo robarían, y aquí los "Lobos" de cabeza negra asaltarían el Campamento y tambiénme lo robarían, los diamantes como tú, reberberan mucho y deslumbran.

Las bromas siguieron hasta tarde la noche, contentos según decían Juan y Oscar de salir a la "civilización".

Zoila en Quince Mil, fue la ultima en despedir y le dijo:

Cuando salgas Gavinito cargado de oro, me buscas para ayudarte a gastarlo.

Una noche después que terminó de comer y lavar los uten-

cilios, subió a su cama y a la luz de la luna que salía y se perdía tras de gruesos nubarrones, comenzó a ver con otros ojos el corte de Román, y lo que le había dicho don Carlo era lo cierto; porque lo único que estaba haciendo eran huecos al terreno sin ninguna proyección y cada día se le ahogaba más y más al no poder deshacerse del desmonte y por más esfuerzos que hacía, el promedio de oro encontrado era de 5 a 6 gramos al día y a los 15 días tuvo que gastar la mitad del oro encontrado en comprar nuevos víveres. Así pasaban los días y solo trabajando fuerte lo hacía olvidar la soledad en que se encontraba y como quiera que ya su vivir se convertía en monotomía y las repetidas lectura de la carta de su madre, en la que no hallaba reproche alguno, al contrario lo aconsejaba a que salga de la selva y como también calculara que con solo un buen capital de inversión, se conseguiría ganancias sustanciales, pero trabajando como lo estaba haciendo, sobreviviría solamente y ahí estaba el ejemplo de Román y don Eduardo, que el primero de ellos salió enfermo y no volvió y el segundo murió, por lo que sacando cuentas, calculó que unos 30 gramos de oro le alcanzarían para llegar a Lima. Trabajó duro para conseguir los 30 gramos, porque tuvo que hacer nuevos gastos en víveres y cuando tuvo el oro que fijó como meta, llevó todas las herramientas y utencilios de cocina donde don Carlo para que los tuviera en caso de que Román regresara, inclusive el pellejo casi pelado de borrego. Del campamento compró un pantalón y una camisa, en el Cuzco se compraría una chompa, así que haciendo un balance de como llegó a la selva, ahora que salía, se iba en peores condiciones de cuando entró, porque ahora sus pertenencias se limitaban a un solo pantalón, una camisa, un calzoncillo y una truza, un bibidí y un gorro, este último junto con el pantalón comprado en el campamento; y un par de zapatos.

Una mañana se despidió de don Carlo y partió de su campamento, arrancó a caminar y no volvió la vista al corte ni una sola vez para no arrepentirse de lo que estaba haciendo, porque creo que ya Gavino tenía la selva metida en sus venas.

MANUEL G. MONTOYA FLORES

Nacido en Aplao–Arequipa, actualmente trabajador en la empresa minera "HIERRO PERU" con 27 años de servicio.
Nos narra un interesante relato fidedigno por el cual, nos da a conocer como los muchachos eran engañados y llevados a los famosos "LAVADEROS DE ORO", en donde imperaba una sola ley, la ley de los "SEÑORES DE LOS LAVADEROS"; "TRABAJAR O MORIR".
Quincemil, Tunquimayo, tierra donde imperaba esta ley y donde muchos hombres han ofrendado su vida para el enriquecimiento de su "PATRON".